

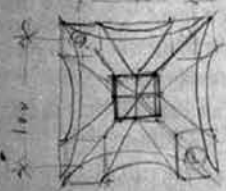
(1)

Paris le 6 Juin 1886

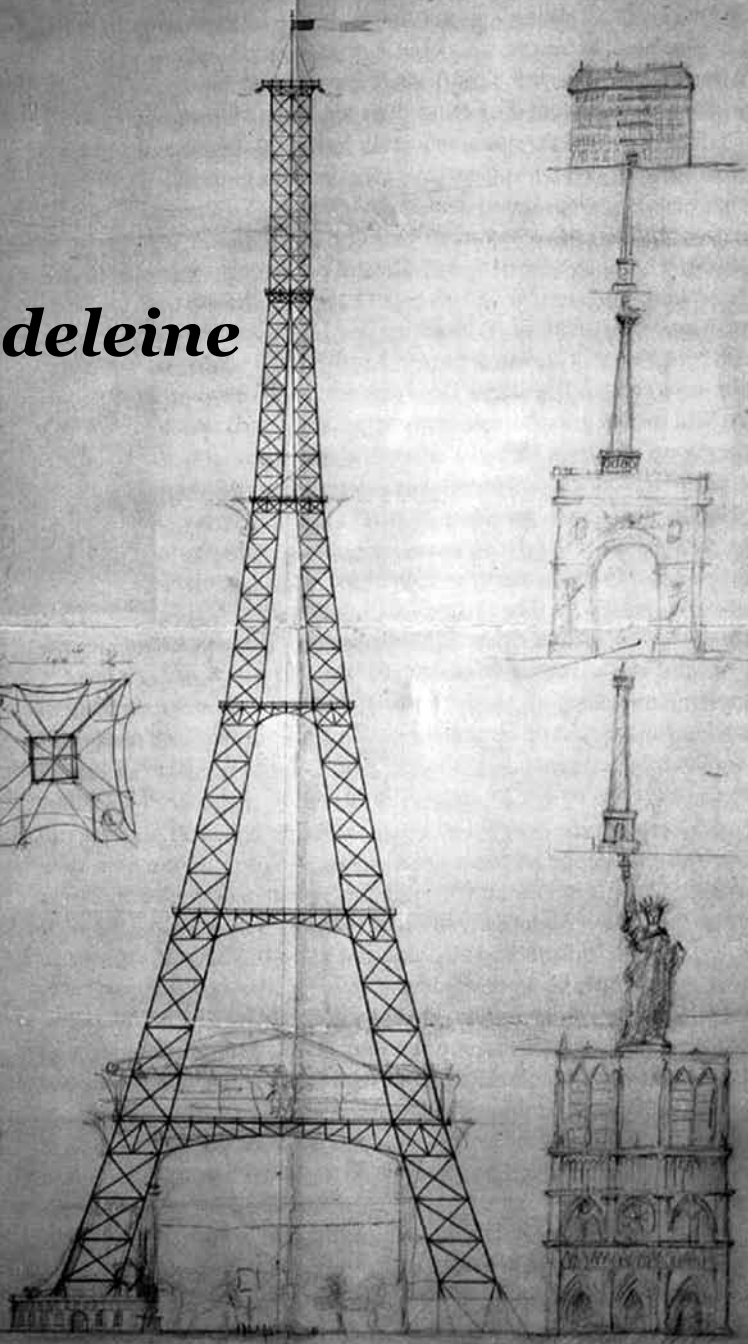
*Pylône de 300^m de hauteur
pour la ville de Paris - 1886
avant l'Église de St. C. Sauveur et St. Nicolas*

Échelle 1/50

Madeleine



*Donné par E. Pichet
à ses débuts. Paris le 6 Juin 1886*



Primer boceto de Maurice Koechlin, Émile Nougüier – Wikipedia.org

I

En varias ocasiones he reflexionado y escrito sobre la soledad, de las diversas causas que la producen y de las sensaciones y consecuencias a que da lugar. Unas veces la soledad puede ser creadora, cuando nos apartamos del mundo circundante para estudiar, escribir o hacer algo nuevo, como el sabio investigador, el poeta, el artista... Soledad transitoria y fecunda porque no dejamos de percibir la cálida existencia de quienes nos importan y se hallan en nuestro entorno; existe otra en la que, precisamente, esos que nos importan, han desaparecido y su lugar lo ocupa una fría e inevitable ausencia, contra la que es imposible luchar; así podríamos seguir enumerando situaciones, si no interminables, sí numerosas, dependiendo del carácter o forma de ser de quien las sufre o siente, con frecuencia sin claros motivos.

Este es mi caso. No dejo de pensar en cómo escapar de esta especie de densa neblina que recubre y oculta cuanto me rodea, haciendo que me sienta un extraño ser en un no menos extraño mundo, donde todo ha desaparecido, pese a mis ejemplares hijos, al bullicio que encuentro a mi alrededor y que a veces me aturde y me hunde más en mí mismo.

La familia me aconseja que salga y me distraiga, que viaje, que no piense tanto y me lance a conocer más lugares, nuevas gentes... Tal vez tengan razón. Debo escapar de mí, del pasado, percibir la vida y las cosas que parecen existen y nunca he estado cerca de ellas.

Como no tengo que dar cuenta a nadie de mis actos, un día preparé la maleta y me fui a Málaga, ciudad de la que llevo mucho tiempo ausente, pese a que allí reside mi hijo mayor, y en la que tengo negocios y viviendas. Mas después de unos días observando los cambios urba-

nos, que la convertían en una ciudad distinta, y tras recorrer los lugares por los que anduve en el pasado, y que me despertaban acontecimientos y hechos que pretendía olvidar, cogí un avión hasta Madrid. Y allí me ocurrió lo mismo. No conseguí otra cosa que adentrarme en aquel que fui y aislarme más entre la multitud, como si esta no existiera.

Sentado en mi habitación del hotel reflexioné largamente sobre qué hacer; dudé entre volver a casa o irme lejos, a sitios desconocidos que sacudieran mi pereza y ánimo vitales. Y después de sopesar ventajas e inconvenientes elegí, como próximo destino, París. Nunca había estado allí y todo el mundo habla de su encanto y belleza. El propio gerente, a quien comuniqué mis deseos, gestionó el pasaje y el lugar.

—Es un hotel nuevo, céntrico, con vistas al Sena y que no resulta muy caro. Nosotros tenemos intercambio de clientes con ellos.

Le di las gracias y me preparé para marchar dentro de tres días, fecha más cercana que el buen hombre había conseguido para el vuelo.

Debo confesar que me surgió bastante interés en realizar este viaje, y me pareció largo el tiempo de espera. Llegó, por fin, subí al confortable avión de Iberia en Barajas, tras pasar los controles establecidos y, cuando el aparato se elevó, sentí verdadera satisfacción. No recuerdo exactamente el tiempo que duró el vuelo, pero no debió llegar a las dos horas. Desde mi ventanilla, estuve observando el paisaje verde, salpicado de pueblecitos y ciudades que, desde la altura por la que volábamos, parecían de juguete; las montañas, algunas con picachos aún nevados, el agua de parte del Cantábrico, y unas tierras semejantes de Francia, hasta que descendimos, con suavidad, al aeropuerto Charles de Gaulle. Allí me esperaba el taxi que, a petición mía, había enviado el hotel y, después de los trámites enojosos de control, el taxista colocó las maletas y nos pusimos en marcha hacia la metrópolis. Entre atascos y semáforos tardamos más de una hora en llegar al hotel. Este, en verdad, está bien situado, muy cerca

del Sena y su aspecto exterior, de acuerdo con el entorno, agradable y como de reciente construcción. El propio taxista llevó las maletas hasta la entrada y un mozo uniformado me condujo hasta recepción, donde una joven atendía a otro viajero.

La mujer, también uniformada, poseía buena planta y mostraba, por lo que observé, una exquisita atención al cliente que me precedía. Mientras terminaba, saqué mi pasaporte y documentación de reserva y los coloqué en el mostrador.

Cuando se volvió hacia mí y vi su rostro, una imprevista sorpresa, una inquieta emoción, me invadieron y debieron reflejarse en mi cara, que palideció y le hizo exclamar a ella:

–¡Monsieur! Est vous malade?

–Non, mademoiselle. Excusez–moi...

–Veo que es español. ¿De verdad se encuentra bien?

–Sí, perdone. Es que al verla me ha recordado a una persona que hace tiempo fue muy importante para mí. Se parece usted a ella tanto como una gota de agua a otra.

Sonrió graciosamente y, en el mismo correcto castellano, comentó:

–Pues sí que debió ser especial para usted, según la reacción que ha tenido. ¿Va a estar mucho tiempo aquí?

–No lo he pensado aún; seguramente sí.

–Tiene la habitación 525. Desde allí contemplará un bello panorama. Que lo pase bien.

Me entregó la llave e indicó al mozo que me llevara el equipaje.

Di unos pasos detrás del mozo pero, sin pensarlo mucho, me volví y le pregunté:

–Perdone la indiscreción. ¿Cómo se llama usted?

–Madeleine –contestó, al tiempo que, sonriente, me señalaba la plaquita que lucía junto a la solapa del uniforme.

–Gracias. –Y para mí pensé: ya es inquietante casualidad el nombre.

Estoy acostado, insomne, con la cabeza en ebullición. Mil pensamientos surgen y se entrecruzan, mil recuerdos e imágenes aparecen y desaparecen, mientras el tenue ruido de una lluvia suave parece intentar adormecerme al chocar contra los cristales de la ventana, sin conseguirlo. Me estremece que mi viaje a París haya actualizado, de forma tan real, mis recuerdos de hace muchos años; o, mejor, que me haya retrocedido a otros días emocionantes del pasado. Madelaine, tengo la sensación, de que es Magda rediviva.

Y al día siguiente bajo, deseando encontrarme con ella. Y, efectivamente, está en recepción. Me acerco y saludo:

–Bonjour, Madeleine

–Buenos días –me contesta con su español impregnado de la dulzura francesa. Y, muy atenta, me pregunta:

–¿Cómo se encuentra?

–Muy bien

–Pues ahora a disfrutar y conocer esta ciudad única.

–De eso quisiera hablar con usted. ¿Cómo lo hago?

–Puede contratar los servicios de una agencia.

–No me gusta ir en grupos, como en una manada, corriendo por todas partes.

–¿Y si compra una guía o audioguía buena que se lo va indicando todo?

–Pero estaría solo, con un folleto o apa-





rato, sin nadie con quien intercambiar opiniones, ideas o charlar simplemente. Es de lo que estoy huyendo.

–Bueno, si quiere, puedo intentar gestionarle esa especie de guía–acompañante que desea.

–Se lo agradezco, Madeleine.

–Mientras, podría pasear a orillas del Sena. Le despejará y sentará bien.

–Así lo haré. Gracias.

Salgo y a no mucha distancia, encuentro el Sena. Embarcaciones medianas y demasiados pasajeros ávidos de atrapar, en sus tabletas, móviles y cámaras el paisaje, los puentes, las parejas que pasean besándose... Corre un vientecillo fresco y agradable que tonifica. Por el cielo se deslizan, con lentitud, nubes blancas... Tras caminar despacio largo tiempo, me acomodo en la terraza de un restaurante y pido una cerveza. Desde aquí se divisa todo el trajín de bateaux–mouches, de autobuses llenos de turistas en la parte superior. Resulta curioso observar como en todas partes, en las aglomeraciones, en las colas para entrar a los monumentos, hay una multitud de asiáticos, japoneses en especial, inmunes al cansancio y al desaliento, prestos a llevarse imágenes de cuanto ven o visitan.

Próxima la hora del almuerzo, regreso al hotel. Madeleine no está en recepción. Seguramente ha cumplido con su horario de trabajo y se ha marchado. No puedo evitar una pequeña

decepción. Subo a mi habitación y, desde allí, pido que me sirvan un frugal almuerzo. Quiero estar, una vez más, solo... Por la tarde me he decidido a dar un paseo por los alrededores. Reconozco que la arquitectura de esta zona céntrica es muy atractiva; todos los edificios, sin ser iguales, guardan una misma altura y la composición de sus fachadas es armoniosa, encajan, se complementa unas con otras formando un conjunto original, sencillo y artístico. Me acomodo en la terraza de uno de los múltiples bares y restaurantes que existen y me entretengo mirando el caminar apresurado de la gente, la curiosidad de los turistas, las ofertas ambulantes de vendedores de color... Luego, al regreso, me detengo en un puesto de libros viejos, examino algunos y, por último, compro dos: una novela de André Maurois y otro muy bien impreso y encuadernado, cuyo título me extraña: "Les colères du ciel et de la terre". Y lo más sorprendente, el precio de ambos: los dos por un euro y veinte céntimos.

Me acuesto temprano, después de una leve cena. Como no tengo sueño, tras ojear los libros, me acuerdo de Madeleine. Ya es extraño su extraordinario parecido con Magda; hasta su voz, su forma de andar y sonreír, sus ojos, su cuerpo escultural, si no son fruto de mi imaginación o fallo de la memoria, la hacen idéntica. Con algunos años más, sin duda, que lejos de restarle belleza, le acrecientan atractivo, singularmente para un hombre mayor, como yo. Por fin me duermo, pensando en las raras casualidades que nos ofrece la vida.

Por la mañana bajo a recepción. Madelaine está muy atareada atendiendo a varios clientes. No quiero interrumpirla y me voy a la cafetería. Tomo un café bien cargado y espero leyendo la prensa del día, colocada en una mesita a disposición de los huéspedes. Pasado un buen rato, me dirijo nuevamente a recepción. Madeleine habla por teléfono cuando me acerco, pero al verme sonríe y cuelga.

–Bonjour, mademoiselle.

–Buenos días –contesta en español, con un leve acento dulce del francés.

Se acerca hasta mí y me dice:

–He hablado con varias agencias sobre sus deseos y no he conseguido nada que se acomode a lo que quiere. Los programas están diseñados para grupos. Un guía para usted solo resultaría muy caro y, además, estaría sometido al mismo horario y rapidez en las visitas. Creo que lo mejor, como le dije, es comprar una audioguía y hacer usted mismo su programa.

–Pero ese programa sería mejor con un asesoramiento, con la ayuda de alguien que conozca bien la ciudad.

–Cierto –afirma ella.

–¿Podría usted? –le pregunto.

–Como ve, apenas tengo tiempo ni para conversar con usted. Ya hay varios clientes aguardando.

–Esperaré a que termine su horario de trabajo y hablamos, si no le importa.

Se queda un poco sorprendida y dudosa y, finalmente, hace un gesto afirmativo.

–A las dos, ahí en la cafetería –me indica.

–Muy bien. Gracias.

Como tengo mucho tiempo, me voy a deambular por la ciudad, sin prisas, deteniéndome en los escaparates y observando a los vendedores ambulantes, que me ofrecen camisetas, pequeñas réplicas de la torre Eiffel, láminas de pinturas y otros múltiples souvenirs... Me siento en una terraza y pido un refresco. Cuando se acerca la hora de la cita, me dirijo al hotel y me voy a la cafetería, donde me acomodo en un rincón.

No tarda mucho Madeleine y, sentándose, me advierte:

–La gerencia nos tiene prohibidos los contactos y relaciones con los clientes; le ruego, pues, que sea breve. He venido por simple cortesía, pero no podré ayudarle como usted quiere.

–Yo no busco contactos ni relaciones, sino alguien que me comprenda y ayude. Por mi edad yo casi podría ser su padre. Necesi-

to, más que ver monumentos, hablar con alguna persona comprensiva y amable y, por lo que la llevo tratada, podría ser usted. ¿Que le parece si almorzamos o cenamos, en algún restaurante cercano, cuando usted pueda, y le cuento mis problemas?

–No sé, debo pensarlo bien y consultarlo. Tengo otras obligaciones, además del trabajo.

–Lo entiendo. Soy un egoísta y me olvido de su marido y de sus hijos.

–Llevo años separada y no tengo hijos –aclara ella–. Se trata de mis padres, con los que vivo.

–Piénselo entonces, por favor; es casi una obra de caridad conmigo.

–Tengo prisa –dice levantándose– ya le contestaré.

Y con un gesto de adiós, se va ligera.

Yo me quedo un poco triste y cavilando cómo organizarme, pues no espero que pueda contar con Madeleine. Soy pesimista innato, y pocas veces me he equivocado al considerar que nos falla siempre lo más deseado. No me apetece salir ni pasear, por lo que me recluyo en mi habitación y me paso la tarde leyendo. Cuando llega la noche, bajo un momento a la cafetería, tomo un vaso de leche con unas galletas, y vuelvo a la habitación. Durante un buen rato, veo la televisión desde la cama, hasta que el sueño me vence.

La luz del día me despierta, me levanto, voy al cuarto de baño, abro la ducha y dejo que el agua tibia acaricie mi cuerpo durante largo rato. Esto me reconforta y anima. Me visto despacio y bajo.

En recepción se encuentra, como siempre, Madeleine, activa, bella y sonriente. Me acerco y la saludo:

–Buenos días.

–Buenos días –saluda a su vez, con una amplia y afectuosa sonrisa.

Por mi timidez habitual, no se cómo proseguir ni me atrevo a preguntarle. Es ella, entonces, quien toma la iniciativa y dice:

–Si le parece bien, podemos vernos esta noche, en el restaurante “Charles”, junto al Sena, sobre las nueve.

–Gracias, Madeleine.

Mi persistente pesimismo, en esta ocasión, ha fallado. La alegría y satisfacción debieron cambiar la expresión de mi rostro, porque Madeleine, que no dejó de observarme, casi suelta una carcajada; pero, discreta como es, se limitó a esbozar una amplia sonrisa, que subrayó, más todavía, su belleza.

No hace falta decir que el día se me está haciendo más largo que nunca. Miro con ansiosa frecuencia el reloj, que parece recrearse en una lentitud desesperante. Cuando, por fin, oscurece, me dirijo a la cita en el restaurante, no muy lejano del hotel. Una leve llovizna desprenden las nubes del cambiante cielo parisiense. Entro y miro por si ella hubiera llegado; pero no, el local está casi vacío. Escojo una mesita apartada, junto a un ventanal, que me permite mirar el exterior. Al mozo que se acerca, le indico que espero compañía y le pido una copa de vino, para hacer menos pesada la hora que falta.

Con puntualidad no latina, Madeleine aparece a las nueve. Muy elegante, con ceñido vestido oscuro, un fular anudado al cuello y zapatos de alto tacón, que la hacen más esbelta; parece una modelo. Me levanto y le acerco la silla. Con la proximidad me llega su perfume primaveral, muy acorde con ella.

–Eres puntual –le comento– y disculpa que te tutee. Tú también puedes hacerlo conmigo.

–Me gusta cumplir con mi palabra, y gracias por la confianza, –contesta.

Indico con un gesto al camarero que se acerque y a ella le pregunto:

–¿Qué deseas tomar antes de la cena?

–Una poco de Borgoña.

–Yo también.

El camarero toma nota, al tiempo que nos deja la carta.

Mientras Madeleine examina los menús, yo la observo con creciente interés. Es guapa y, arreglada como está, le encuentro un extraordinario parecido con Magda, si es que la memoria no me engaña, que bien pudiera ser, después de tantos años pasados.

Elige unos platos ligeros y yo la imito. De noche no es buena una comida abundante o pesada. Con la copa de borgoña en la mano, brindo por ella, por su amistad; sonrío, con su peculiar sonrisa entre picara y cariñosa, y bebemos un sorbo de vino.

–Te debo una explicación por mi insistencia. Y la explicación es muy sencilla: mi vida, posiblemente vulgar, pero que es la mía, la que gozo y sufro.

Me escucha atenta y yo le voy relatando los hechos más destacados. La parte de mi juventud, penosa, con escasos medios pero buenos amigos; mi relación con Magda, que adorno y extiendo en el tiempo y que resultó fallida por mutuas equivocaciones y errores, pero que nunca he podido olvidar, que me acompaña siempre, más viva que nunca. Y ello a pesar del bendito hallazgo de la que ha sido mi esposa: una mujer bella, atractiva y buena, que me hizo feliz durante muchos años y que me dio cuatro espléndidos hijos. Sin embargo, al desaparecer por una cruel enfermedad, volvió a mi mente el recuerdo de Magda, quizá porque fue una pasión insatisfecha, que ha dejado una huella que me resulta imborrable. Al verte a ti, que para mí, si no estoy algo loco, te pareces a ella como si fuerais gemelas, mi corazón ha revivido todos aquellos días emocionantes, haciendo que me sienta joven. Lo que no deja de ser una falsa ilusión, lo entiendo, pero no puedo evitarlo. De ahí que quiera tu amistad y, los días que esté aquí, hablar contigo, oír tu voz, sin otro deseo que un poco de compañía en la soledad en que estoy sumido. Durante los años de trabajo, tuve suerte y aprovechando el boom de la construcción conseguí una pequeña fortuna, que me permite vivir bien y pasear por el mundo sin miedo. Eso es todo. Bueno, no todo; sería feliz si tú pudieras guiarme y enseñarme esta maravillosa ciudad. Por el gasto –me resisto a decir precio– no te preocupes.

–Es muy emotivo lo que me has contado –dice Madeleine. Y tras unos momentos de silencio, en los que mi corta vista quiere ver como leves lágrimas en sus ojos, continúa–: Si consigo que me adelanten unos días de mis vacaciones, no me importaría ser tu humilde guía por la ciudad. Pero antes, correspondiendo a tu sinceridad, quiero también que conozcas mi vida. Estuve casada más de cinco años. Al principio, en apariencia ante los demás, todo fue normal; pero lo real es que empezó a tratarme mal, llegaba a casa borracho, me pegaba e insultaba; se gastaba todo lo que ganaba en el buen empleo que tenía en un banco; llegó incluso a robar, extorsionar y cosas peores que no deseo recordar, lo que provocó que lo despidieran. Entonces me exigía dinero a mí, incluso con la amenaza de hacer daño a mis padres. La situación se hizo insostenible y tuve que pedir la separación, después de recibir una enorme paliza, a causa de la cual me ingresaron en el hospital más de quince días. Le condenaron a un encierro de varios años, y el juez, además, dispuso que no podía vivir en París, ni en ningún otro sitio donde yo habitara. Como ve, mi vida tampoco ha sido fácil. Ahora estoy con mis padres, tengo un buen empleo y evito complicaciones sentimentales, de las que salí maltrecha.

Después de su narración, nos hemos quedado en silencio durante unos minutos, como si no supiéramos como proseguir. Es ella, con valentía, secándose unas lágrimas, quien finaliza este momento de mudez causado por la emoción.

–Bueno, esa ha sido mi vida hasta ahora.

–Lo importante es superar las dificultades –comentó–. Si consigo el permiso, ya sabes que puedes contar conmigo.

–Y tú confía en que te trataré como a una hija. Por mi edad puedes casi serlo.

–Gracias.

–Celebremos el fin de esta comida y del acuerdo con una copa de champagne.

Así lo hacemos, repuestos ya de los emotivos recuerdos.

–Creo que es hora de irnos –propone Madeleine.

–Como quieras, aunque para mí el tiempo ha pasado volando.

Sonríe, con la bella sonrisa que sus labios saben dibujar. Yo pago al camarero y salimos a la calle. La llovizna ha cesado y eso nos permite ir despacio hasta el hotel, pues ella no admite mi sugerencia de acompañarla. “Mi casa está lejos y tengo que cambiar en varias estaciones de metro. Para ti, papaíto –permite la confianza– sería muy dificultoso regresar”.

Ahora soy yo el que sonrío.

–Como quieras, chiquita, le respondo riendo.

Ya, casi a la puerta del hotel, donde existe una boca de metro, se despide besándome en la mejilla.

–Buenas noches, papaíto

–Bonne nuit, ma fille.

Ni que decir tiene que la noche ha sido para mi interminable. Cerca de la madrugada, consigo cerrar los ojos. Y despierto cuando el timbre del teléfono suena.

–Bonjour, papaíto. Je serai en vacances lundi.

–iC’est merveilleux! –exclamé.

Sí, para mí es maravilloso que haya conseguido disponer de



Gare du Nord, Jorge Royan – Wikimedia.org

unos días de sus vacaciones, porque así puede acompañarme y ser mi guía. Bajo y al vernos, sin dirigirnos palabras, nos sonreímos como si fuéramos cómplices de una travesura. Y, en cierta forma, es una pequeña travesura, que sólo nosotros conocemos por ahora.

Los tres días que faltan para iniciar mi actividad turística con Madeleine, los paso impaciente pero contento, haciendo mi vida habitual hasta el momento: pasear sin alejarme mucho del hotel, tomar alguna copa en bares del camino, contemplar las embarcaciones que navegan por el río...

El domingo me llama al móvil –nos habíamos intercambiado los números– y me señala como punto de reunión, la boca del metro cercana al hotel, a las diez de la mañana.

El lunes, puntual, espero en el lugar acordado. Unos minutos más tarde llega Madeleine, vestida deportivamente, y al verme se ríe.

–Pero ¿cómo vienes tan elegante, si lo que haremos es andar mucho? Ve y cámbiate con algo cómodo. Te espero en ese bar de la esquina para desayunar.

Sin discutirle, me apresuro, vuelvo al hotel y me cambio con lo que considero más apropiado y ligero. Ya en el bar, donde ella aguarda, mientras desayunamos, Madeleine traza el plan:

–Hoy, como primer día, nos dedicaremos a ver la Torre de Eiffel y los alrededores. Tengo adquiridas las entradas para no hacer cola. ¿Te parece bien?

–Tú eres el guía y quien dispone. Mas para que no tengas que adelantar los gastos, te voy a dar dinero, que repondré cuando haga falta.

Le entrego un sobre con cierta cantidad de billetes... Ella protesta:

–Esto es demasiado por el momento. Además corremos el riesgo de que nos lo roben.

–Para evitarlo soy yo más torpe que tú. Ayer mismo me sustrajeron la cartera, tan limpiamente, que si no me avisa una mujer

que lo vio desde la otra acera, ni me doy cuenta.

–¡Vaya por Dios! –exclama–. ¿Te quitaron mucho?

–No. El dinero siempre lo distribuyo en los bolsillos. Se llevó mi carnet y unas tarjetas bancarias que he anulado. Por si aparece, di cuenta en la Comisaría que está ahí cerca.

–Menos mal.

–¿Cogemos un taxi?

–Ni hablar. Tardaríamos mucho y, además, sería muy caro. En metro son rápidos los traslados y más baratos.

Bajamos por la entrada donde nos habíamos citado. Como para las escaleras soy algo torpe, Madeleine me dijo, cuando se dio cuenta:

–Apóyate en mí.

Me sujeté en su hombro para descender. Luego, en los pasillos y para entrar en los vagones, ella me coge de la mano. Como hacemos varios cambios de estaciones, termina por no soltarme y yo me acostumbro al cálido contacto de sus dedos, que me aprietan, pienso, con afecto.

Dejamos el metro muy cerca de la torre. Aunque su imagen es conocida por todo el mundo, al situarnos debajo parece, y lo es, enorme. Para subir se ha formado una larga cola, en la que predominan japoneses y chinos, con sus cámaras colgadas al cuello.

–Vamos –me dice Madeleine, tirando de mí hacia el ascensor–. Nosotros no tenemos que hacer cola, pues adquirí billetes para ello.

Como si fuera un niño, me lleva cogido de la mano entre la gente que abarrota el acceso al ascensor y cuando llegamos a la primera plataforma, me hace dar la vuelta por ella, mientras me indica y explica el hermoso paisaje que se divisa.

–Mira qué belleza. Todo París puede verse –dice en tanto echa una moneda en los grandes anteojos adosados a la barandilla y me los ofrece.

En efecto, es un maravilloso panorama en el que destacan rascacielos modernos, la armoniosa arquitectura, que podría denominarse clásica o típica, del centro, el Sena serpenteando entre ella, la catedral de Notre Dame, el Arco de Triunfo, coronando una larga avenida escoltada por cuidados árboles y jardines... Madeleine, con una pequeña cámara que tenía en el bolso, obtiene fotografías de todo, incluso de mí.

En el segundo nivel, a 115 metros del suelo, según me explica, la visión de la metrópolis se amplía y se pierde en un lejano horizonte, pues París es grande, extenso.

El tiempo vuela sin que me dé cuenta, hasta que Madeleine me lo recuerda.

–Es hora de almorzar y tenemos reservada mesa en el restaurante de la torre.

–Esa sí que es una gran noticia; siempre me sorprendes, Mag...

–Magda no –me corta–, soy Madeleine. Magda es sólo un fantasma que ha desaparecido.

–Tienes razón. Tú eres Madel; es lo que intentaba decir, con cariñosa abreviatura, no sé si correcta en francés.

–Eso es otra cosa, papaíto, y la incorrección no importa.

Sentados en el restaurante, cerca del cielo, según mi íntima sensación, comemos despacio, saboreando más la situación que la propia comida, que es deliciosa. Ella me da a conocer detalles, algunos ya conocidos por mí, pero que resultan como nuevos en su boca.

–Como sabrás, la torre se construyó para la exposición universal de 1889. Diseñada por Koechlin y Nougier, fue construida por el ingeniero Gustave Eiffel. Montar este gran mecano duró dos años, pues se inició en 1887. Terminado el acontecimiento, algunos periodistas y artistas, quisieron que se destruyera, lo que afortunadamente no ocurrió. Su prevista altura de 300 metros, se amplió más tarde a 324 con la antena de radio y de comunicaciones. Su conservación requiere toneladas de pintura y repaso de sus miles de tornillos y

piezas. Iluminada ahora por las noches, se ha convertido en un icono representativo de la ciudad. ¿Quieres algún detalle más?

–Es una delicia escucharte, pero no quiero, tampoco, abusar de ti.

–Gracias por el elogio.

–Te las debo dar yo. A tu perfecto español lo acompañas con un acento musical francés, que convierte en un placer oírte, con independencia de lo que explicas.

–¡Que ocurrencias tienes! –exclama riendo. Y añade–: Creo que la torre la hemos visto bien; debemos aprovechar el día y, por ejemplo, dar una primera vuelta por el Sena en un bateabus.

–Lo que tú digas, Madel.

Bajamos en el ascensor y nos dirigimos hacia el río. Pasamos por un bello puente y descendemos por una escalera de piedra a un embarcadero cercano. A punto de salir una pequeña nave, nos embarcamos rápidos. Con dificultades conseguimos acomodarnos. Por el trayecto, Madel me va señalando los edificios más interesantes y cuantos datos estima deben conocerse. El trayecto no ha sido largo, por lo que ella se muestra defraudada.

–Me he equivocado. Está visto que no se puede improvisar, es mejor planificarlo todo. Otro día lo haremos –dice.

–A mí me ha gustado, aunque sí, pienso que ha sido muy breve –comento yo.

–Espera que yo programe otra excursión por el río. Como se está acabando la tarde, vamos a dar un vistazo a los jardines del Trocadero, que vimos en panorámica desde la Torre, pero no hemos curioseado por ellos.

No tardamos mucho en llegar y, efectivamente, en la cercanía son más interesantes y bellos que desde la altura.

–Los jardines fueron creados con motivo de la Exposición Universal de 1878 –explica Madeleine–, y forman un marco en torno a la “Fuente de Varsovia”, más conocida como “Fuente del Trocadero”, construida para la exposición de 1937. Como puedes observar, está

formada por estanques en cascada que dominan uno principal; en éste se sitúan unos cincuenta chorros de agua verticales. El conjunto es armonioso y original. Los jardines están como custodiados por diversas esculturas, entre las que destacan "El hombre" y "La mujer", de conocidos artistas cuyos nombres no recuerdo en este momento.

–Ni hace falta –le digo–. Ha anochecido y se ha levantado un vientecillo fresco. Creo que debemos ir a cenar.

–Como quieras.

Nos llegamos hasta un restaurante cercano, donde tomamos una frugal cena, mientras comentamos los lugares visitados.

Después, en el metro, marchamos hacia la estación cercana al hotel, donde yo me bajo, despidiéndome de Madel con un ligero beso en la mejilla y un "hasta mañana, Madel".

Estoy cansado y una vez en la cama, me duermo rápido. Me levanto temprano y me ducho con agua tibia, que me despeja y relaja. Hasta el momento de encontrarme con Madeleine, han de pasar un par de horas. Bajo a la cafetería, pido un café y me entretengo con la lectura de un diario de la mañana, matando así el tiempo. Miro el reloj y compruebo que he de irme ya. Cuando llego al lugar, Madeleine ya está aguardando.

–Perdona, me he distraído.

–Yo acabo de llegar –me dice.

–¿Cuál es el programa de hoy? –le pregunto.

–Hoy estaremos el día completo fuera de París, en Versailles. Te encantará.



Palais de Versailles – Flickr.com

Sin más palabras, me coge del brazo y descendemos al metro. Pasamos de largo bastantes estaciones y, por fin, me indica:

–En la próxima nos bajamos.

Nos situamos cerca de la puerta y en cuanto se abre, salimos y tras subir unas no muy largas escaleras, nos encontramos, de hecho, en una estación de tren. Madel adquiere dos billetes y, sin esperar mucho, nos acomodamos en el primero que llega.

Con nuestra charla sobre nimiedades y comentando el día anterior, el trayecto me ha parecido corto. Ya en Versalles, antes de entrar en el palacio, desayunamos en una pequeña cafetería. En esta ocasión tuvimos que incorporarnos a una larga cola formada, como siempre, por una mayoría de orientales.

Dentro ya del palacio, rodeados de una multitud de visitantes, recorreremos las diversas salas, decoradas con numerosos cuadros, retratos, artísticos muebles, lujosas lámparas y espejos. Madeleine me va dando noticias de todo lo que vemos. La verdad, aunque no lo digo, es que me ha decepcionado un poco todo el excesivo lujo del palacio; no ocurre eso con las explicaciones de Madel, dichas con gracia, humor y la dulce musicalidad de su castellano afrancesado.

La mañana se nos ha pasado sin apenas darnos cuenta. Le propongo irnos a almorzar, pero ella, sonriente, me dice que lo tiene previsto todo. Y me muestra el enorme bolso que hoy trae.

–Aquí está la comida. No tendremos que salir. Hoy es una excursión campestre. Cuando almorcemos veremos los jardines.

Como muchísimos visitantes, nos sentamos en una escalinata. Madeleine abre su bolsa y extrae unos estupendos bocadillos de jamón, cervezas y una botella de agua.

–Eres increíble –le digo–, aunque me extrañó la bolsa que traías, jamás pensé que fuera nuestro restaurante portátil.

Ella ríe divertida. Comemos despacio, mientras unas blancas nubes juegan con el sol, ocultándolo o abriendo espacios para que luzca. Entre bocado y bocado intercambiamos opiniones, no siempre

coincidentes, sobre el palacio y los que fueron sus reales moradores,

Una vez terminada la comida y colocado en la bolsa lo sobrante, Madel coge su móvil y llama a alguien. Yo, discreto, me aparto para no oír la conversación, que es breve. Entonces me dice:

–Espera aquí, que voy a tratar de conseguir uno de esos pequeños vehículos para poder ver, sin cansarnos, los extensos jardines.

Camina ágil hacia una de las múltiples puertas del edificio. Pasado cierto tiempo, que se me hace largo, aparece conduciendo un cochecito, creo que eléctrico, en el que coloco la bolsa y me siento a su lado.

–¡En marcha! –exclama

A toda la velocidad que permitía el chisme, que no es mucha, lo dirige con habilidad hacia los jardines, que recubren grandes espacios en torno a un largo estanque, lago o canal y una gran fuente. Más despacio, recorreremos los diversos pasillos que separan los estéticos dibujos que forman las plantas y flores, fruto de un bello diseño, pero que se observan mejor desde cierta altura o vista aérea.

Realmente los jardines son bellísimos y se encuentran muy cuidados. Madel me va dando datos sobre el conjunto.

–La superficie ocupada –dice– es de 800 hectáreas. Tiene unos 200.000 árboles y se plantan al año sobre 210.000 plantas y flores. Existen 50 fuentes y la superficie del Grand Canal es de 23 hectáreas, con un perímetro de 5,57 kms.

–Eso representa un esfuerzo enorme –comento.

–Cierto, –confirma ella–, pero se han hecho en diversas etapas desde 1662 hasta la fecha, bajo distintos monarcas. Todo el recinto, como ves, se encuentra sembrado de esculturas y el agua es un elemento predominante y esencial. En otra ocasión deberíamos venir y, despacio, recorrer y examinar esta belleza inigualable de los jardines versallescios, de sus fuentes, figuras escultóricas y pasear en barca por el lago.

–Tienes razón, porque el tiempo se nos ha ido.

Abandonamos el vehículo cerca del edificio y nos dirigimos a la salida. Ya en el tren, Madeleine recibe una llamada de su casa.

–¿Ocurre algo? –le pregunto.

–Sí, parece que mi madre no se encuentra bien. Tendremos que suspender la cena.

–Desde luego. Cuando estemos en la estación tomamos un taxi. Te acompaño por si me necesitas –le digo.

–No, allí está mi padre. Tú te quedas tranquilo en el hotel. Si haces falta puedo llamarte.

Me bajo junto al hotel y ella prosigue el camino hacia su vivienda.

Después de cenar, como estoy algo cansado, me recluyo en mi habitación y pongo la televisión para distraerme. Cuando estimo que ha pasado un tiempo prudencial, llamo a Madeleine.

–Dime –me contesta.

–¿Cómo está tu madre?

–Yo no la veo mal. Por lo que me han dicho en el consultorio, puede ser un cálculo en el riñón. Le han recetado un calmante y mañana tendré que llevarla al hospital, para hacerle una urografía. Así es que no podremos, hasta que termine, continuar con el programa.

–No te preocupes, lo importante es tu madre.

–Gracias por tu interés. Descansa bien. Buenas noches, papáito.

–Buenas noches.

Pienso en lo que haré mañana. La ausencia de Madel me complica el día; más claro, no sé cómo desenvolverme solo. Cierto que existen múltiples sitios donde ir, innumerables monumentos que visitar... Pero yo soy incapaz de cualquier iniciativa, entre otras causas, por mi sensibilidad respecto a la soledad, a la íntima soledad personal, que no se cura con la presencia de una multitud, sino con la de alguien que te atrae y te trata con afecto desinteresado. Y con estas elucubraciones, me quedo dormido...

Despierto bien entrada la mañana. Tras la ducha habitual, me voy a la cafetería y desayuno. Varias veces siento la tentación de llamar a Madeleine, pero no lo hago por estimar que no parece oportuno todavía, que es muy temprano. Salgo a la calle y deambulo sin ningún rumbo cierto; en este paseo al azar, me encuentro con las Galerías Lafayette y, por simple curiosidad, entro y recorro las diversas plantas, examinando escaparates y exposiciones. Me detengo un buen rato en la joyería, admirando la belleza de los relojes, collares, sortijas y otros objetos de adorno, carísimos todos y hasta inalcanzables algunos por su precio.

Miro mi reloj y creo que ya puedo llamar a Madel, pues estamos cercanos al mediodía. Así lo hago. Durante unos segundos suena la llamada y, finalmente, oigo su voz:

–Dime.

–¿Cómo sigue tu madre?

–Yo la encuentro mejor, pero las pruebas no han terminado. Esta tarde me darán el diagnóstico. Y tú, ¿cómo vas?

–Pues bien, matando el tiempo.

–Pasea y diviértete. Cuando sepa los resultados, te llamaré. Gracias por llamar.

Vuelvo al hotel y almuerzo desganadamente. Descanso un poco y decido, por mi cuenta, visitar algo. En una librería compro una guía pequeña, la examino y después de dudar hacia donde me encamino, desisto al pensar qué puñetas hago solo en ningún lado. Regreso, pues, a casa, leo mientras llega la hora de cenar y una vez cumplida esta necesidad alimenticia, subo a mi habitación, En pijama, sentado junto a la ventana, aguardo a que me dé sueño para acostarme. Ya iba a hacerlo, más por comodidad que por tener ganas de dormir, cuando suena el teléfono. Es Madeleine.

–Buenas noches –saluda.

–Buenas noches –repito yo y exclamo, sin poderlo evitar: ¡Que alegría oírte!

–Pero, bueno, si estás en París, la ciudad más bonita y divertida del mundo. Pásatelo bien.

–La verdad es que no puedo. Sin ti, sin tu guía –aclaró prudente– no encuentro nada, todo me parece extraño, vacío.

–¿Cómo es eso? Hay gente por todos lados; la multitud llena las calles. Nada más que observándolas puedes distraerte.

–Para mí todas son sombras, una especie de fantasmas etéreos que se entrecruzan. No me consideres loco por lo que voy a decirte: No sé qué me pasa, pero sin tu presencia el mundo para mí se encuentra vacío, no tiene sentido...

–¡Por Dios, papaíto, no me digas cosas así! Me estás preocupando.

–Perdona, no me hagas mucho caso. La verdad es que te echo de menos.

–También yo a ti, créelo. Mañana por la tarde, si las cosas marchan como hasta ahora, estaremos juntos.

–Gracias, Madel.

–¡Hasta mañana!. Duerme tranquilo.

Y, efectivamente, al cabo de unos minutos, con inesperada tranquilidad, me quedo dormido.

Despierto bien entrada la mañana. Me arreglo y desayuno en la cafetería del hotel. Acto seguido salgo y me dirijo hacia el Sena. Me atrae el río, me distrae ver las estelas que dejan las embarcaciones repletas de turistas, me agrada sentir el viento fresco y húmedo, apoyado en la barandilla, y observar las diferencias entre los distintos puentes.

Así va transcurriendo el tiempo hasta que llega el mediodía. Entonces me dirijo al hotel, sin mucha prisa, almuerzo y aguardo, con cierta impaciencia, a que me llame Madeleine para confirmar o no el salir por la tarde. Por fin suena el móvil y me dice que tardará un poco más de lo habitual, algo así como hora y media.

De todas formas me siento contento pues, aunque tengamos menos tiempo disponible para nuestras visitas, el hecho es que nos veremos.

Calculo la hora en que probablemente llegue y me dirijo despacio a la boca del metro. Miro con atención la oleada de personas que suben y bajan por la escalera, todas con prisa y ajenas a los demás; por fin veo la atractiva figura de Madeleine que se acerca.

–¡Hola! –la saludo cogiéndole con afecto la mano, que retengo en las mías–. ¿Cómo te encuentras?

–Bien, algo cansada –responde.

–¿Quieres tomar café o un refresco?

–No, es ya tarde. Vamos a la tarea. He pensado que podemos dar un vistazo a los Campos Elíseos y detenernos en el Arco de Triunfo. ¿Te parece bien?

–Sí, pero también me gustaría ver la Torre de Eiffel iluminada.

–No hay problema, tendremos tiempo.

El metro nos deja en los Campos Elíseos, no muy lejos del Arco de Triunfo, mediada la avenida. En verdad es bonita y elegante. En ella se encuentran ubicadas las tiendas más famosas y caras. Su longitud es de unos dos kilómetros desde el Arco de Triunfo, que se divisa al fondo, hasta la plaza de la Concordia.

Nos dirigimos, sin mucha prisa, hacia el Arco de Triunfo, mientras ella me explica detalles y curiosidades de la que



Arco del Triunfo – Flickr.com

se considera la Avenida más bella del mundo. Yo le tengo cogida la mano, que no he soltado desde que nos saludamos.

Madeleine, en el camino, me da noticias del monumento, como que fue construido, por orden de Napoleón Bonaparte, entre 1806 y 1836, en conmemoración de la victoria de Austerlitz. De estilo neoclásico, en sus caras exteriores se encuentran grabadas figuras de los más conocidos revolucionarios.

Ya en él, se comprueba que es mucho más grande de lo que parece visto desde la lejanía, en la Avenida de los Campos Elíseos o en fotografías. Su elegante construcción, junto con la Torre Eiffel, es uno de los iconos representativos de París.

La verdad es que yo conocía todo lo que me indica ella, pero como me gusta oír su voz, la dejo hablar, prestándole toda la atención e interés de quien escucha cosas nuevas. Cuando hacemos las fotografías de rigor, ha anochecido.

–Madel –le digo– creo que debíamos ir hacia la Torre Eiffel, para verla iluminada de cerca y tomar un pisco-labis en alguna de las terrazas cercanas. Salvo que tengas necesidad de volver con tu madre.

–No tengo prisa, mi madre se encuentra bastante bien y estará ocupada en preparar las maletas para ir a Burdeos, a ver a su hermana. Le tengo dicho que me llame si me necesita. Existen numerosas terrazas, hoteles y restaurantes, a orillas del Sena, desde los que se tiene una excelente perspectiva.

Una vez allí, escogemos un estupendo restaurante, en cuya segunda planta posee unos balcones con vistas hacia el río y toda la zona. Buscamos una mesa situada junto a un balcón, pero discretamente apartada, con ánimo de hablar con mayor intimidad.

La Torre se encuentra ya iluminada; su oscura estructura de hierro parece ahora de oro. Realmente es de una belleza singular, que adorna la noche parisina. Numerosos turistas se agolpan para verla y hacer fotos.

Madeleine me cuenta las diversas peripecias de la iluminación de la Torre, a través del tiempo, mientras comemos una ligera cena, regada con unas copas de un delicioso vino. Para ver mejor, cuando el juego de luces a lo largo de la torre se inicia, como si ésta quisiera elevarse al cielo, Madel se levanta, se acerca al balcón, se apoya en él y me indica que la siga.

–Desde aquí se tiene una perspectiva amplia. Mira qué panorama tan espléndido puede admirarse.

Es cierto. El paisaje, envuelto en una semioscuridad, que subraya de manera acusada el brillo áureo del monumento, es único. Pero yo miro con más interés los ojos de Madel, en los que se refleja la cambiante iluminación, sus labios entreabiertos y el perfil de su rostro, de líneas perfectas, como si las hubiera trazado un artista genial... Ella se da cuenta y se vuelve hacia mí.

–¿Qué miras? –me pregunta.

–Tus ojos, tus labios, a ti entera, que eres lo más bello de todo este paisaje –le respondo de forma espontánea.

–¿Otra vez recuerdas a Magda, el fantasma del ayer? Yo soy Madeleine, un ser vivo de hoy...

–Perdona, no recuerdo a nadie. Sólo admiro una realidad presente.

Sus ojos me miran insistentes, como si trataran de penetrar en mis pensamientos. Y tras un inquietante silencio, dice:

–Bésame, prueba los labios y juzga si son iguales.

Pero sin aguardar mi reacción, echa sus brazos a mi cuello y me besa largamente, con fuerza, casi con furia.

–¡Madel! –exclamo sorprendido.

Se desprende y, sin más, me pide:

–¡Por favor, llévame a casa!

Todo el camino y el trayecto del metro, lo hace mirando al suelo, como esquivándome. Una vez en su calle no puedo resistirme y la detengo.

–Madel, ¿qué te pasa? Perdona si he hecho algo mal.

–No, nada; es que estoy triste.

–Yo te quiero, Madel, más de lo que te puedes imaginar.

–Yo también te quiero –me dice echándome los brazos al cuello y besándome de nuevo.

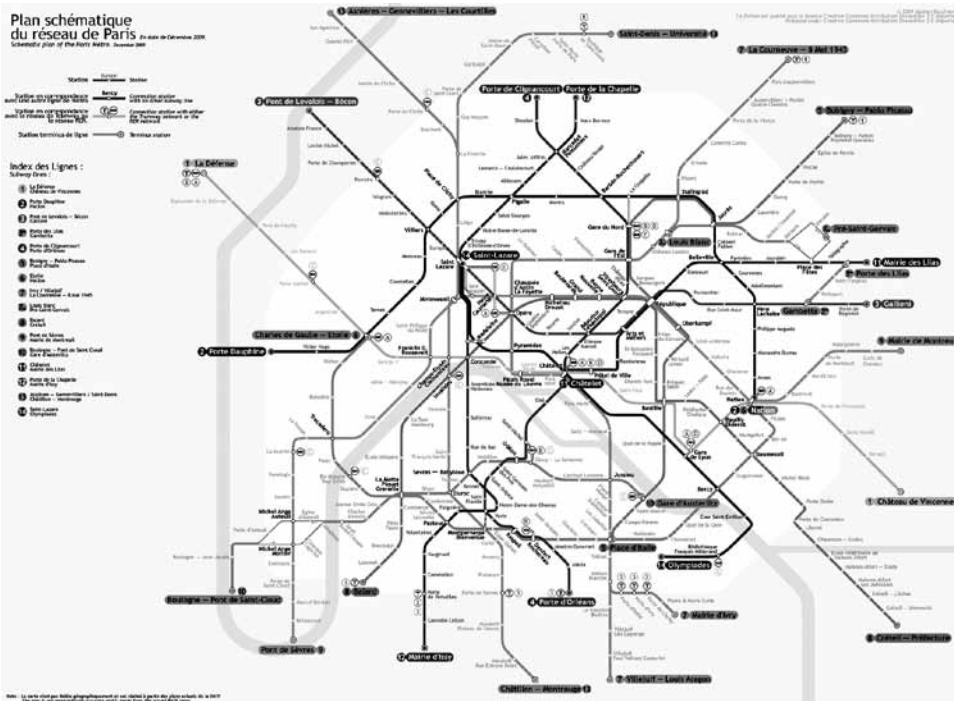
–¿Entonces?

–Es que tengo miedo de que me engañes, de que sólo sea una aventura para ti. No lo resistiría –explica con lágrimas en sus ojos.

–Puedo asegurarte que nunca dejaré de quererte.

–Ni yo a ti.

La acompaño, cogida de la mano, hasta la puerta de su casa. Me acaricia la cara, mirándome fijamente, y me dice adiós con voz apagada y moviendo la mano.



II

Al salir del metro me encuentro con una lluvia fina, casi una neblina, que cae suave sobre la calle y los transeúntes. No me importa mucho ni me hace acelerar el paso; más bien me conforta el fresco que se desprende del ambiente húmedo. El otoño, ya a la puerta, es una estación propiciadora de tristeza y pesimismo. La propia naturaleza parece haber fracasado: los árboles se convierten en esqueletos, desnudos de sus verdes hojas, que caen al suelo pálidas como mariposas muertas; la espléndida luminosidad veraniega disminuye, se oscurece el paisaje y en las ciudades decrece el bullicio porque la gente se resguarda en sus viviendas.

Las personas también acusan, en el organismo y en el ánimo, el cambio ambiental. Hay más depresiones, más inexplicable sensación de malestar, de desgana de todo. Yo, hoy, me siento deprimido, con una especie de amargura indefinida, no producida por nada concreto. Llego al hotel bastante mojado, pero no preocupado por ello. El gerente, muy buena persona, con quien he trabado amistad en mis visitas a la cafetería, al verme me dice:

–Pero hombre, cámbiese pronto que se va a resfriar. Le espero para tomar algo.

Obedezco como niño bien educado y bajo a reunirme con él. Nos sentamos y con la energía de unos whiskys, charlamos durante bastante tiempo de los temas cotidianos: la situación económica, el terrorismo rampante árabe, la actividad política en muchos países, la singular belleza parisina...

Cerca de la medianoche, dejamos la tertulia y nos vamos a dormir. Ya en mi habitación me acuerdo de Madel. Miro el reloj y

dudo de si sería oportuno llamarla o no. El deseo vence a la prudencia y pulso el número. No tarda en hablar:

–Dime

–Perdona lo intempestivo de la hora, pero no puedo coger el sueño por el temor de haberte causado, sin saberlo, algún daño con mi conducta, esta tarde.

–No te preocupes, la culpa es mía, mis temores y miedos.

–Te ruego tengas confianza en mí; por nada del mundo haría algo que te hiera. Mañana quiero decirte algo importante, por lo menos para mí. ¿Nos vemos a la misma hora?

–Sí, claro. Descansa tranquilo.

–Gracias. Buenas noches.

–Buenas noches.

Duermo de un tirón, no sé si por la tranquilidad que me produce la conversación última o por efectos del alcohol ingerido con el gerente.

Como siempre, espero a Madeleine, que llega puntual, un poco ojerosa, desayunamos juntos, conversando sobre temas sin importancia y un tanto tópicos. Pero cuando ella trata de explicarme el programa que tiene previsto, yo la corto rápido.

–Madel, el guía hoy soy yo y seguiremos el plan que tengo pensado.

Me mira sorprendida y antes de que diga nada, la cojo de la mano y casi la arrastro a la calle.

–Pero... –pretende hablar, mas yo la callo.

–La turista hoy eres tú; así, pues, a callar y escuchar atenta mis explicaciones, ¿vale?

Sonríe perpleja, para terminar encogiéndose de hombros.

–Está bien, lo que tú quieras.

Cogemos el metro. Nos miramos fijamente durante el trayecto, intercambiando sólo monosílabos. Llegamos a la estación por mí prevista, y siempre cogida de mi mano, salimos a la calle.

–Vamos –le digo– a la catedral de Nôtre Dame.

–No he preparado datos para enseñártela bien –me aduce.

–No hace falta, es bastante conocida gracias a Víctor Hugo y a las películas filmadas aquí.

Sin soltarla, entramos en el templo, la conduzco entre la gente que casi lo llena y, cerca del altar mayor, donde se está celebrando una misa, situándonos al lado de una columna lateral poco iluminada y menos masificada, en voz baja, casi al oído, le digo:

–Madeleine, yo soy creyente, y en este lugar sagrado, te juro que te quiero con toda mi alma y que jamás, en toda mi vida, seré capaz de hacerte el mínimo daño.

Me mira con sus bellos ojos a punto de dejar escapar unas lágrimas, sin saber qué decir al escuchar mis inesperadas palabras.

–En este mismo momento –continuo– te hago sólo una pregunta: ¿Quieres casarte conmigo?

No te pido una contestación ahora mismo, debes pensarlo, entre otras causas, por nuestra diferencia de edad.

Pero ella, en esta ocasión, es la que me sorprende, al abrazarme llorando :

–Sí, quiero. Estoy loca por ti. No se qué me has hecho o me has dado, que siempre te tengo en mi pensamiento y mi deseo constante, casi desesperado, es estar muy junto a ti todo el tiempo, día y noche. Mi vida sin ti carece de sentido.

La acaricio suavemente y limpio sus lágrimas. Cogidos de la mano, salimos, y ya en la calle, le indico:

–Ahora tenemos que hacer otra visita.



La Madeleine. Wikipedia

Detengo a un taxi y le enseño una tarjeta con la dirección. Subimos y ella, aún turbada, me pregunta;

–¿Adónde vamos?

–Pronto lo sabrás. Te estoy raptando.

Sonríe divertida, mientras me mira y acaricia.

–No hacía falta, contigo voy voluntaria a donde quieras, siempre que por el camino no dejes de besarme.

Así lo hago, pero el beso es breve, pues hemos llegado.

Pago el taxi y siempre cogida de la mano, entramos al lugar de destino. Ella, extrañada, exclama:

–¡Pero si es la Galería Lafayette!

Sin darle ninguna explicación, atravesando pasillos y stand, la llevo hasta la sección de joyería. Le señalo una vitrina donde estaban expuestas bellísimas pulseras y sortijas.

–Escoge la pulsera y la sortija que más te gusten. Yo prefiero aquéllas del centro.

–Pero esto es una locura. Valen un capital.

–Tú tranquila o escojo yo, –le aseguro. Y como ella no se decide, me dirijo al dependiente para que nos muestre las escogidas por mí. Se las coloco y le están perfectas.

–Resérvemelas, déme una nota con el precio y mañana las recojo, pues en este momento no traigo efectivo.

–Como quiera el señor.

Madeleine no acierta a pronunciar palabra. Yo la llevo cogida del brazo, casi arrastrándola, y le explico que es mi regalo de petición de mano. Es lo que le faltaba para llorar y apretarse con fuerza a mí.

–Tranquila, Madel, tú vales más que todo el oro del mundo; eres el mejor regalo al que yo podía aspirar.

Ya en la calle, le propongo irnos a tomar unas copas y almorzar en un restaurante cercano, que tiene buena pinta. Por el camino le expreso mi deseo de que nos casemos lo más rápido posible, de no perder el tiempo, y ella piensa lo mismo.

Durante la comida, aplacados sus nervios, pues es fuerte y decidida, vamos programando el acontecimiento. Yo quiero que tenga lugar la próxima semana el enlace civil, con sólo sus padres, los testigos y cualquier compromiso inevitable que tenga... La ceremonia religiosa la realizaremos en mi tierra, con mi familia y la suya. A ella le parece bien y así lo decidimos.

–Como me has raptado y mi plan no ha servido –me dice– ¿quieres que te enseñe dónde me bautizaron, y después naveguemos por el río, para ver desde él la Torre iluminada?

–Yo también me dejo raptar y que me lleves a dónde tú quieras –le respondo–. Y no me importa que hagas conmigo lo que te apetezca.

–Eso último está claro: besarte e impedir que te escapes de mi lado.

Me coge la mano y entrelaza sus dedos, apretándolos con los míos, y me lleva a una entrada del metro. Tras un mediano recorrido, nos bajamos.

–Encima de esta estación está situada la Iglesia de la Magdalena –explica–, que es por ahora nuestro destino.

Ya en la superficie me señala el templo, un hermoso edificio que contrasta con el entorno.

–Aquí me bautizaron y por eso llevo su nombre. El estilo de la construcción, como ves, es neoclásico, muy parecido a los templos griegos con sus columnas. Las obras comenzaron, creo, sobre 1764, aunque sufrieron interrupciones por la Revolución. Napoleón lo destinó a la gloria del Ejército (la Grand Armée) hasta que se construyó el Arco de Triunfo, volviendo entonces el templo a su destino inicial. La escultura de la Magdalena, la talló el italiano Marochetti.

–Pues lo que más me gusta –le digo con cara muy seria– es esta pila en la que te lavaron la cabecita. Todavía huele a ti.

–¡Que tontito eres, papaito! –Ríe–. ¿A que es hermosa y original esta iglesia?

–Sí que lo es; también las criaturitas que han pasado por ella.

Como ahora tiene Madeleine la iniciativa, me toma de la mano, apretándola con la suya, cálida y suave, salimos de la iglesia y sin más explicaciones, nos vamos al metro y cuando llegamos hasta la Plaza del Trocadero, tira de mí y subimos rápidos a la superficie. En todo el trayecto no ha dejado de mirarme entre divertida y pícara. Me dice:

–Como tenemos tiempo todavía, vamos a embarcar y hacer un crucero por el Sena, pues compré los billetes hace días. Después, si tenemos apetito, picamos algo en el restaurante del propio barco, mientras vemos la Torre Eiffel iluminada. ¿Te parece?

–A mí la que me parece incomparable e inquietantemente maravillosa, eres tú.

–¡Adulador! Démonos prisa que acaba de llegar nuestro barco.

Así es. Bajamos rápidos al embarcadero, subimos y nos acomodamos en el sitio estratégico que Madel elige.

Casi llena la embarcación, inicia el crucero por el río. Madel va señalando los edificios más destacados que se divisan, como la biblioteca, hermosa construcción, que parece de cristal.

–Creo –me dice– que el río tiene en París unos 36 ó 37 puentes, de cuyos nombres sólo recuerdo el Puente Nuevo, el de Alejandro III y el de los Inválidos...

–¿Y para qué vas a llenar tu hermosa cabecita con tantos nombres? Conque recuerdes el mío, sobra.

–¡Mira que eres malo! Como buena guía me gusta preparar las excursiones con los datos más sobresalientes. Pero ésta ha sido, no improvisada, pero sí adelantada y no he tenido tiempo para ello.

Ha pasado más de una hora y la noche ha caído sobre la ciudad. Regresamos al lugar de embarque, desde el que se divisa la Torre Eiffel. Pedimos unas copas y algunos aperitivos, para aguardar a que empiece el juego de luces. Cuando éste termina nos dirigimos de nuevo al metro, camino de casa. Allí, en la puerta, le pregunto:

–Como estás sola, ¿quieres que me quede contigo?

Me mira dubitativa y responde:

–Tengo mucha ilusión, en la noche de bodas, de entregarme a ti y que tú, también, lo hagas conmigo... Pero si quieres de otra forma yo no te lo impediré, aunque no sea tan bonito.

–Yo también tengo ilusión en esa noche. Podemos esperar, pues va a ser muy pronto.

–¡Gracias! –exclama rodeando mi cuello con sus brazos–. Cada vez te quiero más por lo bueno que eres. Mis padres regresan mañana y tal vez no les hubiera agradado eso, si se enteran. ¡Ah! Hasta mediodía no puedo verte, pues he de ir a esperarlos.

Al día siguiente, temprano, fui a la sucursal de mi banco en París en la que, tras las comprobaciones y consultas normales, me expidieron un cheque a favor de las Galerías. En ellas, el empleado de la joyería, me hizo pasar dentro, me presentó al jefe de sección, que dominaba bien el español, y éste, a su vez, me mostró la pulsera y el anillo colocados en un precioso estuche.

–Son unas joyas bellísimas –dijo.

–Aquí tiene el cheque, puede comprobarlo.

–No hace falta, ya el banco nos lo ha comunicado. Le sugiero que las sitúe pronto en lugar seguro; existen muchos carteristas y ladrones rondando los establecimientos de lujo como éste. Le colocaré los estuches en un paquete vulgar, sin referencias, para no llamar la atención. Tenga la factura por si quiere asegurarlas.

Así lo hizo. Me despedí y en cuanto estuve en la calle, cogí un taxi que me volvió al hotel. En recepción estaba el Sr. Maurois, el gerente, que al verme se acercó.

–¿Cómo tan temprano aquí?

–Quiero que me guarde en caja estas joyas.

Al verlas, exclamó:

–¡Son una preciosidad! Estoy seguro que le gustarán a Madeleine.

–¿Cómo sabe...?

–¡Hombre! Tengo experiencia y usted no ha disimulado mucho. Yo me alegro por usted y por ella, que es una mujer extraordinaria.

–Gracias. Yo quiero pedirle un favor.

–Cuenta con ello.

–Deseo que sea testigo de la boda.

–Con mucho gusto.

–Ahora voy a enterarme del papeleo en el Ayuntamiento.

–Yo tengo un pariente que trabaja allí, precisamente en ese departamento. Puedo informarme de lo necesario, y se ahorra el ir.

Estupendo, se lo agradezco.

Entró en su despacho y telefoné. No tardó mucho en regresar.

–Pues es muy sencillo –explicó–; basta con rellenar unos impresos y las fotocopias de los documentos identificativos o pasaportes, tanto de los contrayentes como de dos testigos. Le he dicho que voy a enviar por los impresos y las instrucciones necesarias. ¡Ah!, me ha indicado que puede celebrarse el próximo miércoles, si tienen prisa.

–No sé como agradecerle tanta amabilidad. Si le parece, después de hablar con Madel, esta tarde organizamos lo que haya de hacerse.

–De acuerdo. ¿Tomamos unas copas?

–Sí, vamos.

Y estuvimos en la cafetería hasta la hora del almuerzo.

Ya en mi habitación, llamé a Madel.

–Dime, papaíto.

–¿Han llegado tus padres?

–Sí y les he contado lo nuestro. Se han sorprendido un poco, pero cuando les expliqué cómo eres, me han felicitado.

–¿Y qué hago yo si no les gusto?

–Me gustas a mí y eso basta.

–Oye, te llamo para que vengas esta tarde al hotel, examines el regalo y planifiquemos todo.

–Pero, ¿al hotel?

–Si, el Sr. Maurois sabía ya lo nuestro y nos está ayudando. Ha gestionado el papeleo y va a ser testigo. Hemos quedado en planificar todo esta tarde, contigo. Te espero, chiquita.

–Tengo cierto nerviosismo, pero mi cariño me da fuerzas para todo. Un beso, mi amor.

Ya por la tarde, cuando llegó Madeleine, incluso yo quedé sorprendido: estaba espléndida. Con un trajecito beige, zapatos de tacón alto y cabello diestramente alborotado, parecía una modelo en pleno desfile.

–¡Vaya ejemplar de mujer! –exclamó el señor Maurois.

Las compañeras, que se percataron de su presencia, la rodearon admiradas.

–¡Pero chica, cómo estás! –dijeron

Yo la cogí del brazo, mirándola con arrobó.

–Vamos a mi despacho –indicó el gerente.

Sentados, una vez tomado el café que él había pedido, examinamos los impresos que ya tenía en su poder y los rellenamos. En cuanto a cómo se desarrollaría el acto, pronto nos pusimos de acuerdo: la limusina del hotel recogería a Madeleine y a sus padres. Los testigos y yo esperaríamos en la puerta del Ayuntamiento a las seis de la tarde del próximo miércoles, hora y fecha disponibles. Celebrada la ceremonia, iríamos al hotel para la cena.

Decidido todo, Madeleine me dice:

–Vamos a casa. Quiero que te conozcan mis padres.

–Me parece bien, pero tal como vienes de espléndida, iremos en taxi. No me expongo a que algún chorizo del metro te diga algo.

–¡Celoso!

–Más de lo que te puedes imaginar.

El taxi nos dejó en la puerta. Sus padres, la verdad sea dicha, si en principio me miraron con cierto recelo, después de hablar con ellos y contarles parte de mi vida y de mis relaciones con la hija, se sintieron satisfechos.

–Ella merece ser feliz, por lo que vale en todos los sentidos – manifestó la madre.

–Yo procuraré que lo sea, porque así lo seré yo también. La quiero más que a mi vida.

–Y yo a ti –intervino Madel–. Me moriría si te perdiera.

–No valen malos augurios –comentó el padre– ¿Cuándo será la boda?

–Si no surgen problemas, la semana que viene, el miércoles por la tarde. La parte religiosa, que yo también quiero, la haremos en mi tierra, cuando llegemos del viaje. En ella estará toda mi familia y, como es natural, vosotros.

–Me alegra ese propósito; yo os lo iba a rogar, pues soy religiosa. Muchas gracias, hijos.

–Bueno, ya que le conocéis y comprobáis lo guapo e interesante que es y lo que nos queremos, vamos a dar una vuelta por ahí y cenar juntos.

Me despedí y ya en otro taxi, le propuse:

–¿Por qué no vamos al Moulin Rouge? Vemos el espectáculo y supongo que se podrá tomar algo allí.

–Bien, pero con una condición.

–¿Cuál? –pregunté extrañado.

–Tienes que mirarme siempre a mí. Allí hay chicas muy monas y me pondré celosa si te fijas en ellas.



David Monniaux – Wikipedia

Riendo, le prometo: Como tú mandes.

Madeleine ha escogido una mesa bastante alejada del escenario.

–Desde aquí se ve bien.

–Yo soy algo corto de vista –le advierto.

–Pues mejor –alega ella sonriendo.

Como siempre, pedimos algo frugal y unas copas de vino. El servicio lo realizaron unas señoritas muy monas (tenía razón Madel), ligeritas de ropa y con unas piernas como modeladas por buenos escultores. Ella me pellizcaba cada vez que me fijaba en alguna chica, y me amenazaba con la mano.

Empezó el espectáculo con el clásico Cancán, bailado por un grupo numeroso de espléndidas jóvenes; siguieron diversos números simpáticos y pícaros, para terminar con la canción “Money, Money”... hecha célebre por Liza Minnelli en la película “Cabaret”.



Toulouse-Lautrec – Wikipedia

Una vez terminado este número, salimos, porque era ya tarde y por la mañana teníamos que determinar algunas cosas.

Ya en su puerta, me echó los brazos al cuello y nos besamos con pasión; besos largos, apretados como si quisiéramos fundir nuestros labios.

–Así estaría toda la noche –susurró.

–Yo también.

–Pero mis padres estarán esperando. Debo subir.

–Hasta mañana, cielo –me despedí.

Una vez en mi habitación, no pude resistir la tentación de llamarla.

–¿Qué quieres?

–Primero, oírte una vez más y luego recordarte que sigues siendo mi guía y tienes que hacer hueco para enseñarme lugares.

–¡Que loco estás, mi vida! Pues claro que encontraremos tiempo, en especial porque quiero estar junto a ti. Duerme. Un beso.

Cierro los ojos, sin dejar de pensar en ella, hasta quedar dormido.

Por la mañana vuelvo a llamarla y le recuerdo que debemos ir a comprar el vestido de la boda y los que necesite para el viaje. Se queda callada, como pensando, y me responde que el de la boda, sí, pero los otros no, porque tiene bastantes.

–Bueno, ya veremos –le digo– esta compra es un regalo mío.

–¡Por Dios, no te pases! Luego hablamos, cuando llegue dentro de una hora. Espérame donde siempre.

Llevo un rato esperando –soy impaciente– cuando la veo subir las escaleras, ágil y esbelta, y me invade una alegría, nunca antes sentida, tal vez porque ahora tengo la sensación de que me pertenece.

Me coge de la mano, después de un ligero beso, y me explica que, no muy lejos, existe una tienda con ropas de Dior (una especie de sucursal) con precios muy interesantes.

Caminamos, ella con una sonrisa entre pícara y cariñosa, yo mirándola embelesado. Una vez en el establecimiento, se dirige a una empleada y le explica lo que desea.

–Son unos modelos originales, bonitos, elegantes y discretos –dice.

Madeleine los examina y me señala uno de un azul suave.

–Yo no entro en la elección, el que te guste.

–Pruébeselo –le indica la dependienta.

Entran en un probador y, al poco tiempo, me llama. Le sienta de maravilla.

–Pruébate algunos más –le digo.

Lo hace y con todos esta extraordinariamente bella.

La empleada que nos atiende está asombrada y se le escapa un casi envidioso comentario:

–Es que tiene un cuerpo perfecto, le cae bien todo, no hace falta corregir ni ajustar nada.

–Bueno, Madel, si te gustan...

–El azul sólo –me dice.

–No, los tres. Mire, señorita, prepárelos y los envía al hotel “Michel”. El gerente, que tiene mis instrucciones, les abonará la factura.

Madeleine, un poco enfadada, me riñe al oído.

–Mira que eres dictador y caprichoso. Yo tengo bastante ropa y, además, la compra me corresponde pagarla a mí.

–No te preocupes, la vas a pagar el miércoles.

–¡Anda ya, tunante!

–Oye, ¿y la ropa interior?

–Esa la compraré yo mañana con mi madre. La veras...

–¿Cuándo?

–¡Imagínatelo!

–Bueno, puesto que hemos terminado pronto, vamos a Nôtre Dame, que la vimos a medias.

En esta ocasión cogimos un taxi. Madeleine, siempre inteligente, a veces genial, una vez frente a la catedral, me mira con fijeza y me habla muy suave y dulce: “Lo mejor de la catedral, para mí, es el momento que vivimos en ella, cuando me juraste que me querías y mi corazón saltó de emoción y de gozo”.

La estrecho contra mí sin saber qué responder. Pero ella, hábil y rápida de pensamiento, con una risita casi infantil, me suelta una retahíla de datos sobre la catedral, como aprendidos de memoria.

Fue construida entre 1163 y 1345, su estilo es gótico, según dicen los entendidos; sufrió diversas modificaciones entre 1630 y 1707. La revolución también provocó ciertas consecuencias, que ahora no recuerdo. Entre las varias obras y detalles que contiene, cabe

destacar la coronación de Napoleón en 1804. La literatura, por medio de Víctor Hugo, le dio fama y la propagó por todo el mundo con la gitanilla Esmeralda y Quasimodo, el jorobado; una historia algo así como la bella y la bestia enamorada, que se deja morir junto a ella cuando la matan. ¿Quieres saber más?

–Sólo quiero quererte aún más y que tú me correspondas.

–Lo que yo más quiero es.... Comer cuando tengo hambre –dice entre risas– después.... lo que pidas.

–Bueno, en serio, me gustaría ver el Louvre.

–Es muy grande, mañana. Esta tarde debo ir con mis padres a comprarles vestimenta para el acto. Por cierto, también tenemos que buscarte un traje adecuado.

–De eso me ocuparé yo luego. Pero tengo necesidad de verte, aunque sea a última hora.

–¿Y eso?

–No podré dormir sin darte un beso.

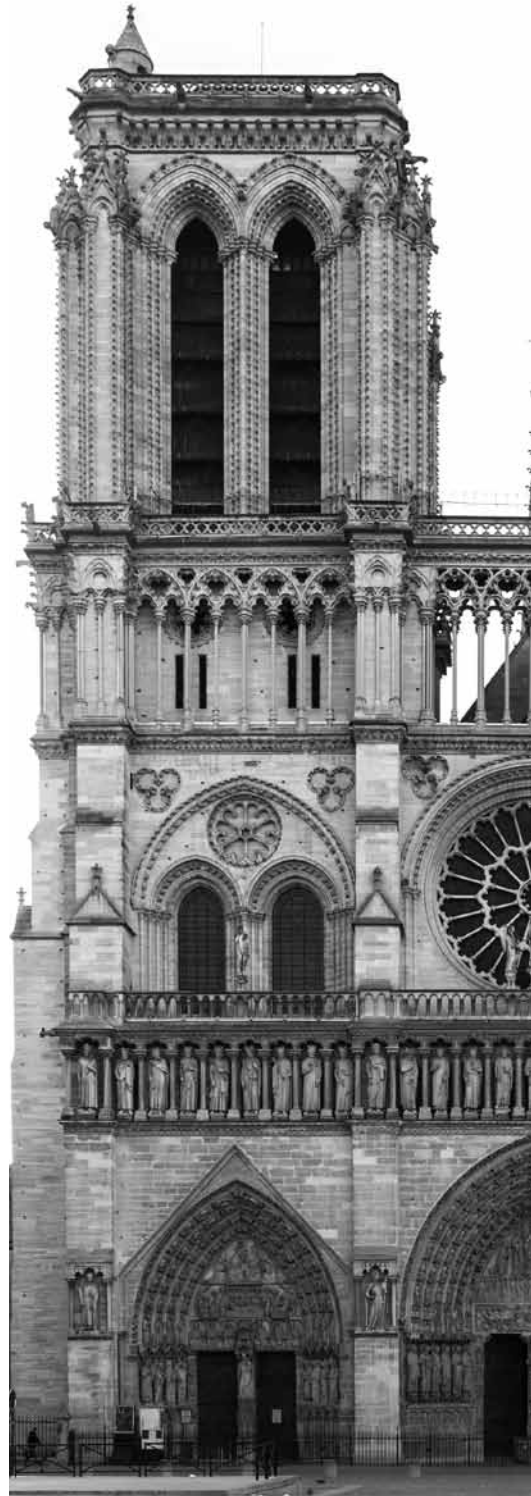
–¡Adulador! Ve a casa, ya eres de la familia.

Comimos al paso unos bocadillos, pues ella tenía prisa, y regresamos al punto de encuentro. Madeleine se va en el metro y yo al hotel.

Busqué al gerente para tomar café.

–¿Cómo marcha todo? –me pregunta.

–Bien, pendientes de pequeños deta-



Notre Dame, Daniel Vorndran – Wikipedia



les. Por cierto, Sr. Maurois, ¿conoce dónde puedo comprarme un esmoquin?

—Pues claro, la casa de mi amigo Pierre. Si quiere nos acercamos.

—Desde luego, estoy dispuesto.

El amigo del señor Maurois nos recibió muy amable y después de calcular a ojo mi talla, nos enseña uno.

—Creo que es el suyo. Pruébeselo.

Así lo hago y cuando me examina, sonrío satisfecho.

—Un pequeño arreglo en el largo de los pantalones y queda usted transformado en un modelo.

—Es verdad —comenta el señor Maurois.

—Lo necesito para el miércoles —le advierto.

—Mañana lo tendrá, junto con sus complementos.

—Lo envías a mi hotel con la factura —le indica Maurois.

Durante unos minutos hablamos de la actualidad, del tiempo y de las cosas que se dicen cuando no se tiene nada que decir. Nos despedimos y durante el camino de vuelta, le cuento al señor Maurois las jugadas imprevistas que nos hace el destino. Vine a París para vencer mi depresión y tristeza, con la idea de entregarme, de abstraerme en la recopilación de datos para una serie de historias, situadas en París, que estoy escribiendo. Y mira por

donde, París me ofrece la historia más deliciosa de mi vida, al encontrarme con Madeleine.

–¿Es usted escritor?

–Un pequeño escritor. Únicamente he publicado cinco libros y multitud de artículos y pequeños estudios en la prensa.

–Me gustaría conocer sus obras y, en especial, esas historias de París.

–Puedo dejarle las hasta hoy escritas. Están en mi portátil, que siempre viaja conmigo. Y le agradeceré corrija lo que no se acomode a lo real de la ciudad. He procurado documentarme, pero siempre falla algo, cuando es a través de otros. Nunca, antes, estuve aquí.

–Estupendo. De lo publicado, quisiera un ejemplar.

–Lo tendrá.

Estuvimos hablando de letras –era entusiasta de ellas– durante el resto de la tarde. Al anoecer me despedí para ir a casa de Madeleine.

Allí, saludo a los padres y Madel me riñe graciosamente por el retraso. Le explico el motivo –la compra de mi traje– y entonces, con un gesto de comprensión, dice:

–¡Ah! Si es esa la causa... Supongo que estarás muy guapo.

–Pues...

–Si no lo estás, diré nooo en la boda.

Como había dispuesto una cena fría, nos trasladamos al comedorcito en el que, entre bromas de Madel y comentarios sobre las acciones próximas, transcurrió el tiempo.

Me despido de los padres y Madeleine me acompaña a la puerta. Allí me abraza y susurra:

–Dame un beso de esos que me producen temblor hasta en los zapatos.

–Los tuyos a mí me incendian –le digo yo, mientras la beso–. Buenas noches, cielo.

Una vez llegué al hotel, me acosté y dormí de un tirón, tranquilo y relajado. Bien entrado el nuevo día, me despierto feliz, me

arreglo y lo primero que hago, es llamar a Madeleine...

–Madel, cariño, mi guía ¿tendrá hoy tiempo para continuar las visitas turísticas?

–Mon amour, oui.

–¿La misma hora y el mismo sitio para el encuentro?

–Oui, mon amour.

Como siempre, la esperé apoyado en la barandilla. La observé subiendo por las escaleras, sonriente, con un paso elegante, pues sabía que la miraba recreándome en sus movimientos y en su figura de escultura griega.

–¿Te enseñaron las diosas del Olimpo a caminar? –le pregunto como saludo.

–Claro que sí, mi amor, –respondió mientras me ofrecía sus labios voluptuosos para el primer beso de la mañana.

Cogidos de la mano, entrelazados los dedos, caminamos un buen rato callados. Por fin le pregunté:

–¿Qué has programado?

–Subiremos a la Basílica del Sagrado Corazón, daremos unas vueltas por las callejas de Montmartre, comeremos en uno de los múltiples restaurantes de allí, y después iremos al museo de Louvre. Todo muy rápido porque los próximos días tendremos que preparar las cosas para el viaje.

Le apreté con más fuerza la mano, como dándole mi conformidad. Cogimos el metro y nos bajamos en las proximidades.

–La Basílica está situada en lo alto de la colina de Montmartre. Su construcción se inició en 1875 y terminó en 1919, inspirada en la arquitectura romano–bizantina. Como puedes ver es muy bella, casi espectacular en su exterior y desde allí se divisa todo París. Subamos en el funicular para ahorrar energía –propuso Madeleine–. La construcción es un homenaje a los franceses que perdieron la vida durante la guerra franco–prusiana.

El interior me parece interesante y bello, pero con lo recor-



*La Venus de Milo, Britchi
Mirela – Wikipedia*

dado de la visita a otras iglesias, no sé distinguir bien las diferencias. Desde la altura donde se encuentra, efectivamente, puede verse una gran extensión de la ciudad.

Nuevamente al pie mediante el funicular, Madeleine me llevó por estrechas callejuelas empedradas y llenas de bares, puestos al aire libre y artistas ofreciéndose para hacer rápidos retratos. Esto es el Montmartre bohemio, lleno de turistas y de ofertas de los más dispares artículos.

De repente se me ocurrió una idea y dije a Madeleine:

–Quiero que ese pintor o dibujante, te haga un retrato.

–¡Anda ya! No perdamos el tiempo.

–Sí, Madel, tengo interés en eso.

Accede de mala gana. Hablé con el artista ambulante y concerté el precio.

Se puso a la tarea contemplándola, en tanto murmuraba: “Trés jolie, monsieur, trés jolie”. Sobre el papel iban apareciendo los rasgos de Madelaine, que estuvo quieta, aunque disgustada, durante el cuarto de hora que duró el trabajo. Me pareció bonito y muy real. Pagué lo convenido y, adecuadamente enrollado, me llevé el retrato.

–Estarás contento, ¿no?

–Pues sí, estás muy bien. Lo colocaré a la entrada de mi casa.

Rió y se le quitó el enfado.

–Veamos un poco más y tomemos

algo –dijo, y después continuó con la explicación del lugar–. En un tiempo el barrio estaba lleno de cabarets, burdeles y negocios del sexo. Se transformó cuando artistas como Van Gog, Picasso, Degas se asentaron aquí. Toulouse Lautrec, con sus carteles de bailarinas y espectáculos del “Moulin Rouge”, promocionaron la zona, divulgada con amplitud por la película filmada sobre el pintor.

–Sí, recuerdo la película –comento yo.

En un pequeño y estrecho restaurante comimos y descansamos, tras andar por los suelos empedrados y escaleras de las calles.

–Hoy acabamos el turismo –afirmó ella–. Tenemos que organizar muchas cosas antes del miércoles.

–Lo más importante está solucionado. El señor Maurois ha entregado a su pariente los papeles y documentos y la hora está fijada. A mí me llevan hoy el esmoquin y a tu casa habrá llegado ya la ropa que compramos.

–Pero siempre hay detalles que se escapan con las prisas.

–El señor Maurois se ha encargado de preparar la cena y de que se arregle la suite nupcial; tiene previstos los vehículos para los traslados y adquiridos los billetes para Roma, dónde también ha reservado hotel para nosotros.

–Pero, bueno, ¿el señor Maurois es tu padre?

–Casi –contesto riendo.

Me miró fijamente, sin que yo adivinara sus intenciones ni pensamiento y, cogiéndome las manos, muy cariñosa, me dice:

–Te quiero.

–Y yo a ti –le aseguré

–Vamos al Louvre, muy rápidos, pues para verlo bien necesitaríamos un mes –propuso.

–Yo sólo tengo interés en ver dos obras: La Gioconda y la Venus del Milo.

Cuando llegamos había cola, pero Madeleine, que es previsora, tenía entradas especiales y pasamos sin más. El interior estaba repleto

de turistas y, como siempre, de mayoría oriental. Sorteándolos, pasamos por diversas salas, pero era imposible detenerse a verlas con detalle.

–A la Gioconda y a la Venus –indiqué a Madeleine– en otra ocasión veremos el resto.

Llevándome de la mano y tras subir y bajar escaleras, nos encontramos ante la obra de Leonardo. La sala estaba llena de gente, con las cámaras y móviles disparando. Logramos situarnos cerca y fotografiarla también. El cuadro yo lo esperaba de mayor tamaño, por lo que me decepcionó un poco.

Otra vez caminando cogidos de la mano, llegamos ante la Venus del Milo. Me entusiasmó. Estuve largos minutos recreándome en la perfección de la obra, la belleza del rostro, la elegante estética de la parte desnuda, la exactitud de su breve ropaje...

Madel, a mi lado, observaba mis gestos admirativos. La cogí del brazo y la coloqué al lado de la escultura.

–No te muevas, os voy a fotografiar. Sonríe un poquito, preciosa –le ordeno.

Disparé varias veces la cámara y comprobé los resultados, que eran satisfactorios. Ella se acercó curiosa.

–Mira –le digo– la Venus se ha quedado de piedra al comprobar que tú eres más guapa.

Como no esperaba esta conclusión, se rió divertida y, por respuesta, me dio un beso.

–¿Quieres dar un vistazo al museo de Orsay, que está al lado?

–Lo que tú elijas, Madel.

–Vamos, algo veremos.

Así lo hicimos. Como estaba atardeciendo, pasamos de prisa por las salas. No obstante en una me llamó la atención un cuadro, que más parecía fotografía, de la mitad de una mujer, tendida boca arriba, con las piernas abiertas, enseñando lo que hay entre ellas, cubierto de frondosísima pelambreira. Madel tiró de mi, con fingido enfado, diciéndome bajito “eso no se mira, hay cuadros mejores”.

Cruzamos un hermoso patio, en el que podían admirarse numerosas esculturas y, ya cansados, nos fuimos al hotel, en cuya cafetería nos sentamos durante un buen rato.

Recogimos las joyas guardadas en la caja, así como los demás paquetes que habían llegado a mi nombre y, en un taxi, nos dirigimos a casa de Madeleine.

Al despedirnos, ella me dice:

–Como estamos a dos días de la boda, debemos repasar lo que nos hace falta o que se nos olvida. ¡Ah! Mañana hay que comprar las alianzas.

–Yo vendré por ti para ir juntos. Luego paseamos y bebemos algo.

–Vale, como tú quieras.

Después de acariciarle la cara y besarla, marché nuevamente al hotel.



Ayuntamiento de París – Wikipedia



La Gioconda, Leonardo da Vinci – Wikipedia

III

Y llegó el miércoles, y transcurrió la mañana con los nervios en tensión, y comí el almuerzo con rapidez y poco apetito y, por fin, la ducha relajante, la ropa interior nueva, blanquísima, el esmoquin y las últimas miradas en el espejo, colocando bien la corbata.

Abajo esperaban ya el señor Maurois y Jacqueline, la compañera y amiga de Madeleine, que serían los testigos, que me reciben afectuosos.

–Vamos –dice Jacqueline– el coche está en la puerta. Por cierto que estás muy guapo y elegante.

Nos acomodamos en el vehículo y marchamos camino del Ayuntamiento. Sobre las cinco y media sería cuando llegamos a la dependencia donde tendría lugar el acto. Por cierto que estaba adornada con mucho arte.

El señor Maurois me presentó a su pariente, y éste a la autoridad que será quien lleve a efecto la unión legal.

Cerca de las seis, hora convenida, llegaron Madeleine y sus padres. Más que nunca está impresionante. Su elegante vestido de color azul claro, ajustado con discreción a las delicadas formas del cuerpo, permitía adivinar y realzar el conjunto de su espléndida figura. Una especie de boina, también azul, cubría su cabecita, dejando fuera parte de un sencillo y estudiado peinado. Sus labios, de un tono rojo, dibujaban una amplia sonrisa.

Todos, y yo más que nadie, quedamos deslumbrados por la belleza, elegancia y sugestiva feminidad de Madeleine.

Comenzó el acto con la lectura de los artículos de la ley que señalan los derechos y obligaciones de los contrayentes; después, la

autoridad nos hizo las preguntas habituales sobre nuestros deseos, voluntad y compromiso de unirnos en matrimonio y lo que ello suponía. Nos colocamos las alianzas y él pronunció un breve discurso relacionado con el compromiso adquirido, y nos deseó cordialmente felicidad y fidelidad, terminando con el acostumbrado pueden besar-se los novios, cosa que hicimos con el aplauso de todos.

A la madre de Madeleine se le humedecieron los ojos y la hija, que la observaba, le dice:

–Mamá, no llores. Nunca he sido tan feliz como hoy y espero serlo un poco más cada día que viva. Adoro a mi marido y él a mí, puedes estar segura.

En el hotel nos habían preparado un pequeño refrigerio, con variados aperitivos y bebidas. Allí estuvimos sentados, charlando y comentando lo acontecido, entre risas y bromas, hasta la hora de la cena.

Entró uno de los empleados del hotel, se acercó a mí, y me dijo que un señor quería verme.

–Perdonad un momento, ya vuelvo.

Era el Comisario de policía, quien muy atento, me saludó y, dándome un sobre que tenía en la mano, me explicó:

–Encontramos el pasaporte y documentos que le robaron y he querido entregárselos personalmente.

–Gracias.

–Bueno, también quería advertirle de algo más importante... El exmarido de la chica con quien acaba de casarse, está en prisión y es un tipo muy peligroso. Casi seguro que tratará de contactar con ella cuando salga.

–Nos vamos mañana.

–Bien, pero eso no lo evitará, más aún cuando ella colaboró con él en algunas fechorías, aunque no pudo probarse.

–Estoy seguro de que no colaboró –contradije–, y si alguna vez lo hizo sería amenazada o forzada. La conozco bien.

–Espero que tenga razón. No obstante, esté precavido por lo que respecta al individuo. Y mucha suerte y felicidad les deseo.

–Gracias por su atención.

Nos dimos la mano y yo regresé con los demás.

–¿Quién es y qué quería? –preguntó Madeleine.

–El Comisario de policía, para entregarme el pasaporte y documentación que me habían robado –contesté, mostrándolos–. Y me ha hecho algunas recomendaciones para evitar estos casos.

Madeleine estaba cada vez más radiante y atractiva, de manera especial cuando sonreía. Era el centro de atención de todos nosotros. Incluso el señor Maurois, tan prudente él, no pudo evitar decirle:

–Madeleine, estoy seguro de que en París no existe chica alguna que se pueda comparar contigo.

–Gracias, jefe.

–Exjefe –puntualizó él.

En un comedor pequeño, anexo a la salita, estaba ya preparada la cena. Así, pues, nos trasladamos a él y engullimos la exquisita y variada comida que el chef había preparado para el acontecimiento.

Una vez saciado el apetito, si es que alguien lo tuvo, y tras una animada charla, Jacqueline, muy pícaro, comentó:

–Los novios estarán cansados, creo que es hora de despedirnos.

Todos nos pusimos de pie, nos besaron y felicitaron, invitándonos a subir a la suite para descansar.

Cogidos de la mano y mirándonos con fijeza, nos montamos en el ascensor. Durante el trayecto, Madel me repetía, en voz baja, un “te quiero”, “te quiero” que acabó por emocionarme y estrecharla entre mis brazos.

En la suite, no más entrar, le di un beso largo, largo y apretado y terminé diciéndole:

–Llegó la hora. Eres mi mujercita y hemos de desnudarnos.

–Me da vergüenza –acertó a decir algo turbada–. Ve tú primero al baño.

–Como quieras, pero ¿dónde vas ahora?

–A la antesala, allí esperaré.

–Está bien, yo terminaré pronto.

Me despojé del traje y demás ropa, cogí un batín y entré en el baño. A los cinco minutos salí con el batín puesto y la llamé.

–Cariño, el cuarto de baño está libre.

Entró tímida y yo, para que se calmara, me salí también a la antesala. Como tardaba más de lo normal, volví al dormitorio y le pregunté

–¿Qué haces ahí, Madel?

Salió del cuarto de baño, muy tapada con una bata roja, que trato de desprendérsela cuando llega a mí y, ¡Oh sorpresa!, continuaba aún vestida.

–Yo no soy la Magda que se te aparece en la memoria; soy Madeleine y quiero que seas tú quien me desnude –dijo con la mayor serenidad del mundo.

Sin reprocharle el infantil engaño, muy despacio, fui despojándola de sus prendas, una a una, dejándola sólo con la leve y blanca braguita que ocultaba lo esencial de su feminidad.

–¡Madel! –exclamé mirándola– tienes el cuerpo más bello y perfecto que existe en mujer de este mundo. Eres el premio mayor y mejor que un hombre puede recibir.

La cogí en brazos y la posé, con suavidad, en la cama. Arrojé al suelo mi batín y la abracé con ansiedad, muy juntos nuestros cuerpos.

–¿Jugamos un poquito? –le pregunté.

Ella no respondió, pero repetía, incansable, “te quiero”, “te quiero”. Acaricié y besé todo su cuerpo, despojado ya de la última prenda y, por su parte, me acariciaba también, mientras susurraba palabras de cariño, hasta que le tapé su boca con un beso dulce, inacabable, y apreté con fuerza todo mi cuerpo con el suyo, quizá haciéndole algún daño, pues dejó escapar un reprimido ¡ay!, seguido poco después de un fortísimo apretón de mi cuello con sus brazos y

multitud de besos insaciables de sus deliciosos labios...

Cuando desperté, la luz se filtraba por las ventanas. Madeleine, muy pegadita a mí, dormía plácida, con un brazo extendido sobre mi pecho. Me levanté con mucho cuidado para no despertarla, me duché con agua tibia y me vestí, pensando en que la noche ya pasada había sido la mejor y más deliciosa de mi vida.

Fui a la antesalita, cogí el teléfono y pedí que nos subieran dos cafés cargados y unas tostadas.

Madeleine seguía dormida pero yo, muy despacito, empecé a besarla y acariciarla con suavidad. Abrió los ojos, me miró como sorprendida y me pidió que la pellizcara.

–¿Por qué? –pregunté.

–Es que temo estar soñando.

–Todo esto es real, estamos casados y hemos pasado una noche inolvidable, al menos yo.

–Te quiero –volvió a repetir–. Bésame mucho y fuerte.

La obedecí, pero terminé indicándole que era ya algo tarde, el desayuno estaba encargado y debía arreglarse.

–Vuélvete y no mires –pidió.

–Pero Madel, si ya te he visto entera, te he recorrido toda con mis besos y mis manos, además estamos casados y he comprobado que eres la mujer de mis sueños.

Sonrió, pero se fue casi corriendo al baño.

Unos golpecitos en la puerta, me indicaron que el desayuno estaba allí. Abrí, entró una monísima camarera que, sonriente, depositó los cafés y tostadas en la mesa.

–Madel, date prisa que el café se enfría.

–Ya que eres mi marido, ¿por qué no me ayudas?

Sonriendo fui al cuarto de baño y le ayudé a secarse. Ni que decir tiene que me aproveché tocándola y acariciándola.

–No seas malo.

Con la bata puesta, bien ajustada, tomamos el desayuno.

–Voy a bajar y le diré a Jacqueline u otra chica, que suba a ayudarte.

Descendí e indique a Jacqueline, que ya estaba, que subiera a ayudarla. También esperaban los padres y el señor Maurois, que me saludaron efusivos.

–¿Qué tal estáis?

–Muy bien, gracias –respondí.

–Las maletas se han colocado ya en el coche, sólo falta lo que tengáis arriba.

–Poca cosa –comenté–. Salvo mi traje y el vestido de Madel, todo cabe en un bolso de mano.

No tardó en bajar Madeleine, acompañada de Jacqueline. Lucía unos pantalones claros, una blusita a juego con ellos y en el cuello un fular. Con el peinado hábilmente desaliñado, parecía una diosa del Olimpo.

–Esta chica cada día está más guapa –piropeó el señor Maurois.

–Y más feliz –afirmó ella al escucharle.

Besó a sus padres, al señor Maurois, abrazó a Jacqueline, agradecida por su ayuda, y a otras compañeras que se habían acercado a felicitarla.

A mí se dirigió juguetona:

–Para ti no hay beso porque te has aprovechado de mí esta noche... Bueno, sí, porque te quiero.

Los demás rieron alegres, hasta que el señor Maurois advirtió:

–Subiros al auto, que tenemos el tiempo justo para coger el avión.

Así fue, pues llegamos los últimos. No querían ya facturar las maletas, pero Madeleine, con un gesto simpático de disgusto, se lamentó:

–Es que estamos recién casados y creímos que era temprano.

El empleado, con una sonrisa pícaro, accedió y cogió el equi-

paje, al tiempo que comentaba:

–Esa es una buena justificación.

Acomodados ya en nuestros asientos, Madel me cogió el brazo y reposó en el su cabecita, alegando que tenía sueño y quería dormir. Yo, complaciente, la apretaba contra mí, recreándome en su contemplación.

Hacia rato que volábamos a gran altura, ella con los ojos cerrados pero no dormida, cuando le pregunté, muy bajito para no ser escuchado por los viajeros cercanos:

–Madel, ¿puedo hacerte una pregunta indiscreta?

–Lo que tú me preguntes, nunca será para mí indiscreto.

–Pues entonces, ahí va: ¿Me explicas la causa de que hasta ayer fueras virgen?

Abrió los ojos, levantó la cabeza y me miró entre sorprendida y turbada.

–¿Cómo lo has sabido? –inquirió.

–Es bien sencillo; de forma involuntaria te encogiste y se te escapó un gemido, un casi apagado ¡ay! Más tarde comprobé en la sábana un pequeño rastro.

–Es verdad. No te lo había dicho por vergüenza. La primera y única noche con el otro, aparte de que me repugnaba por haber ido forzada al matrimonio, él no pudo consumarlo, ignoro la causa. Me llevó a un médico amigo suyo que, después de examinarme, quedó a solas con él, al parecer dándole el diagnóstico, según me explicó más tarde. Yo no podía tener hijos ni realizar una vida marital normal, porque mis órganos y matriz eran infantiles. Le pedí que nos separáramos, pero se negó. A partir de entonces empezaron los malos tratos, las amenazas y el utilizarme para sus manejos como señuelo o haciendo que colaborara con drogas y estafas para no dañar a mis padres, a quienes había implicado, sin saberlo ellos, en turbios asuntos; más aún, estaba dispuesto a que tuvieran algún violento accidente, si yo no obedecía. Un día, que no debieron salirle bien las cosas, borracho,

me propinó una paliza tan tremenda que hube de ser ingresada en un hospital durante casi un mes. Entonces ya intervino la policía, que andaba tras él, y fue detenido, acusándole con pruebas abrumadoras de numerosos delitos y, aunque a mí también me acusaron, no pudieron probarlo. El tribunal consideró que fui obligada, como realmente ocurrió, y además me concedió el divorcio. Llegué a odiar y despreciar a todos los hombres; deseché buenas oportunidades, rechacé a otros que venían con buenas intenciones... hasta que te conocí. El señor Maurois, amigo de mis padres de siempre, nos ayudó mucho y me colocó en su hotel. De ahí que le quiera como a un segundo padre.

Mientras contaba todo este drama, por su delicado rostro corrían abundantes lágrimas; las sequé con mi pañuelo y, con el mayor cariño, la consolé y dije que ya conocía su historia.

–¿Cómo? –preguntó atónita.

–El comisario me puso al corriente de todo, pero yo nunca dudé de ti y ésto me hizo quererte más.

–Mi vida, ¿cómo podré compensarte?

–Como hasta ahora, queriéndome y haciendo que sea feliz a tu lado. Anda, duerme otro poquito.

–No he dormido, soñaba con los juegucitos de anoche y lo que siguió. Estoy deseando estar en Roma y en el hotel.

–Y yo. Pero tú descansa y duerme, que esta noche te tendré despierta...

–¡Cuánto te quiero, papaíto!



Plaza de España, Berthold Werner. Wikipedia

Cerró los ojos de nuevo y permaneció dormida el resto del vuelo.

–Despierta, Madel, ya estamos en Roma. El avión va a tomar tierra.

Así ocurrió. En el aeropuerto nos esperaba un taxi que nos condujo al hotel, situado en la Plaza de España, lugar que había escogido el señor Maurois, entre otros motivos, porque está bien situado, la plaza es famosa y espectacular con su escalinata y, además, tiene el nombre de mi país por estar allí la embajada ante la Santa Sede.

Abrimos las maletas, ordenamos y colocamos el contenido y nos arreglamos un poco para ver la plaza y alrededores. Por la escalinata, de 135 peldaños, subimos a la Iglesia de Trinitá del Monte. Al descender contemplamos la “Fontana Della Barcaccia”, obra de Bernini y pasamos junto a la embajada española, ubicada en un bello edificio. Cenamos en un restaurante de los alrededores y volvimos al hotel, pues estábamos cansados. Madeleine me indicó que yo sería su guía en Roma, porque la había visitado varias veces. Estuve de acuerdo, siempre que ella fuera la intérprete, por hablar cuatro idiomas.

En la suite, con un mohín pícaro, me dice que hoy le corresponde desnudarme, lo mismo que yo hice ayer con ella. Sonríe y me muestro de acuerdo. Ella, entonces, muy pausadamente, me despoja de la chaqueta, me quita la corbata y la camisa. En el pecho desnudo me da unos pellizquitos y luego unos besos leves que apenas rozan la piel... Con mucha parsimonia, en tanto me quita los zapatos, los calcetines y con lentitud, descorre la cremallera del pantalón, que se desprende solo. Quedo, pues, con el slip y entonces dice:

–Yo no puedo contigo, así que a la cama por tu pie y a esperar mientras me ducho.

Suena el agua durante unos minutos. Espero curioso y, al fin, aparece envuelta en una toalla y se dirige a la cama con pasos cortitos y cimbreándose como una artista... Al borde de la cama, tira de la colcha y sábana que me cubren y me susurra “a cumplir con tu deber

de marido”, en tanto suelta la toalla y se posa, incitante, sobre mí, dándome un beso de esos que hacen hervir la sangre y estremecerse el cuerpo. No me resisto, la cojo por la cintura, le doy la vuelta para que quede debajo de mí y ella se enlaza con sus brazos a mi cuello y entre besos y caricias, nos apretamos hasta parecer siameses. Y permanecemos así, fundidos, mucho tiempo.

–Vamos a dejarlo, no puedo más, estoy rendida –me dice y acaba por situarse muy junto a mí, con el brazo reposando sobre mi pecho. Con adormecida voz me repite “te quiero” y se queda dormida.

Despierto por la mañana y, con mucho cuidado, voy al baño y me arreglo. Madel continua dormida, me acerco y la acaricio. Entonces abre los ojos y sonrío.

–Vamos, mujercita, hay que desayunar y ver cosas –le recuerdo.

Se levanta y bosteza muy despacio. Yo, al verla desnuda y el cabello por los hombros, no puedo evitar decirle:

–¡Madre mía, qué hermosa eres! O corres a la ducha o nos vamos otra vez a la cama.

–No. Estoy destrozada, porque eres muy bruto –me riño y corre al baño.

Cuando sale, viene envuelta en un albornoz.

–Date prisa –le digo.

–Pues ayúdame.

–Tardaremos entonces más.

–Ahora no mires –me ordena.

–Ni hablar –le replico– tengo el privilegio de ser tu marido.

–Pues me voy al baño.

Y así lo hizo, mientras yo esperaba impaciente...

Cuando sale vestida, un poco desafiante, se me acerca y suelta:

–No me has hecho falta.

Por respuesta, la tomo de la cintura y le pregunto bajito, cómo demonios puede cada día estar más guapa.

–Porque tengo un marido que no quiero me quite nadie –afirmó ella, besándome.

–Vámonos que, de seguir así, ni desayunamos.

–Eso, y tenemos que reponer fuerzas.

Casi corriendo bajamos y tomamos el desayuno con gran apetito. Al terminar le sugiero:

–¿Qué te parece si alquilamos una moto y paseamos por Roma, como en la película “Vacaciones en Roma”?

–No he visto la película, pero debe ser divertido.

Al recepcionista le pregunta Madeleine, que domina bien el italiano, sobre nuestra pretensión y dónde podíamos alquilar una Vespa. Nos indicó un lugar cercano. Allí, efectivamente, alquilaban vehículos de todas las clases, incluidas motos. Escogí una que parecía estar bien, nos pusimos unos cascos que nos facilitaron, y a toda marcha a ver la ciudad.

Conozco algo de Roma y con mi dulce paquete fuertemente agarrada a mi cintura, enfilé hacia el Coliseo, aparqué fácil, pues la moto ocupa poco espacio, y mediante soborno –muy típico– conseguí entradas. Cerca de mediodía, Madel me dijo que estaba cansada y harta de ver ruinas y piedras.

Salimos, nos montamos en la Vespa y traté de llegar a la Plaza de España; y digo traté porque, no sé cómo, me perdí por estrechas callecitas y nos encontramos, de repente, en una fiesta en plena vía, motivada por una boda muy popular. Era la hora del almuerzo y muchos estaban ya repletos de vino. Nos pararon e invitaron. Al comprobar que éramos extranjeros y que estábamos de viaje de novios, según les confesó Madeleine, nos obligaron a unirnos a ellos y almorzar, a probar los exquisitos vinos de la tierra; todo con tal alegría y afecto, que no pudimos negarnos.

Acabada la comida, comenzaron a cantar a coro bonitas canciones napolitanas y otras alusivas al acontecimiento, muy pícaras, mientras repartían licores en abundancia, sin que fuera posible elu-

dirlos. A continuación se inició un tumultuoso baile, al son de improvisada orquestina. No se cómo, el novio me arrebató a Madel y la novia me raptó a mí, haciéndonos ambos bailar sin descanso ni pausa. Madeleine, al cruzarnos en varias ocasiones en el bullicio, me miraba enfadada porque mi pareja –la novia– no dejaba de besuquearme y cubrir mi rostro de carmín. En una de las escasas veces que nos cruzamos, Madel gritó: “¡cambio de pareja!” y empujando a la novia se aferró a mí con todas sus fuerzas. Como pudimos nos apartamos de la masa bailarina y, entonces, se encaró conmigo reprochándome el besuqueo.

–Si yo no he dado motivo para nada.

Límpiate la cara, que la tienes roja de carmín, con tantos besitos locos –me indicó con lengua algo torpe por la bebida.

Con el pañuelo me limpié cuanto pude.

–Ma... ma...ñana habla...mos –tartamudeó por efectos del alcohol ingerido.

–Nos volvemos –dije sujetándola por la cintura para evitar posibles trapiés–. Pero en la moto no podemos, por ti y por mí.

–No se preocupen, yo los llevaré en mi auto, que está al lado. Soy el padre de la novia.

–Muy bien, –le dije.

Lo seguimos, sorteando a los invitados que intentaban retenernos, y con dificultades, sosteniendo a Madel, que apenas podía andar, llegamos al auto. Era un Fiat prehistórico, nos subimos con torpeza y el buen hombre arrancó.

–¿Dónde?

–A la Plaza de España.

–Pues ya mismo estamos allí –comentó, dando un acelerón que estuvo a punto de estrellarnos.

–Madel, sujétate bien al asiento, que nos mata.

Si lo oyó, no hizo caso, obligándome a sujetarla.

El conductor, bastante bebido, fue de acera en acera y lleván-

dose algún que otro contenedor de basuras. Por suerte, como era tarde, la circulación era escasa, lo que facilitó llegar vivos al hotel.

Le di las gracias (también a Dios) y le rogué cuidara la moto.

–No se preocupe, el taller es de mi primo. Yo la llevaré mañana.

Dada la hora, el hotel estaba casi desierto. El portero y el recepcionista, que vieron el estado en que estábamos, se acercaron solícitos.

–¿Les ayudamos?

–Pues sí –les dije, ya que Madeleine estaba hecha un ovillo.

–En el ascensor les expliqué cómo nos habían retenido en una boda y obligado a beber más de lo debido, sobre todo a ella, que no está acostumbrada al alcohol.

–No se preocupe, señor. Como tiene náuseas, según observo, debe darle alguna bebida carbónica, que le ayudará a arrojar. Luego a la cama y por la mañana, para la resaca, una aspirina y un zumo de frutas. La bebida y el zumo los tiene en la neverita de la habitación. La aspirina después se la subo.

–Gracias.

La llevé casi arrastrando al cuarto de baño, la senté junto al servicio y le di la bebida aconsejada. A los pocos minutos arrojó el almuerzo, la merienda, el vino y los licores como si la boca fuera una manguera.

Estaba pálida y sudorosa, y eso me preocupó. Esperé para observar su reacción, pero como parecía más tranquila, le quité el vestido y los zapatos, la enfundé en una bata y, cogida de la cintura y caminando con torpeza, conseguí meterla en la cama. Estuve un buen rato observándola y tras comprobar que dormía, me llegué al cuarto de baño, limpié lo más visible y me duché con agua fría. Esto hizo que me despejara bastante. Le tomé el pulso, que latía a ritmo normal, y después de tomar yo una de las aspirinas que me llevó el recepcionista, me acosté.

Despierto temprano y miro a Madel, que seguía tranquila. Me levanto, vuelvo a darme una ducha reconfortante y me acerco a ella, que duerme de manera plácida. La acaricio y entonces abre los ojos y me mira sorprendida, preguntando qué había pasado. Intenta levantarse y se lleva las manos a la cabeza.

–¡Oh, cómo me duele!

–Toma esta aspirina y el zumo, verás como te mejoras. Es la resaca de la borrachera de ayer.

–Ya recuerdo –murmuró– la boda italiana y la novia que te besaba.

–Descansa un poco más, hasta que te haga efecto la aspirina.

–No, voy a ducharme. Ayúdame a llegar, por favor.

Cogida de la cintura la llevo hasta el baño.

–Si quieres puedo enjabonarte como a los niños.

–No, porque entonces no acabaríamos nunca.

Sin duda llevaba razón. Me fui a la antesala, cogí el portátil y me puse a escribir. Tenía que acabar de una vez el libro “Historias de París”, para enviárselo al señor Maurois. Distráido en la tarea pasó el tiempo sin que me diera cuenta. La voz de Madeleine me interrumpió:

–Papaíto, ¿no te arreglas?

–Sólo tengo que vestirme, ya voy.

Vuelvo al dormitorio. Madeleine, algo ojerosa pero, como siempre, magnífica, luciendo unos pantalones claros azul marino, me estaba esperando.

–Ya mismo estoy –le digo, dándole un beso al pasar por su lado.

Y, en efecto, en pocos minutos estaba dispuesto para salir. La cogí de la mano y nos fuimos a una cafetería cercana,

–Mi experto y apuesto guía, ¿adónde me lleva hoy?

–Está algo alejado de aquí, pero cogemos...

–En moto, no; me niego –interrumpió.

–No nos fue tan mal –bromeé–. Cogemos un taxi.



Santa Maria in Aracoeli. Wikipedia

–Eso está mejor, pues aún tengo cansancio.

–¿Podrás subir escalones?

–¡Claro! No soy tan vieja.

Paré un taxi y le di una dirección: Monte Capitolino.

–Tras callejear, para mí demasiado, nos dejó al pie del Monte. Madel miró hacia arriba, calculando la distancia.

–La escalinata tiene 124 escalones; creo que despacito podremos subirlos.

–Si tú no puedes, papaíto, tiro de ti.

–Para eso te encuentras hoy tú, después de lo de ayer...

Cuando culminamos la altura, un poco jadeantes, le expliqué:

–Esta es la Basílica de Santa María de Aracoeli y en ella se encuentra la virgen que, en reproducción escultórica, es la patrona de una ciudad andaluza. Como ves, está situada en la cumbre del monte llamado Capitolino.

Ya dentro de la iglesia, le hago observar cómo la nave central está apoyada en columnas que no son iguales; el hecho se debe a que proceden de las ruinas de construcciones anteriores. En conjunto es un bello templo que pasó por diversas etapas, bajo la influencia de distintos Papas, que lo fueron modificando hasta conseguir la actual forma. Esta Basílica, además, es de las más queridas de la población.

La recorrimos con detenimiento mi-

rando con interés su contenido y, durante unos minutos, nos sentamos para descansar.

–Ahora hay que descender –indicó Madeleine.

–Pues sí, bajemos.

Y así lo hicimos, sin prisas, por la hermosa escalinata, sin el esfuerzo, como es lógico, requerido para llegar a lo alto. Para sorpresa nuestra, al pie nos estaba esperando el taxista que, muy atento, en exceso servicial, se acerca a nosotros señalando el lugar en el cual tenía aparcado el vehículo, como si fuera nuestro. Madeleine y yo nos miramos y terminamos por reírnos y seguirle. No cabe duda que nos había escogido como clientes para todo el día. Acomodados en el taxi, le indiqué que nos llevara a la Fontana de Trevi.

De nuevo callejeando, yo creo que otra vez demasiado, terminó por parar no sé en qué avenida, y nos indica que le sigamos, sin dejar de charlotear en un deteriorado español italianizado, por diversas estrechas callejuelas hasta desembocar en la fuente.

–¡La più bella del mondo! –exclamó

En efecto, la fuente es la mayor de las fuentes monumentales de Roma, formada por bellísima combinación de agua y piedra transformada en perfectas esculturas. La historia refiere que se inició en la época de Augusto, pero su conformación actual se debe a Nicolás Salvi, en el Siglo XVIII, con la intervención, también, de Bernini.

La leyenda de que arrojando de espaldas, por el hombro izquierdo, unas monedas al agua, garantiza que se vuelva otra vez a verla, hace que todo turista cumpla con esta especie de rito. Madel y yo lo hacemos gozosos y riendo felices, después de haberla contemplado y admirado.

El taxista, convertido en guía de “motu proprio”, sin dejar de parlotear de forma ininteligible, nos lleva de nuevo al taxi y Madel, con esfuerzo, consigue que hable en simple italiano, que ella domina, para enterarnos a dónde pretende ir.

Se trata de enseñarnos la Catacumba de San Calixto, al parecer

la más importante de Roma. Personalmente no teníamos especial interés en esta visita. Son galerías subterráneas donde enterraban, los primeros cristianos, a sus muertos y celebraban cultos. Forman una amplia red. Apenas dimos un vistazo y ordenamos al taxista volver al hotel.

Por la tarde nos dedicamos a pasear, sin ningún destino concreto; se trataba sólo de vivir la ciudad como un nativo, mirando tiendas, sentándonos en terrazas, observando a la gente y los turistas. Lo que sí decidimos, es visitar el día siguiente el Vaticano.

Llegado el nuevo día, desayunamos en el propio hotel, para no tener que detenernos en ningún sitio, y salimos decididos. Pero en la puerta ya estaba esperando nuestro voluntario guía, muy sonriente y atento, dispuesto a llevarnos a cualquier lugar. Madel le dijo que íbamos a la Basílica de San Pedro y que no necesitábamos ayuda. Él, con aparatosos aspavientos, advirtió de las dificultades a las que nos enfrentaríamos solos, pues deberíamos soportar largas colas para entrar, evitar hábiles carteristas y dar vueltas y vueltas sin ver bien lo más interesante. Él ya tenía los billetes para eludir colas –nos los mostró como si fueran un trofeo– y conocía todos los entresijos del templo. Comprobado que no podíamos evitar sus servicios, los aceptamos entre confusos y divertidos. Y la verdad es que en esta ocasión fue un acierto.

Ya en la plaza de San Pedro nos señaló lo más importante, las esculturas que desde allí se veían y, no sé cómo, nos encontramos dentro del templo sin dificultad, pese a la multitud que aguardaba. Madeleine quedó maravillada de la grandiosidad y belleza de todo el conjunto y asombrada de las pinturas de la Capilla Sixtina, a la que



*Michelangelo, La Piedad – Jörg Bittner
Unna, Wikipedia*

tuvimos acceso por la pícara habilidad del acompañante. Pero lo que le causó estupor y asombro fueron las esculturas de Miguel Angel: el irrepetible Moisés y la Piedad.

–Aquí tenemos que volver más despacio y sin tan “experta” compañía –me dijo Madel en voz baja.

Sin embargo, la mañana se nos pasó volando y cuando nos dimos cuenta era ya hora del almuerzo; así que intentamos despedirnos del taxista, manifestándole que la tarde la íbamos a dedicar al descanso, pero él se empeñó en llevarnos al hotel, lo que no hubo más remedio que aceptar, dada su obstinada insistencia.

Por la noche, tras la cena, trazamos un nuevo plan. Como desde el mismo hotel se organizaban excursiones por toda Italia, decidimos sumarnos a ellas para conocer las ciudades más famosas. No era lo ideal para Madel y para mí, que nos gustaba ir por libre y no en grupos dirigidos; pero, por otra parte, resultaba cómodo y tenías mayor información. Y, por nuestra parte, estar cada uno más pendiente del otro, sin preocupaciones hacia dónde ir. Así lo hicimos y, por suerte, nos pudimos incorporar de inmediato. La ruta comprendía Florencia, Venecia, Milán, Génova y Pisa, con regreso a Roma. Duraba cinco días y estaban incluidos estancia en hotel de cuatro estrellas, desayuno y almuerzo. La cena era libre para que cada cual hiciera la vida nocturna que deseara.

La verdad es que lo pasamos bien. Con Madel cogida de la mano o por la cintura, nos dejamos llevar tranquilos, mirándonos nosotros más que viendo lo que el guía nos señalaba. En Venecia, en la Plaza de San Marcos, con las palomas volando a su alrededor, le hice multitud de fotografías, así como en la góndola navegando bajo los románticos puentes. Lo mismo en todas las ciudades que recorrimos: ella posaba coqueta y sonriente, como una modelo o artista –para mí era el todo en mujer– y yo la grababa en mi cámara.

Por las noches, excepto en Venecia, salíamos acompañados de otra pareja con la que hicimos amistad, y cenábamos en los sitios que

considerábamos típicos, para terminar en salas de fiesta bailando.

Fueron, hay que reconocerlo, cinco días deliciosos, en los que lo importante era pasarlo bien por encima de todo. Cierto que visitábamos monumentos y vimos obras de arte como el gigantesco David de Miguel Angel, en Florencia , o la increíble torre de Pisa; pero nada era comparable al gozo de estar juntos en ciudades desconocidas, beber delicados vinos, probar deliciosas comidas a base de pastas, escuchar a anónimos músicos callejeros, reír de la pícara astucia de los chavalitos italianos, ofreciendo cosas insólitas como souvenirs y, sobre todo de la alegría de vivir, de vivir muy unidos, muy íntimos, en un mundo cercano que se nos presentaba bello, apetecible, acogedor...

Los últimos días de excursiones a distintas ciudades italianas, Madeleine me dijo que estaba cansada y deseaba, cuanto antes, conocer nuestro hogar y la tierra en la que ella, en lo sucesivo, iba a desarrollar su vida junto a mí.

En consecuencia, al regresar a Roma, lo primero que



Torre de Pisa. Wikipedia

hice fue visitar una Agencia y encargar los pasajes para Málaga, que conseguí, tras bastantes esfuerzos, para dos días después. Al propio tiempo, avisé a casa para que estuviera preparado el chalet y nos aguardaran la noche de llegada en el aeropuerto.

Así, pues, el tiempo que nos quedaba lo dedicamos a pasear y ver algunos de los rincones romanos, esquivando, eso sí, la posible presencia del activo y desenvuelto taxista que nos persiguió en días anteriores.

La noche antes de la partida fuimos otra vez a la Fontana de Trevi, arrojamos por segunda vez, las consabidas monedas, como manifestación de nuestro deseo de volver. La artística iluminación de la fuente hacía que brillaran, en el fondo del agua, como si fueran joyas, las monedas acumuladas, símbolo de la felicidad, de los ensueños y deseos vividos en la ciudad eterna por tantos visitantes... Permanecimos largo rato contemplando el monumento y escuchando el rumor del transparente líquido de la fuente, al caer sobre las cinceladas piedras, mientras nos apretábamos uno contra el otro, enlazados por la cintura y esbozando una sonrisa un poco melancólica.

Al día siguiente, cuando el avión se elevaba desde el aeropuerto de Fiumicino, dimos un sentido adiós a Roma en la que, durante unos días, habíamos vivido momentos felices e inolvidables. El atardecer fue apagándose, atrapado por la noche. Sin embargo, una media luna, que parecía cortada por invisible cuchillo, emitía la suficiente luz para ver, un tanto difusos, el mar y la recortada costa. Madeleine, inclinada hacia mí y unidas mis manos con las suyas, me miraba con una dulzura que no sé cómo calificar, al tiempo que, muy quedamente, susurraba:

–Te quiero.

Yo, por toda respuesta, besé sus ojos, bellos y atractivos. Y así, con apenas algunas palabra cariñosas pronunciadas a los oídos, permanecimos durante casi todo el vuelo. Cuando entramos en la península, le dije:

–Ya estamos en nuestra tierra y pronto en casa. Te gustará y serás feliz.

Me miró, con mayor intensidad, si ello fuera posible, y volvió a murmurarme muy cerca:

–A tu lado seré feliz en cualquier sitio.

Yo, esta vez, la besé en los labios, dulces y apasionados.

–¿Cómo me verá y considerará tu familia? –me preguntó.

–Como lo que eres, un premio inmerecido para un hombre como yo.

–No digas eso. Tú sí que significas lo mejor y más importante que ha sucedido en mi vida.

Y cogidos de las manos, callados, permanecemos así mucho, mucho tiempo, hasta que desde la cabina ordenaron abrocharse los cinturones, pues pronto íbamos a tomar tierra. Las luces de la ciudad se acercan con creciente aceleración al descender la nave: luego un leve golpe y ligera vibración al posarse las ruedas sobre la pista, y la velocidad disminuye hasta hacerse lenta y parar el avión, después de un breve giro.

–Llegamos –comento, mientras las azafatas recomendaban no olvidar las pertenencias. Despacio fuimos saliendo, con los maletines o bolsos de mano, para dirigirnos al lugar de recogida del equipaje, que apareció a los pocos minutos en la cinta transportadora.

Afortunadamente, las maletas, hoy, poseen ruedas y son fáciles de manejar. Colocadas las de menor volumen sobre las grandes y empujando, llegamos a la puerta, en la que nos esperaban mi hijo mayor y su esposa.

Después de los abrazos y presentaciones, mi nuera, que es pícaro, exclama;

–¡Papá!, si la que nos traes no es una mamá sino una hermana y guapísima, para envidia nuestra.

–Yo tengo buen gusto, hasta para escoger a las nueras, ya lo sabías.

–Papá –explica mi hijo–. Os hemos reservado una suite en el Puente Romano hasta que mañana os hagamos la recepción, con todos los honores, en el chalet, juntos a los hermanos, pues algunos no llegaban a tiempo hoy.

–Me parece bien.

Madeleine, de la que se había apoderado mi nuera, charlaba con ella animadamente, aunque yo adivinaba su oculto nerviosismo.

Colocado con cierta dificultad el equipaje y subidos al auto, marchamos hacia el hotel. Mi hijo fue preguntándome sobre mi estado, cómo lo había pasado y haciéndome recomendaciones de que siguiera durante algún tiempo tranquilo, divertido y escribiendo, que ellos se encargarían de los asuntos de casa.

En el hotel nos despedimos hasta el día siguiente y tras los abrazos, al oído, mi nuera me comentó:

–Papá, so picarón, Madeleine es una joya; pero yo te la estropearé, llevándomela de tiendas.

Ya en la habitación, junto a la ventana, mirando el mar bajo la blanca luz de la luna, enlazada por detrás con mis brazos por la cintura, que la apretaban cariñosos, le pregunté;

–¿Estás contenta?

–Sí, muy contenta, aunque nerviosilla. Si toda tu familia es así, obtendré un premio.



–Lo tendrás porque los otros son aún más cariñosos. El más serio y reservado es éste, el mayor, y ya has visto cómo se comporta.

Bien avanzada la mañana del siguiente día, llamó Laura, la mujer de mi hijo, para indicarme que no nos alejáramos mucho del hotel, que a las dos vendrían por nosotros y, ya riendo, que le dijera a Madeleine que estaba confeccionando la lista de tiendas para todo un mes. Y terminó: ¡Con que te fastidias, papá! No es bueno estar al lado de la mujer todas las horas.

Se lo conté a Madel y ésta comentó, sonriendo: es muy simpática.

Paseamos por los jardines del hotel, muy bellos y cuidados, disfrutando de la brisa y de un sol que lucía espléndido, pese a lo avanzado del otoño. La temperatura se mantenía agradable y casi constante. Más tarde, en una terraza, tomamos unos aperitivos, cercana ya la hora señalada.

Y, en efecto, aproximadamente a las dos, más o menos, llegaron mi hijo y Laura, los dos radiantes, y se abrazaron a nosotros como si no nos hubieran visto nunca.

–Ea, a casita, que nos esperan todos –dijo Miguel.

Recogido el escaso equipaje que nos habíamos quedado, subimos al auto, yo junto a mi hijo, las dos mujeres atrás, y emprendimos el camino hacia el chalet. Laura, como siempre muy decidida, propuso a Madeleine:

–Yo te nombraré y me dirigiré a ti por tu nombre o por Madel, como hace papá. Lo de mamá, la verdad sea dicha, por tu edad, me parece un cachondeo.

–Tienes razón –afirmó Madel riendo. Y ya más seria, añadió–: Lo único que me importa es que todos me queráis, como yo os quiero ya.

–¡Olé ahí! –casi gritó Laura–. Esta es una mujer en condiciones. Casi me dan ahora ganas de decirle mamá.

Todos soltamos una sonora carcajada por la ocurrencia.

No tardamos en llegar. La vivienda está situada en mitad de la ladera de la montaña que abraza la ciudad y la bahía. Es un chalet amplio, no grande, de tres plantas, construido en el centro de un terreno con una superficie de algo más de cuatro mil metros, todo cercado. En uno de los lados existen una piscina, con dimensiones suficientes para nadar y saltar con holgura, un vestuario con ducha y servicios y la zona de césped para tomar el sol. Frente a la entrada, una artística fuentecita distribuye los caminos empedrados hacia ambos lados, con anchura suficiente para los vehículos. El resto libre está lleno de jardines y frondosos árboles, serpenteados por caminitos para pasear.

Desde todos los lugares puede verse el mar azul, tranquilo, de la bahía; y situados ya en la entrada al edificio y su terraza, también la ciudad y las mansiones y chalés ubicados en la zona. Constituye, en verdad, un lugar privilegiado.

Madeleine escuchaba atenta todas las explicaciones de Laura, al tiempo que observaba los edificios existentes a uno y otro lado de la carretera.

—Como ves, la carretera es amplia y bien asfaltada, un poco pendiente y muy zigzagueante, para pasar por todas las viviendas y urbanizaciones —le decía, hasta que exclamó:— ¡Mira, allí en la entrada aquélla nos espera toda la tribu!

En efecto, allí estaban Paquito con su novia, Jesús, Mary y la pequeña de Miguel y Laura, acompañados del matrimonio que cuidaba de la casa y el jardín.

Como es lógico, no fue necesaria presentación alguna, pese a que Laura, cómicamente protocolaria, se empeñara en hacerlo, porque después de abrazarme también lo hicieron con ella, muy efusivos todos.

—¡Vaya mamá que nos has buscado!, —comentó Paquito, muy socarrón, mientras subíamos.

Por su parte, la pequeña de Miguel y Laura, también hizo su pregunta:

–Abuelo, ¿por qué es tan guapa y joven la abuela?

–Pues muy sencillo, porque como tú es joven y guapa.

–¡Ah! –musitó no muy convencida.

La terraza había sido adornada con flores, entre las que abundaban rosas blancas y rojas junto a multitud de claveles. En el centro una mesa amplia, con gusto decorada, dispuesta para almorzar al aire libre, frente al mar.

Las mujeres, incluida niña y jovencita, raptaron a Madel para enseñarle la casa, dejándonos solos a los hombres. Estos se interesaron por el viaje, por las circunstancias de mi encuentro con Madeleine y sobre cómo me hallaba. Lo más breve posible les referí mis andanzas, mi relación con ella y les expresé que estaba feliz, muy feliz, como en muchos años no lo había sido. Se mostraron satisfechos y también felices, si yo lo era.

El mayor me dio cuenta de que su despacho marchaba muy bien, con más trabajo del que podía. Los bienes comunes, como la fábrica de conservas, a pesar de la crisis, se defendía con holgura y lo único negativo, la parte inmobiliaria, si bien las rentas de locales y pisos se mantenían, el precio de los edificios, realmente, había bajado, lo que sólo influía en el valor patrimonial, por lo que no tenía trascendencia mientras no se quisieran vender.

A Paquito, en su puesto de neurocirujano, ya fijo, también le acompañaba el éxito y ganaba dinero, además de sus participaciones en nuestros negocios comunes, por lo que deseaba casarse, a lo más tardar, dentro de un año.

Jesús había conseguido la plaza de profesor numerario en la Escuela de Ingeniería Industrial y preparaba su tesis doctoral. La niña, Mary, estudiaba el último curso de bachillerato, y pretendía, una vez terminado, hacer Derecho como el mayor, que le tenía ofrecido un puesto en su despacho. En fin, todo iba a las mil maravillas para un padre.

Por fin nos sentamos en la mesa, bajo un sol acariciador. La comida había sido encargada a un restaurante próximo, que envió a un cocinero y a dos camareros para el servicio. Todo transcurrió entre risas y bromas, en un ambiente amable y distendido. Ni que decir tiene que todos los brindis fueron en honor de Madeleine y míos.

Dentro de casa tomamos café y proseguimos la tertulia hasta el atardecer, momento en el cual se fueron Paquito y su prometida, y ya después de la cena, Miguel y Jesús porque tenían trabajo temprano. Mary y Laura, con su hija, se quedaron, según decían, para acompañarnos; en realidad para estar junto a Madel, de la que no se separaban, preguntándole cuanto se les ocurría para saciar la innata curiosidad, especialmente, de Laura, o diciéndole cosas e ideas propias. Lo cierto es que parecían muy satisfechas con el nuevo miembro familiar.

A una hora prudente, yo fingí cansancio y rogué que nos retiráramos, porque veía ya a Madeleine agobiada.

—¡Ay, papá, siempre interrumpes las cosas en lo mejor! —protestó Laura; pero tras reflexionar un poco, con sonrisa pícara, continuó: aunque comprendo que prefieras estar con ella. Démoles besitos y a dormir todos.

Subimos al dormitorio, en el que Rafi y su marido Juan, encargados de la casa, habían colocado nuestros equipajes, ya ordenados.

Madeleine, efectivamente, no sólo estaba cansada sino también aturdida. Habían sido muchas emociones durante el día, acompañadas por un ambiente desconocido, unas personas antes ignoradas que trataban de conocerla, de intimar, de comprenderla.

La cogí por la cintura y la llevé hasta la ventana, desde donde se divisaba el mar, la ciudad, el puerto, la ladera del monte iluminada, como un nacimiento de Navidad, por las múltiples viviendas allí situadas. Mientras la besaba en su rostro cansado, le pregunté:

—¿Te encuentras bien? Entiendo que estés aturdida y confusa, pero pronto te acomodará. Todos ellos, que son muy buenos, conseguirán que te habitúes rápido.

–A tu lado siempre estaré habituada y a gusto. Bésame, bésame mucho, llevas casi todo el día sin hacerlo.

No tuvo necesidad de repetirlo. Apretándola contra mí, junté mis labios a los suyos, jugosos y dulces como fruta madura, con pasión, con una especie de hambre voraz, en un beso largo, largo, interminable...

Por la mañana, cuando desperté, Madeleine ya estaba levantada, arreglada, con un vestido claro elegante y, más que nunca, espléndida.

–Venga, dormilón, que se pasa el día.

–Estoy rendido –dije al tiempo que bostezaba.

–Pues ambos hemos hecho lo mismo durante la noche –comentó con su especial sonrisilla pícara.

–Pero tú eres más joven, muñeca.

–Y tú más fuerte, así que arréglate pues yo me voy, porque las chicas deben estar esperándonos.

Ella salió y yo, bajo una larga y reconfortante ducha, recuperé mis fuerzas y entusiasmo. Convenientemente acicalado, quizá un poco coquetón, descendí hasta donde estaban las mujeres, todas alrededor de Madeleine, como yo esperaba.

–¡Olé el hombre guapo de casa! –aplaudió Laura, secundada por las demás.

–Gracias, amado pueblo femenino –contesté sonriendo.

Desayunamos, entre risas, comentarios y alusiones indirectas, a mí dirigidas, por la tardanza. Como siempre, Laura tomó la iniciativa, sin dejarme otra opción.

–Mira, papá, Mary y yo te vamos a robar a Madel, para enseñarle la ciudad y, además, ojear tiendas, pues no vas a tener a esta joya en un estuche tan anticuado en mobiliario y decoración, como está la casa.

–De acuerdo, pero cuidadla bien, que es única; y, además, no vayáis a arruinarme.

–No te preocupes, si hace falta yo te ayudo, aunque tu hijo y mi otro padrecito gruñan. ¡Ah!, la peque se queda aquí, Rafi la cuidará. Tú cuidado con lo que haces, pues las vecinitas jóvenes de los alrededores se pirran por los maduritos.

–Tengo trabajo. He de terminar unos relatos, para completar los que tiene mi editor de París.

Y se marcharon, charloteando incansables. Yo me recliné en la pequeña biblioteca y me puse a escribir con ganas de terminar el trabajo, antes de encontrarme, como espero, sumido en múltiples atenciones y viajes. Con la soledad y silencio reinantes, pues la niña estaba con Rafi, alejada de aquí, empecé a teclear el ordenador y, por suerte, las ideas acudieron rápidas y las manos ágiles las trasladaron a la pantallita y más tarde, cuando conformaron los relatos, los acomodaron en la memoria electrónica, listos para ser repasados y corregidos en el idioma escritos. La verdad, no hay necesidad de presumir demasiado, es que estaban avanzados y no quedaba mucho. Ya sólo falta que Madeleine, como francesa culta, les dé un vistazo para comprobar que no existe ninguna incorrección gramatical, y enviárselos al Señor Maurois.

Sobre mediodía llamó Laura para decirme que no volverían para almorzar, pues Miguel las había invitado y así aprovechaban mejor el tiempo. “No te preocupes por ‘mamá’ que la cuidamos muy bien”, terminó con su buen humor.

La peque y yo lo hicimos con Rafi y su marido, paseé a continuación un rato y luego, cuando calculé que Maurois estaría en su oficina del hotel, lo llamé. Tras los saludos de rigor, le comuniqué que había terminado los relatos y en breve se los remitiría, una vez repasados, para que se los pasara al editor. Por su parte, en relación con esto, muy alegre me dijo que el editor estaba entusiasmado y hasta dispuesto a publicar sólo los que tenía si no terminaba pronto el resto. Al preguntarme por Madeleine, le referí lo bien que la había recibido mi familia y que en este momento, con algunos de mis hijos, estaba en la ciudad, visitando tiendas.

–Tengo intención –terminé diciéndole– de que la ceremonia religiosa sea cuanto antes, y espero que, en una breve escapada, usted pueda asistir.

–Haré lo imposible para estar con vosotros –afirmó.

–Muchas gracias. Cuando sepa la fecha, se la comunicaré. Un abrazo y saludos a Jacqueline y compañeros.

A continuación telefoneé a don Rodrigo, el párroco, muy buen amigo, a quien expuse nuestros deseos, previo relato de todo lo acontecido en los últimos meses. Por su parte no existía inconveniente si con el papeleo no había problemas, dada la condición de extranjera y separada de Madeleine. Como por la mañana siempre estaba en la parroquia, podríamos visitarle y fijar, si era posible, la fecha.

Satisfecho, cogí de la mano a la peque, y nos fuimos a dar un paseo, en tanto volvían los ausentes.

Anocheía cuando regresaron las mujeres, acompañadas de Miguel, después de la larga incursión por tiendas de la ciudad. Como acostumbraba, la que rompió el fuego de la conversación o posibles discusiones, fue Laura:

–Papá, no nos riñas por haberte abandonado y robado a Madel, ya tendrás tiempo cuando recibas las facturas.

–Y menos mal que yo las pesqué y pude detenerlas, por unas horas, de la excursión adquisitiva impulsada por mi mujer –explicó Miguel.

–Madel quería volver, pero nosotras –aclaró Mary– lo impedimos y, para conformarla, le compramos unas prendas que mañana estrenará para ti.

–Veo que no tengo más remedio que perdonar y conformarme –afirmé yo–. Pero de todas formas, Madel tiene el pequeño castigo de revisar los relatos que he terminado, pues he prometido a Maurois enviárselos rápido.

–Me parece bien, –habló Madeleine– dámelos y lo haré antes de cenar.

–Ven –dije cogiéndola de la mano y llevándola a la biblioteca.

Allí, solos, se enlazó a mi cuello y me besó apasionadamente.

Yo apenas pude decirle:

–Esto es lo que deseaba con desesperación.

–Esta noche te compensaré, mi vida –prometió–, pero dame los escritos, que estamos tardando mucho en salir.

Durante la cena les di a conocer lo hablado con París y, más tarde, con el Párroco, al que yo tenía intención de visitar por la mañana, con Madel.

–Por cierto, voy a necesitar una madrina, se admiten ofrecimientos –propuse riendo.

–¡Yo! –gritó Laura–, que soy la mayor y la que hace mejor pareja con un hombre tan guapo como papá. Pero eso sí, Miguel, me tengo que comprar un vestido a propósito, para poder estar a la altura de mamá.

Aplaudimos y reímos todos por su espontaneidad y veloz decisión. En charla y comentarios divertidos, estuvimos hasta bien entrada la noche, cuando los más jóvenes recordaron que era hora de acostarse.

Mientras subíamos al dormitorio, al oído, recordé a Madel su compromiso de compensar la ausencia del día.

–Estoy deseando cumplirla –me susurró.

.....

Dormía plácida cuando yo desperté. Con cuidado me fui al cuarto de baño y tras una buena ducha y después de afeitarme, me vestí despacio y como ella continuaba dormida, me acerqué y la acaricie, suave y continuadamente, hasta que abrió los ojos.

–Por favor, déjame, estoy molida –se quejó.

–Te recuerdo que hoy tenemos que ver al párroco.

Tal cual estaba, tan hermosa y ligera de ropa, dio un salto y se

fue al baño, riñéndome por no haberla despertado antes.

Salí sonriendo. Ya estaban desayunando, Laura y su marido, con la peque y Mary.

–Mira que sois dormilones –amonestó Laura.

–Eso es cosa de los jóvenes –comentó mi hijo, riendo.

–¿Y tu mujer?

–Se está arreglando. Échame más café.

–Como hoy es sábado y ni Mary ni la peque tienen clase, se quedarán aquí conmigo para ayudarme a organizar algunas cosas. ¿Vale? –programó Laura.

No sé lo que trataba de organizar, pero con toda seguridad, serían nuevas compras y cambios –lo que más le divierte– con la excusa de nuestra presencia.

En esto sonaron los pasos de Madeleine que, al entrar, produjo tal exclamación en Laura, que nos obligó a volver la vista hacia ella.

–¡Madre mía! –se le escapo a Laura–. Si esta mujer, cada mañana, está más joven y guapa. ¿Qué le haces por las noches, papá? Explícaselo a tu hijo, hombre.

En efecto, no más joven y guapa, estaba insuperable con el vestido que le habían comprado, cuya formas femeninas resaltaba con discreción y elegancia. Y sonreía con una gracia, con un ángel, que iluminaba todo su rostro.

–¡Que guapa estás, mamá! –le dijo Mary acercándose a ella y besándola.

–Gracias, Mary, tú sí que eres un ángel. Pero te recuerdo que mi nombre es Madeleine, no tienes por qué llamarme mamá.

–Pero si es que quiero –repuso Mary–; así puedo presumir ante mis amigas de tener la madre más joven y guapa de Andalucía.

–Chiquita, no me hagas llorar.

–Y que te puede reñir y alabar en cuatro idiomas –añadió Laura, que siempre ponía el colofón a todo.

–Bueno, dejáros de piropos, que los únicos guapos en esta

casa somos los hombres. Y tú desayuna, que nos vamos –terminé yo diciendo.

–No tengo ganas –manifestó Madeleine–, estoy un poco nerviosa.

–Bebe este zumo –le ofreció Laura al tiempo que la besaba–. Y tranquila, que todos te queremos y estamos orgullosos de ti. Podéis coger mi coche, papá, pues el tuyo lleva tiempo parado y conviene que lo revisen.

Así lo hicimos y, sin mucha prisa, nos dirigimos al centro de la ciudad. Madeleine miraba el paisaje, el mar azul como el cielo y respiraba con satisfacción el aire de la mañana. Aparqué al lado del paseo, con objeto de andar un poco.

Cogidos de la mano, como dos adolescentes, subimos las estrechas callejuelas de la zona antigua, saturadas de tiendecitas y bares, hasta la Plaza de los Naranjos, en uno de cuyos lados está situado el templo. Casi al frente, el edificio clásico del Ayuntamiento, de sencilla arquitectura.

Encontramos al Párroco, que nos recibió en la sacristía. Después de saludarle y presentarle a Madel, como ya sabía nuestra historia, nos hizo algunas preguntas y se interesó por nuestros futuros proyectos. Examinó la documentación personal que llevaba ella, y como quiera que su matrimonio anterior fue sólo civil, no encontró inconveniente en el religioso que pretendíamos; más aún, le complacía que nosotros así lo quisiéramos. Consultó su agenda y el día más cercano que podía celebrarlo por la mañana, como le pedimos, era el 17 de octubre próximo,



Plaza de los Naranjos. Mark Gilbert – Wikipedia.

plazo más breve de lo que esperábamos. Agradecidos por sus atenciones y facilidades –nos dispensó de algunos trámites dada nuestra formación– nos despedimos.

Caminando por las deliciosas callecitas, fuimos hasta una conocida Agencia, en la que facturamos los últimos relatos a París. Libres de obligaciones, visitamos algunas tiendas, estuvimos en el paseo marítimo, junto al mar, y tomamos unas cervezas y aperitivos frente a la playa, todavía llena de bañistas, pese a que el otoño se había adelantado. Pero ya cercano el mediodía, volvimos al auto y regresamos a casa, pues había bastantes cosas que planificar antes de la ceremonia religiosa.

A partir de este momento el ritmo de nuestras vidas varió. Durante el almuerzo comunicamos la fecha fijada, muy cercana, lo que nos obligaba a tomar ciertas decisiones sin demora, aún cuando la celebración fuera íntima, con sólo la familia.

–Vosotros encargaros de decirlo a los padres de Madeleine y a los compromisos que tengáis en París, –propuso Miguel–. Laura y yo nos ocuparemos de todo lo demás,

–Eso –confirmó Laura–, yo haré los cambios de casa, pues creo conocer vuestros gustos, y Miguel se ocupará de tener listos los alojamientos de quienes vengan, de las comidas y de todo cuanto se nos ocurra para pasarlo bien ese día y los que sean necesarios más.

–Para, para, Laura –corté– que tu eres capaz de organizar una feria y yo, lo que quiero, es intimidad con la familia y muy pocos compromisos.

–Pero eso no es inconveniente para divertirnos y ser felices la familia y amigos, celebrando el acontecimiento vivido por unos padres tan lindos. Acordado está así. He dicho –acabó Laura con su humor habitual.

–Vosotros, con tranquilidad, cogéis el auto y durante una semana, por lo menos, visitáis la región, sin preocuparos de nada –expuso Miguel, dando por terminado el debate.

Tomamos café y a media tarde, con Mary y la peque, paseamos por los alrededores. Miguel se había marchado a la capital y Laura preparaba las cosas para la cena, pues a última hora llegarían Paquito y Jesús.

La peque, que había sido poco habladora durante todo el tiempo, ahora se explayó y no cesó de preguntar, especialmente a Madeleine, sobre las más diversas cuestiones. Las respuestas, unas veces la dejaban satisfecha y otras mostraba cierta perplejidad, síntomas de no entenderlas del todo.

De nuevo en casa, Madel habló con sus padres, a los que comunicó lo decidido y que deberían estar aquí el 16 de octubre. Yo hice lo mismo con el señor Maurois.

Había anochecido cuando llegaron Paquito y Jesús y, poco después, ya todos juntos, cenamos, se emitieron sugerencias para los próximos días y comentarios sobre como mejor desarrollar el acto y la celebración, aunque fuera tan íntima. Para mí resultaba emotiva la alegría que todos demostraban al vernos felices y cómo querían evitarnos preocupaciones y trabajos, para lo que insistieron en un viaje, que alguien calificó de prematrimonial

Bien entrada la mañana del domingo –día siguiente–, en el coche de Miguel, mejor y más seguro, tras los abrazos de rigor y el deseo de todos para que lo pasáramos bien y la recomendación de llamar todos los días, salimos de casa, con intención de visitar las capitales andaluzas, empezando por Cádiz.

Pero no era mi intención detenernos mucho en ninguna ciudad o pueblo, pues tiempo tendríamos después para ello; me hubiera gustado más quedarme en casa y colaborar en todo, pero cualquiera se oponía al deseo de los chicos; así se lo confieso a Madeleine y ella, encogiéndose de hombros, me dice:

–Tienes razón; pero a mí, de todas formas, lo único que me parece importante y deseo, es estar siempre a tu lado, muy juntita.

–Eres un sol, chiquilla.

La única parada que hicimos, fue en la zona de Tarifa, en un pequeño mirador que existe al lado de la carretera. Desde allí, en los días claros, se ve el estrecho de Gibraltar, los barcos que lo cruzan y las orillas de los dos continentes.

—Entre el Atlántico y el Mediterráneo, existe una fuerte corriente hacia el último, debido a la superior evaporación que en él ocurre —le explico, mientras nos comemos un bocadillo de los muchos que la previsión de Laura nos había puesto en una cestita, como si fuéramos niños.

En marcha de nuevo, ya no nos detenemos hasta Cádiz, donde por teléfono habíamos reservado habitación en el hotel “Atlántico”.

La tarde la dedicamos a pasear por la ciudad, recorrer el paseo marítimo, acariciados por la fresca y salada brisa. Cogidos de la mano, como unos novios, sin prisas y sin destino fijo, le fui explicando algunas costumbres de los gaditanos, de los populares carnavales, con sus comparsas y diversos grupos; de las humorísticas composiciones que cantaban a coro, en las que se criticaban los acontecimientos más sobresalientes, las acciones de los políticos, con fino ingenio y poca acidez, como suelen hacer las buenas personas. Pasamos por la puerta del teatro donde se eligen a los mejores; visitamos la Catedral, observamos de lejos los castillos de Santa Catalina y San Sebastian, y como Cádiz es prácticamente una isla, sin darnos cuenta, ya de noche, nos encontramos a las puertas del Hotel, invitándonos a descansar, cosa que hicimos con gusto.

Mientras cenábamos, le fui comentando que a causa de su configuración física, Cadiz tenía muy difícil crecer. Hay en la provincia poblaciones, como Jerez, mayores que la capital y la costa, de las más turísticas, cuenta con ciudades muy importantes y atractivas.

—Pero lo más destacado e interesante para mí —terminé explicándole—, es que fue la única población que resistió a la invasión de tus compatriotas en los tiempos de Napoleón. Resistió y abanderó la reconquista para un rey malvado y estúpido (como algunos políticos actuales)

y además aquí se redactó y promulgó la primera Constitución, en 1812, (la llamada Pepa).

Ya en la habitación, Madeleine estuvo largo rato hablando con los chicos, especialmente con Mary y Laura, dándoles cuenta de nuestras andanzas, pocas en este caso. Como ya lo teníamos previsto, les comunicó que por la mañana nos íbamos a Sevilla.

Y así lo hicimos. Sería poco más de las once, cuando enfilamos la autopista a Sevilla. Y como quiera que la distancia entre ambas ciudades es más bien corta, sobre unas dos hora estábamos allí, en el hotel Los Lebreros, que yo conocía.

Tras cambiarnos con ropa más ligera, pues hacia calor, un taxi nos dejó junto al parque de Maria Luisa que, cogidos de la mano, como era habitual en nosotros, exploramos sin mucha prisa y algún que otro beso entre los jardines. Vista una parte, nos dirigimos al puente de Triana, para que ella conociera el Guadalquivir.

–Me gusta más mi Sena –dice– aunque no está mal. Quizá le falte las monumentales y bellas construcciones que enmarcan y rodean al Sena. Los puentes sí pueden, tal vez, compararse algunos, pero no en el número. Caminando pasamos junto a la Torre del Oro, la Maestranza y el Teatro del mismo nombre, donde se anunciaba una ópera.



Por la tarde la llevé al barrio de Santa Cruz. A Madeleine le encantaron las calles estrechitas, las casas adornadas con macetas, y todo formando como un artístico laberinto. Le expliqué que era la antigua judería medieval y con la estrechez se buscaba evitar el calor de un sol abrasador en verano. De allí pasamos a ver la Giralda, cuya esbeltez y arabescos la sorprendieron. Desde su altura contemplamos la ciudad, resplandeciente con el tono de oro producido por el atardecer. La Catedral le pareció muy grande, casi enorme, aunque armoniosa y elegante.

–Pero me gusta más mi Iglesia de La Madeleine –comentó.

–Y a mí, porque allí bautizaron a la niña más bella del continente –comenté a mi vez.

–No es por eso, tonto; reconoce que tiene una estructura más clásica.

Por la noche, al no ser posible encontrar entradas para la ópera ni en la reventa, nos fuimos al cine y, como dos adolescentes, nos pasamos la película abrazados y besándonos.

–Madel –le pregunté ya en el hotel– ¿de qué ha ido la película?

–Y yo qué sé, si no me has dejado verla –contestó riendo.

Por la mañana nos despertó el teléfono. Era mi hijo, Jesús.

–¿Pero qué hacéis todavía durmiendo? Levantaos que os voy a invitar.

Cuando bajamos, Jesús nos cogió del brazo, diciendo:

–Vamos a mi Escuela, en cuya cafetería hacen unos churros inmejorables, y después le enseño todo a mamá.

Nos llevó en su coche y allí desayunamos, como él había dicho. Después nos fue enseñando las dependencias más importantes, el Aula Magna, diversos laboratorios y aulas, su propio despacho, en cuya puerta figuraba su nombre, todo muy ordenado y con mi retrato y el de Madel en la mesa. Al darse cuenta del detalle, ella se emocionó y me apretó con fuerza el brazo. Al salir llegaba el Decano que se acercó a Jesús, preguntándole:

–¿Qué hace hoy aquí mi más joven profesor?

–Enseñar a mis padres la Escuela.

–Eso está bien. Enhorabuena por este hijo –nos dijo, al tiempo de saludarnos.

De nuevo en el auto, nos explicó que el edificio de la escuela había albergado, en la exposición universal del 92, el stand de los países hispanoamericanos y después se adaptó al destino actual. Mientras conducía, iba señalando a Madeleine lo más interesante de la zona, los nuevos puentes, Isla Mágica, los diversos fines que tenían los edificios construidos por países participantes...

–¿Has enseñado a mamá la Plaza de España? –me preguntó.

–No –respondí–. Y eso que estuvimos en el parque de María Luisa.

–Pues allá vamos. Se construyó con ocasión de la Exposición Iberoamericana de 1929 y es muy bonita. Luego comeremos en algún restaurante de la zona.

Una vez en la plaza fue explicando los detalles más sobresalientes. Pero como es un conjunto arquitectónico grande, Madeleine, sin querer, dio muestras de cansancio, pese a que iba cogida de mi brazo. Jesús le ofreció también el suyo y decidió que nos marcháramos a almorzar, que ya tenía hambre. Ella, entonces, comentó feliz:

–Las que me vean del brazo de los dos hombres más guapos de Sevilla, se van a morir de envidia.

Durante la comida, Jesús se interesó por lo que habíamos visto ayer. Al saber que por la noche nos fuimos al cine porque no había entradas para la ópera, dijo que eso tenía arreglo. Cogió su móvil y preguntó por alguien que se llamaba Pepi.

–Oye, bombón, necesito tres entradas para la función de esta noche. No, no hay excusas; tú las apañas, como sea, y si no te vas a enterar... Bueno, llámame cuanto antes.

No hicimos ningún comentario, pero apenas transcurrió media hora, cuando sonó su móvil.

–Dime, chiquita... Da lo mismo, no vamos a ser tan exigentes. Luego te las recojo... No seas escamona, son para mis padres. Bueno, ya tenemos entradas para esta noche. Se trata de La Valquiria, de Wagner. A las nueve os recojo. ¿Os llevo ahora al hotel?

–Sí –le contesté– y así descansamos un poco.

Al quedarnos solos en el Hotel, Madeleine, muy juntita a mi y acariciándome, me expresó lo feliz que se sentía conmigo y lo contenta que estaba de la acogida de mis hijos. Y terminó: “¡No sabes el tesoro que tienes con ellos!”

–Le faltaba una joya a ese tesoro: tú –fue mi respuesta, con un largo beso.

Puntual como un inglés, nos recogió mi hijo. El teatro se llenó, lo que me demostró las dificultades para adquirir entradas.

–¿Cómo te has arreglado para conseguir las entradas? –le pregunté.

–Amigos y amigas que tiene uno –respondió.

Madeleine, sentada en medio de los dos, se sentía feliz, muy feliz, según la expresión de su rostro y lo que me apretaba la mano, que me tenía cogida.

–Me hubiera gustado un sitio mejor, pero a estas alturas era imposible –se disculpó Jesús.

–¡Pero si es estupendo! –afirmó ella– y además estamos los tres juntos.

La función terminó tarde. A Madeleine le había gustado mucho. Mi hijo nos llevó al hotel y se despidió con un abrazo diciendo:

–El día 16 nos vemos. Papá, cuidala mucho y divertiros. ¡Ah! Se me olvidaba: todos los hermanos queremos otro chiquitito.

Ella se ruborizó y agachó la cabeza; yo, sonriendo, le hice gesto de que iba a castigarle.

En la habitación, Madeleine, que estaba cansada, se acostó rápida, mientras yo me limpiaba los dientes. Cuando terminé, me acerqué a su lado y dije meloso: un día tan bueno, merece un final inolvidable.

–Lo mismo pienso yo.

–Entonces, ¿para que te has arropado tanto? ¿Tienes frío?

–Averígualo.

Levante un poco la ropa de la cama y exclamé:

–¡Madre mía! Si cada día estás más perfecta, atractiva y apetecible.

Apagué la luz y nos abrazamos con tanta ilusión como la primera vez.

Hacia horas que había amanecido cuando desperté. Tras estirarme en un obligado bostezo, observé que ella se movía y me recreé en su belleza, en su cabello enredado, en la parte de su cuerpo que dejaba al descubierto la sábana, y no tuve más remedio que besarla y acariciarla mientras entreabría sus ojos.

–Pero... ¿ya es de día? –murmuró.

–Sí, mi vida. Y tenemos que prepararnos para emprender la marcha.

–Tengo ganas de regresar a casa –musitó con voz cansina.

–Y yo. Por eso vamos a acortar el programa. Iremos sólo a Córdoba, que está cerca, y a Granada. Desde allí regresaremos con los niños.

–¡Eso! –y se enlazó a mi cuello.

–¡Quieta, que si te veo entera, no salimos de aquí!

–¡No seas malo! Arréglate ya.

Obedecí, como era obligado y el tiempo exigía. Luego, mientras lo hacía ella, fui preparando las maletas para no entretenernos más.

Con frecuencia conversábamos en inglés, que Madeleine conocía a la perfección, para que yo me soltara. Eso hacíamos en la puerta del hotel, mientras esperábamos a que nos trajeran el auto del aparcamiento. Los dos mozos que transportaron las maletas, creyéndonos extranjeros, comentaron entre ellos:

–¡Vaya monumento que lleva al lado el tío!

–Monumento y bellezón. ¿No ves la cara que tiene?

Entonces, yo, con una sonrisa, les dije:

–Muchas gracias.

–Mire, nosotros... –trataron de disculparse.

–Tranquilos, pero si es verdad.

Como el auto estaba ya en la puerta, ayudaron a colocar las maletas y yo les di una espléndida propina que ellos, algo turbados, agradecieron con un poco de exageración.

–¿Conduzco yo? –preguntó Madeleine.

–No, porque mis manos no saben estar quietas.

–Mira que te has vuelto travieso.

–Además, conozco bien la salida.

Efectivamente, pasado el aeropuerto, a los pocos minutos, estábamos en la autovía de Córdoba. Madeleine, conectó la radio, se arrellanó cómodamente en su asiento, y como el programa era de música del ayer, melódica y romántica, con algunas canciones muy conocidas, como “La bohème”, “La vida rosa”, “Arrivederci Roma” o “Bésame mucho”, ella comenzó a tararearlas, de manera especial las primeras, que le recordaban su tierra. Yo la miraba de reojo. Estaba guapísima y relajada y yo, naturalmente, dichoso de verla así.

–Prefiero oír esa música a través de tu voz que en ese trasto –le dije.

–Mira que eres embaucador.

–Tu voz es más dulce y cálida, cielo.

–No me tientes, que te hago parar el auto.

–Ya estamos cerca, a sólo media hora. Pronto veremos la ciudad y el río.

–¿El mismo de Sevilla? –preguntó.

–Sí, el Guadalquivir –respondí.

–¿También es navegable?

–No. Creo que en la época romana lo fue. Yo tengo escrito un breve poemilla sobre él.

Como la carretera discurre por terrenos más elevados que el cauce del Guadalquivir, en cuyo llano entorno está situada la ciudad, pronto se ofreció en panorámica, a la distancia de unos diez kilómetros. Madeleine miró interesada.

–Allí, en la sierra, se divisan algunas construcciones y una especie de monumento, ¿qué son?

–El monumento es una efigie del Sagrado Corazón, junto a unas célebres ermitas. Fernández Grilo, un poeta cordobés, compuso un poemita que termina así:

“¡Muy alta está la cumbre / la cruz muy alta! ¡Para subir al cielo / cuán poco falta!”

–¡Que bonito! –comentó.

Entramos por uno de los puentes que cruzan el río, paralelo al Romano y, por la avenida que le sigue, hasta el hotel, situado al comienzo del paseo de la Victoria.

Como era temprano aún, decidí dar un paseo por la zona judía, no muy lejana, hasta los alrededores de la Catedral. Con ello hacíamos un poco de ejercicio, antes del almuerzo. Las calles estrechas, en sombra, le encantan a Madeleine desde que vio el barrio de Santa Cruz y entendió la finalidad de esa estrechez. Fuimos hasta el puente Romano, que se mantenía firme y seguro, sobre las aguas del río. Ya quisieran los construidos con posterioridad, conseguir una vejez tan fuerte y elegante.

Y de allí, nos trasladamos a la Plaza del Potro, que yo tenía interés en que la conociera.

–¿Por qué se llama plaza del Potro? –inquirió curiosa.

–¿No ves el potrillo que existe en lo alto de la fuente y aquel otro? Pues por eso –le contesté.

–El edificio antiguo que puedes ver ahí, es una posada, en la que paró muchas veces, en su incómodo trabajo de alcabalero, nuestro gran Miguel de Cervantes.

–¿Qué significa alcabalero?

–Pues cobrador de tributos e impuestos.

—Aquí se encuentra también el museo de un gran pintor cordobés: Julio Romero de Torres. Entremos y verás qué cuadros de mujeres compuso.

Madeleine quedó sorprendida por la belleza de las morenas mujeres, de sus ojos profundos y en muchos casos tristes. Nos detuvimos, con más interés, en la “Chiquita piconera”, en “Naranjas y limones”, en “Cante hondo” o “Fuensanta”, obra estrella.

Marchamos, un poco cansados, hacia el restaurante que yo conocía, pero antes la pasé por la Calle de las Flores, precioso rincón, con el fondo de la torre de la catedral, donde no resistí la tentación de hacerle unas cuantas fotografías.

—¿Has visto qué bonitas flores? —le pregunté—. Pues tú eres la más bonita de ellas.

Por toda contestación, me dio un apretado beso.

“El caballo rojo”, restaurante que yo buscaba, se encuentra como escondido en aquellas callecitas, donde el sol sólo puede asomar, con trabajo, algunos pequeños haces luminosos y cálidos.

Almorzamos muy bien, con unos platos especiales de la casa, regados con vino de Moriles—Montilla. Uno de los amables camareros me consiguió, después de ponderar la dificultad, entradas para visitar de noche la Catedral, gracias a que hubo algunos que desistieron.

Regresamos al hotel para descansar y esperar la hora de la citada visita. En uno de los cómodos sillones, me arrellané relajado, hasta que Madeleine se acomodó sobre mis piernas y acariciándome melosa, me pidió que la dejara dormir así, apoyando su cabeza entre mi pecho y el hombro.

—Tus deseos son órdenes para mí, cielo.

—Papaíto, ¿Qué me has dado para que cada segundo te quiera más?

—Brujita, eres tú la que me has transformado en un hipnotizado esclavo.

Y tras unos deliciosos besos, nos quedamos adormilados, así, juntos, al ritmo del latir de nuestros corazones. Pero apenas mis piernas protestaron, pasado un buen rato, me desperté. Ella dormía como una chiquilla, casi enroscadita y muy tranquila, por lo que me dio pena estropearle el descanso; así que la tuve durante algún tiempo más, escuchando su pausada respiración y, en especial, mirando las delicadas y perfectas líneas de su cara. Pero el reloj corría y terminé por hacerle abrir los ojos mediante unas suaves caricias.

–¡Ay! ¿Qué hora es? –preguntó, restregándose los ojos.

–Hora de prepararnos para salir.

Se levantó y al darse cuenta de que yo apenas podía moverme a causa de mis dormidas piernas, me compadeció:

–¡Pobrecito mío, cuánto has soportado mi peso!

Y me friccionó las piernas para activar la circulación, en tanto me miraba cariñosa. Poco más tarde, cogidos de la mano, caminamos la Victoria arriba, Gondomar, plaza del Gran Capitán y descendimos hacia la Mezquita, a la que llegamos ya anochecido.

Nos incorporamos al grupo de visitantes. Nada más entrar, pasando por el patio de los naranjos, Madeleine quedó asombrada. Ella esperaba una iglesia clásica, pero no aquel bosque de columnas, aquellos arcos que, con la iluminación, brillaban como el oro. Y en el centro, la parte adherida por manos cristianas, que no resta belleza al conjunto sino que complementa la labor artística de la otra cultura. Fueron dos horas de recorrido inolvidable, pues nos explicaron muy bien todo el proceso y devenir arquitectónico de la Catedral y de quienes, con paciencia, fueron componiendo una oración de piedra, mármol, yesos y arte a Dios; un Dios que, después de todo, es el Autor de lo creado, incluidos los seres vivos capaces de realizar tales prodigios.

–Es impresionante –comentó Madeleine.

Como estábamos cerca del restaurante donde habíamos almorzado, nos dirigimos a él con ánimo de cenar ligeramente, para después continuar con un paseo por el centro, antes de regresar al hotel.

Comentando lo visto durante el día, Madeleine recordó la visita al Museo y a la Posada del Potro, que le habían causado bastante sorpresa. De manera singular, las pinturas de Romero de Torres, con las mujeres morenas y la hondura de sus miradas. Un buen observador puede adivinar en ellas una vaga amargura, un desconsolado dramatismo, una melancolía que incluso realza la belleza de sus rostros.

—¿Te ha gustado alguna en especial? —le pregunto.

—No, todas son bonitas; pero me ha divertido, seguro que como a ti, el cuadro de “Naranjas y limones”.

—¿Por que dices eso?

—Por lo picarón que eres.

Callejeando, llegamos al centro, muy animado todo, nos sentamos en una terraza para tomar unos refrescos y, pasado algún tiempo, despacio y tranquilos, con mi brazo sobre sus hombros, para estar más en contacto, nos dirigimos al hotel.



Naranjas y limones, Julio Romero de Torres – Wikipedia

En la habitación, con cara cómicamente seria, Madeleine me dice:

—¿Sabes una cosa? Me siento celosa.

—¿Por qué, chiquilla?

—En toda la tarde no me has besado.

—Ni tú a mí... Pero la cosa tiene remedio.

No la atraje yo, se colgó ella de mí, y no recuerdo el tiempo que así estuvimos. Ella fue, también, quien se apartó un momento, para decir:

—Déjame respirar un poco y poder decir que te quiero.

–Pues yo a ti... más aún.

La mañana del día siguiente la dedicamos a ver los Reales Alcázares y las ruinas de Medina Azahara. Un breve descanso en la hora de la siesta, unos cafés cargaditos y de nuevo en el auto camino del próximo destino: Granada.

Esta vez conduce Madeleine, pues llevaba tiempo deseándolo y es una excelente conductora; yo no la había dejado para que no se cansara y viera, con tranquilidad, los lugares por donde pasábamos. Una idea un poco machista, dada su habilidad y el ser bastante más joven que yo.

Aunque no es autovía, cogimos la carretera más directa. Está bien y hasta enlazar con la de Jaén, el tráfico es fluido y tranquilo. Escuchando la radio y charlando de nuestras cosas, de lo que estarían preparando los chicos y de la sorpresa que se iban a llevar por haber acertado nuestro viaje, pasamos la mayor parte del trayecto, no sin alguna protesta de ella cuando, alguna que otra vez, la acariciaba de la rodilla hacia arriba.

–Quietecito, que si sigues tenemos un accidente –me reñía.

–Pero, ¿quién, con una mujer como tú, se está quieto tanto tiempo? –le preguntaba yo sonriendo.

–Tiempo habrá, tiempo habrá –razonaba Madeleine, con su pícara y encantadora sonrisa.

A la llegada, fui indicándole el camino para un hotel que yo conocía, está bien situado y es cómodo.

–Asustón, ya has comprobado lo buena conductora que soy.

–Eres tan guapa que todo el mundo te deja pasar, para verte.

–Reconoce mi mérito y no me adules, papáito.

Cuando estábamos en la suite que nos asignaron, se acerca muy cariñosa a mí, diciendo:

–Ahora no hay peligro de accidente.

–¡Ah, no! –digo yo muy serio– tenemos que reponer fuerzas, al menos con un aperitivo.

No le dio tiempo a poner cara de sorpresa, porque la cogí con fuerza entre mis brazos y la besé sin dejarla siquiera respirar.

–Tranquilo, papaíto, me parece bien antes lo del aperitivo.

Nos reímos como dos jovenzuelos felices y bajamos al bar–cafetería.

–El nombre es bonito: “Luna de Granada” –comentó ella.

–Apropiado para unos recién casados –complementé.

Como era temprano para la cena y tarde para café y merienda, nos tomamos unas copas de vino blanco, acompañadas de un exquisito y oloroso jamón de la sierra, que nos inyectó fuerza y, sobre todo, alegría. Satisfecho el estómago, salimos a pasear, cogidos de la mano como siempre, en un primer contacto con la ciudad.

El buen tiempo propiciaba que las calles estuvieran muy transitadas, los bares concurridos, especialmente en la zona de los estudiantes, donde con un par de cervezas y los aperitivos que suelen acompañarlas, cenaban los jovencitos, siempre cortos de efectivo, como es lógico en esa etapa de la vida.

–Hace fresco –comentó Madeleine.

–Si quieres nos volvemos al hotel.

–No, basta con caminar más juntos –y me rodeó por la cintura e hizo que mi brazo reposara sobre su hombro.

–El viento, por la noche, arrastra la frescura de la sierra que, en sus picos altos, guarda todavía nieve del invierno –le expliqué–. Por otra parte, Granada recibe mucha agua de la Sierra. En ella nace el Genil que aquí, en la ciudad, se une con su afluente Darro. Éste último pasa embovedado por el centro; pero antes discurre junto al Paseo de los Tristes, con vistas a la Alhambra Su nombre proviene, según me contaba un profesor, de la expresión “da oro” (Dat aurum, en latín), pues en él se encontraban pepitas de este metal.

–¿Habría todavía? –pregunta Madeleine.

–No lo sé, pero posiblemente alguna tal vez podría encontrarse, aunque no merece la pena el trabajo de buscarlo.

–Una joya formada con pepitas, sería original –comenta.

–Yo no tengo que buscar, poseo la mejor joya del mundo: tú.

–¡Pero qué adulator eres, papaíto!

–Es que te quiero. Ahora te lo digo yo. Pero voy a contarte más cosas. Como verás mañana en la Alhambra, el agua es un elemento, en su estado sólido o líquido, ligado a Granada de manera muy acusada. Ahí está Sierra Nevada, con sus blancas cumbres, sus grandes pistas, que permiten esquiar casi todo el año; sus ríos pasando por la propia urbe, sus fuentes. Sobre éstas, Villaespesa, escribió un poemita que, cuando jóvenes, recitábamos y que si no recuerdo mal, empezaba así:

Las fuentes de Granada...

¿Habéis sentido

En la noche de estrellas perfumada

Algo mas doloroso que su triste gemido?

Todo reposa en vago encantamiento

en la plata fluida de la luna

la frescura del agua es como una

mano que refrescase la sien calenturienta.

Calladita ella, hablador yo, pasito a pasito, llegamos al hotel. Como no teníamos apetito y Madeleine sentía algo de frío, nos tomamos en la cafetería unos vasos de leche caliente y nos fuimos a descansar.



Ya en la cama, cogiéndome la cara entre sus manos, me preguntó:

–¿Puedo hablar yo ahora?

–Siempre puedes hablar, cielo.

–Pues entérate de una cosa: te quiero, mi vida. Y ahora abrázame fuerte, fuerte, toda la noche, que tengo frío.

–Entonces vamos a sudar –le dije, al tiempo que le daba un largo beso y apagaba la luz.

Nada más desayunar, pudimos acoplarnos, por mediación de un conocido, a un grupo del propio hotel, que tenían contratado un guía. No es el sistema que a mí me gusta, pero sí el más cómodo e instructivo. En un pequeño microbús nos desplazamos a la Alhambra.

El guía fue explicando que era un conjunto de palacios, jardines y fortaleza, contruidos en una colina con fines estratégicos. Citó, que yo recuerde, la Alcazaba, el palacio de Comares y el de los Leones; visitamos diversos lugares o dependencias, el patio y fuente de los leones, las Salas de los Abencerrajes y de las Dos hermanas, las habitaciones del Emperador, el Peinador de la Reina, los Baños...

Madeleine estaba maravillada con las artísticas columnas, las filigranas de la decoración, los arcos, las bóvedas que coronan las estancias, las fuentes con el rumor de sus limpias aguas, los jardines... Le amplié su ad-

miración por las filigranas, explicándole que muchas de ellas eran inscripciones (unas diez mil) de poemas, sentencias y versículos del Corán.

En el Generalife, lugar de descanso y retiro, comprendió lo que por la noche le había dicho sobre el agua en la ciudad: que forma parte de ella y de sus monumentos, conjuntándose de forma inseparable y bella.

Como yo me temía, el guía nos llevó a todo correr por el Palacio de Carlos V, por el Sacromonte, cuyas cuevas causaron asombro en mi adorable pareja y, para colmo, pasamos como una flecha por el Paseo de los Tristes, sin apenas ver el Darro, hasta dejarnos en la puerta del hotel a la hora del almuerzo. También se olvidó del importante huesped que tuvo la Alhambra durante bastante tiempo: Washington Irving, el escritor norteamericano, que escribió un bellissimo libro bajo el título de “Cuentos de la Alhambra”, desarrollados en el inigualable palacio fortaleza, que se han comparado con los de “Las mil y una noches”.

Comentando esta rapidez del guía durante la comida, Madeleine se quejaba; pero yo traté de consolarla recordándole la multitud de fotografías que habíamos hecho, que le permitirían recrearse despacio en todo lo visitado.

–Y tú, ¿no?

–Yo sólo en una personilla, con un pañuelo rojo, que aparecerá en casi todas.

–¡Guasón! –exclamó, mirándome con ganas de decir algo.

–Suelta, suelta, lo que tienes en la punta de la lengua.

–Si piensas que es lo de siempre, te equivocas. Ahora es esto: Te adoro, mi vida.

Terminada la comida, nos fuimos a la cafetería en la que, bien acomodados, tomamos café y vimos un rato la televisión, haciendo hora para salir de nuevo. Estaba tan agotada, que no quiso ni subir a la habitación por el momento.

–Tengo muchas ganas de volver a casa, pues me siento cansada, floja.

–Mañana nos vamos, no estamos lejos.

–¿De verdad?

–Claro que sí. Esta tarde veremos la Catedral y dejamos el viaje. Sierra Nevada y otros lugares, los visitaremos más adelante.

–Se lo diremos esta noche a los chicos, para que estén preparados –advirtió ella, acercó su sillón al mío, me cogió la mano derecha y se entretuvo en acariciarla.

–Sube, si quieres arreglarte un poco.

–¡Que va! Con lo bien que estoy aquí. Además creo que te gusto de todas las maneras, ¿no?

–No tendrás nada tan seguro –afirmé.

Al atardecer, después de acicalarnos un poco –al final subimos a la habitación–, nos fuimos hacia la Catedral. Aunque desde fuera, por tener una sola torre, podría creerse que sería como cualquier otra iglesia, cuando se entra en ella y se ven las esbeltas columnas y magníficas bóvedas, de estilo gótico, y el gran órgano, uno se queda admirado; admiración que crece al ver las capillas, en una de las cuales –la Capilla Real– se encuentran los restos de los Reyes Católicos, los más importantes de nuestra Historia que, al conquistar Granada, unificaron el país y dieron lugar al nacimiento, por primera vez en Occidente, de lo que hoy llamamos nación, mal que le pese a cuatro descerebrados que, por desgracia, abundan en todos los tiempos, y de forma extraordinaria en estos de hoy.

Madeleine, que había estado muy atenta a cuanto yo le decía en voz baja, y muy ocupada en mirar lo que le señalaba como más destacable, sin comentar nada, cuando dimos por terminada la visita y salimos a la calle, un tanto irónica, rompió su silencio, esbozando una pícaro sonrisa:

–Papaíto, te has despachado a gusto. Eres mejor guía que yo.

–Eso nunca, me falta tu encanto. ¿Quieres que tomemos algo?

–No, prefiero regresar al hotel. No se lo que me pasa, pero me canso mucho... ¿Será consecuencia de nuestros trabajos nocturnos? –preguntó.

–No creo, dicen que esas actividades son muy sanas –respondí divertido.

–Si es así...

Ya en el hotel, Madeleine llamó a los chicos, anunciando nuestro regreso el día siguiente. Laura, que fue con quien habló, se extrañó de tan corto viaje, aunque después le pareció bien, pues quería consultarle y ver con ella algunas cosas. Eso sí, nos indicó que debíamos quedarnos en el piso de Málaga, donde nos esperaría por la tarde, pues no se había terminado lo que estaban haciendo en casa.

Después de una cena frugal, subimos a nuestra habitación y nos acostamos.

–¿De verdad estás tan cansada? –le pregunté acariciándola.

–Sí, lo estoy... –afirmó un tanto dubitativa-. Pero creo que si no conduzco mañana, un poco de ejercicio no me vendría mal para dormir.

Y me abrazó, al tiempo que me ofrecía sus labios...

El ruido del agua de la ducha me despertó por la mañana. Madeleine ya se había levantado y estaba preparándose para el nuevo día. Cuando salió del cuarto de baño, envuelta en su blanco albornoz, sonriente y alegre, era la viva imagen de una mujer joven y espléndida, sin ningún síntoma de cansancio.

–Buenos días, papaíto, ya es hora de dejar la cama. Tenemos que viajar, ¿te acuerdas?

Sonreí, satisfecho y orgulloso de ella, y sin decirle nada me dirigí al cuarto de baño, dispuesto a imitarla. Ella, mientras tanto, una vez vestida con ropa cómoda –pantalón casi deportivo, de color azul y blusa blanca– se dedicó a colocar nuestras pertenencias en las maletas, con tal celeridad, que yo, cuando terminé de vestirme, no tuve necesidad de ayudarle; entonces fui donde estaba y cogiéndola de la cintura,

la atraje a mí, susurrándole: Eres el mejor regalo que Dios me ha hecho.

Ella me abrazó y, sin hablar, nos dimos el primer beso del día. A continuación, me urgió a bajar, desayunar y coger el auto para irnos a casa.

–Conduciré yo –aclaró– pues me siento bien y fuerte y, además, lo hago mejor que tú.

–Como quieras, cariño, no vamos a discutir por eso. A mí me viene bien, porque podré así mirarte a mis anchas.

–Mirar te lo permitiré, pero nada de caricias o algo parecido, que crean peligro –me ordenó con cómico y gracioso tono autoritario, para añadir bajito–: esas cosas antes de salir o una vez lleguemos.

Como el programa estaba ya consensuado, como se dice ahora, desayunamos, nos trajeron a la puerta el automóvil, cargamos las maletas, Madeleine se apoderó del volante y los dos, contentos y felices, salimos de Granada camino de nuestra casa.

La verdad es que ella conduce bien, con prudencia y habilidad; yo me limité a indicarle la salida y, en carretera, a escuchar la radio y mirar su perfil, cuya perfección envidiaría el mejor dibujante o pintor. Durante algún tiempo permanecí calladito, calladito, muy atento a la música y al camino, con la certeza de que ella acabaría notándolo, extrañada. Y así fue.

–¿Qué te pasa? ¿No tienes nada que decir? –preguntó.

–¿Cómo voy a hablar si me lo tienes prohibido? –interrogué a mi vez.

–¿Yo? ¿Cuándo?

–Me ordenaste que no te acariciara.

–Eso es distinto y no tiene nada que ver con hablar.

–Es que un piropo consiste, en realidad, en una caricia, y contigo sólo soy capaz de eso, de piroparte.

–¡Cómo eres, mi vida! Esa forma de acariciar no nos pone en peligro, puedes hacerla. Ni siquiera a mí me asusta decir que te quiero, cielo.

–Cuidado con aquel tío bestia, que parece querer verte mejor y nos va a dar.

–No te preocupes, soy mejor conductora que él y lo voy a dejar atrás. Oye, cuando se acabe todo este jaleo de la ceremonia y vivamos estables en casa, ¿como nos organizaremos?

–Yo lo tengo muy sencillo: escribiré todos los días algo, cuidaré con los chicos la parte económica de la familia y el resto del tiempo, que será el mayor, lo dedicaré a acariciarte.

–Déjate de bromas, a mí no me gusta la inactividad.

–Muy sencillo también, reina. Primero: dirigirás la casa. Segundo: revisarás mis escritos en francés y traducirás los de español al francés e inglés; y tercero: te dedicarás a corresponder a mis caricias.

–Pues ¿sabes que no me parece mal? –comentó ella entre risas; y añadió: Hay que contar otra actividad: ir de compras con Laura y Mary, si no se añade alguna más.

–Hemos diseñado la vida perfecta, por lo que tendremos que intentarlo –concluí yo.

La carretera estaba tranquila y habíamos hecho ya un buen recorrido, por lo que dije a Madeleine:

–Cuando veas la indicación de salida a Salinas o a Iznajar, no recuerdo bien lo que está señalado, te vas por ella.

No tardó mucho en aparecer la anunciada señal.

–Ve con cuidado ahora, que esta es una carretera secundaria y bastante dificultosa, al menos la última vez que pasé por ella.

–¿Por qué la hemos cogido? ¿No hay otra mejor? –preguntó.

–Ya lo verás.

En efecto, pasadas algunas aldeas, dejados atrás no muchos kilómetros, el camino empieza a descender y, en el fondo, se divisa un río que se va haciendo cada vez más ancho, para acabar convertido en un lago azul, sereno, bellissimo.

–Es el pantano de Iznájar, el mayor de Andalucía, que retiene las aguas del Genil, el río que ya conocimos en Granada, al unirse con el Darro.

–Sí, que es bonito el paisaje –reconoció Madel–, pero da un poco de miedo tener que pasar sobre esa masa de agua.

–El pueblecito de ahí arriba es Iznájar.

Como Rute, que está cerca, es empinado, construido sobre un terreno rocoso y elevado. Por cierto que en Junio de 1861, en una revuelta campesina dirigida por un veterinario, Rafael Pérez del Álamo, fue tomado con unos 600 hombres. La revuelta se extendió a otros pueblos, hasta que fue sofocada por el general Serrano del Castillo. En realidad tenía más carácter político que social e iba dirigida contra la monarquía de Isabel II.

–Vamos, cariño, ya se te soltó la lengua y no son piropos.

–De vez en cuando hay que divagar, lo que no significa olvido. Llevo horas admirando la gracia con la que se mueve un mechoncito de tu pelo, con el aire que entra por una rendija de la ventanilla. Parece que me está enviando mensajes para que me subleve y te bese.

–Ni hablar, en esta carretera con tantas curvas, no le hagas el mínimo caso. Me lo cortaré en cuanto paremos, por travieso y temerario.

–El pueblo por el que estamos pasando ahora, es Rute, famoso por sus anises y dulces de Navidad. A la izquierda, se encuentra la presa del pantano con una central eléctrica. Para llegar a nuestra primera parada, pasaremos antes por dos grandes aldeas –Zambra y Los Llanos– en esta misma carretera.

–Y la parada, ¿es una sorpresa?

–Para lo inteligente que eres, creo que no.

–¿Tiene relación con cierta Basílica de Roma?

–Cierto. En ti se da una coincidencia extraordinaria: belleza e inteligencia.

–¡Adulador! No sabes la gana que tengo de parar.

–¿Para qué?

–¿No te lo imaginas?

Pasamos, algunos minutos después, por las ya indicadas al-

deas, lo que significa la cercanía de la parada. En efecto ya aparecen los carteles que anuncian la ciudad, Lucena. Indico a Madeleine que se desvíe por la vía izquierda, junto al Instituto y siga despacio hasta que, también a la izquierda, una señal la dirija al Santuario, donde estará la primera parada.

Fiel a mis instrucciones, con prudencia, enfila la carretera hacia arriba sin ningún comentario, hasta que aparece la sierra, vestida de verde oscuro y coronada por el santuario, blanquísimo de cal y luz de un día limpio de nubes. Entonces sí, rompe su silencio, con una exclamación:

–¡Que bonito paisaje! –Y pregunta– ¿Es dificultoso llegar allí?

–No, sólo hay que tener precaución; la carretera, aunque con algunas curvas cerradas, está bien; si no fuera así, hubiera cogido yo el auto.

En efecto, muy pendiente ella del camino, a los pocos minutos estábamos en la cumbre, frente a la entrada de la ermita. En cuanto aparcó, me bajó rápido, le abrí la puerta y la ayudé a bajarse. Me miró un poco extrañada, pero lo entendió rápido cuando la abracé con todas mis fuerzas.

–Cómo te quiero, papaíto. –Y se apretó aún más contra mi pecho.

Cogida de la mano, la llevé dentro del templo hasta el altar de la Virgen, que contempló largamente, con mucho interés; después se arrodilló y muy respetuosa, calladamente, quedó orando o meditando, no sé, mientras yo fui en busca del sacristán para que nos dejara entrar en el camerino, como amable lo hizo.

Dimos unas vueltas mirando las pinturas y, una vez frente a Ella, a sus pies en realidad, volviendo a coger a Madeleine del brazo, con emoción, me dirigí a la Virgen:

–Esta es la mujer de mi vida, cuídala, sobre todo cuando yo no pueda, pues no conozco persona mejor y más buena.

Salimos despacio, ella delante de mí, pues me entretuve dan-



Santuario Virgen de Araceli – Diócesis de Córdoba

do las gracias al sacristán, una propina para él y un sobre cerrado con un donativo para el santuario.

Madeleine me esperaba, junto a la baranda, desde la que se observa la parte sur de la sierra. Me acerqué hasta ella para explicarle la llana superficie de olivos, que se extendía al pie hasta un fondo de montañas, y entonces me di cuenta de que estaba llorando. Dos ríos de lágrimas salían de la hermosa fuente de sus ojos y corrían por las mejillas.

–Pero cielo, ¿qué te pasa?

Sin poder hablar, se abrazó de nuevo a mí, tan apretada, que sentía el latir de su corazón cerca del mío.

–No te merezco, mi vida, no te merezco –tartamudeó entre sollozos.

–Eso quienes lo pueden juzgar somos Dios y yo. Levanta la cabeza y mira esa zona, llena de olivares, chalés y caseríos. En días claros como hoy, pueden verse muchos pueblos de la comarca. ¿Quieres mirarlos con aquellos anteojos?

–No, vámonos. Sólo quiero verte a ti y estar contigo. Conduce tú ahora, estoy nerviosa.

–¡Qué chiquilla eres!

Nos sentamos, le cogí la cara y la besé, no movido por la sangre, sino por el cariño. Ella también lo hizo, acariciándome con suavidad y mirándome aún con ojos llorosos. Puse en marcha el coche y bajamos hasta un hotel situado al pie, que antes había sido un edificio en ruina.

–Almorzaremos aquí –le dije.

–Lo que tú digas

Estaba poco concurrido; sólo un par de parejas, por el momento. Examinamos la carta, que abundaba en carnes, por lo que yo escogí, y le recomendé a ella, un salmorejo con jamón, más típico, y una fritura variada de pescado.

–Lo que sí vamos a hacer, es beber unas copitas de vino de aquí, que es mi tierra, para brindar por los dos. ¿Te parece?

–Claro que sí, lo necesito.

Con el vinillo y la comida, Madeleine volvió a animarse. Aparecieron sus miradas y sonrisas, unas veces pícaras y traviesas, otras cariñosas. También su curiosidad nunca saciada, disparándome preguntas sobre todo, en particular respecto a esta tierra. Luego recordó que estábamos cerca de casa, por lo que me apremió para irnos, pues tenía ganas de estar con los chicos. Contuve un poco sus impulsos, pues el vino, aunque sólo fueron un par de copas, podría ser causa de alguna multa.

Aguardamos, por tanto, un rato, tomando café, hasta que se nos fuera algo el estímulo alcohólico. Después de todo, en escasa hora y media, llegaríamos.

Madeleine llamó a Laura, le comunicó el lugar donde nos encontrábamos, y que dentro de unas horas estaríamos con ellos. En marcha ya, hasta que llegamos a la autovía, fue mirando el paisaje muy interesada. Como ahora no conducía ella, se mostraba muy habladora y curiosa por cuanto veía.

Sobre las siete llegamos y entramos al aparcamiento. Subimos las maletas en el ascensor y, como yo tenía una llave, abrí el piso y las colocamos en él. Todo estaba recientemente arreglado, lo que evidenciaba la mano de Laura.

Madeleine se fue al balcón para mirar el mar, que le fascinaba, tan tranquilo y azul, al tiempo que recibía el frescor de un viento suave agitándole el cabello. Detrás de ella, la rodeé cariñoso con mis brazos y, al oído, le pedí perdón por haberla hecho llorar en el santuario, al no resistir decir de viva voz lo que eran mis íntimos pensamientos y deseos. Se revolvió, casi con violencia.

—¿Perdón?... ¿Perdón por aquellas palabras, por aquellos deseos, que son lo más tierno y bonito que me han dicho? Llorar es poco, debí ponerme de rodillas y agradecer a Dios el haberme unido el mejor hombre del mundo. Mi vida, no me pidas perdón, bésame, bésame mucho, mucho, a ver si me doy cuenta de todo lo que me quieres... y soy capaz de medir, si es posible, todo lo que vales.

La apreté contra mí y besé con delicadeza sus ojos, cuya mirada expresaba todo el agradecimiento y amor que una persona puede sentir por otra, e iba a hacerlo en sus labios, que se me ofrecían con ansiedad, cuando sonó la puerta y apareció Laura.

—¡Vaya, vaya! ¿Aprovechando la soledad? Pues adelante, que eso es bueno y sano.

—Laura, querida, eres única —le dijo Madeleine.

—Los inigualables son estos padres que me han tocado en suerte —le contradijo, riendo, mientras nos abrazaba—. ¿Cómo lo habéis pasado? ¿Se ha portado mal papá para que hayáis acortado el viaje?

—¡Todo lo contrario, él es incomparable! —afirmó Madeleine—. Pero también es verdad que os echábamos de menos, que queríamos compartir nuestra felicidad con vosotros, aquí, en casa, sin ajetreos.

—Nosotros también nos hemos acordado mucho de vosotros.

—¿Por dónde andan los chicos? —pregunté.

—A todos nos tenéis muy ocupados. Miguel viene ya de camino.

Llegó mi hijo y después de los abrazos de rigor y el cambio de impresiones lógico, estuvimos charlando del viaje, de lo que había enseñado a Madeleine, y de que nos gustaba más estar con ellos que vagabundeando por ahí. La cuestión es que el tiempo pasó y Miguel propuso ir a un restaurante próximo a cenar, cosa que aceptamos.

En el restaurante se acordó de algo para mí importante: que el señor Maurois y después mi editor, habían llamado para que procurara estar en París para la presentación del libro en la Biblioteca Nacional, y la firma de ejemplares en una Galería.

–¿Y cuándo pensabas decírmelo?

–El día que llamó Madeleine para comunicar la vuelta, por lo que no hizo falta. Como el acto será dentro de cuatro días, me he ocupado de encargar los billetes de avión con tiempo suficiente.

–Pero Madeleine no podrá ir, la necesito esos días –dijo Laura.

–¿Para qué? –protestó Madeleine.

–La modista tiene que probarte y acabar los vestidos, y eso requiere tu presencia.

–¿No puede ser otro día?

–Entonces no habrá tiempo para tenerlos el 17.

–El sólo va a faltar día y medio. Sale por la mañana temprano, estarán esperándolo en el aeropuerto a mediodía para almorzar y en la tarde–noche será la presentación. La mañana siguiente tendrá lugar la firma de ejemplares en la Galería y, por la tarde, el regreso a casa. Todo ha sido calculado. Y como tengo dos pasajes, puede acompañarle Mary, que está loca por ir a París.

Madeleine no rechistó, pero yo sabía que estaba contrariada. Cuando estuvimos solos en el piso, me lo confirmó, echándose a llorar.

–Pero chiquilla, si estarás sola apenas día y medio.

–Pues no me gusta, mi deseo es estar siempre a tu lado. Comprendo que con lo atareada que está Laura conmigo, no voy a defraudarla; pero preferiría ir de trapillo y no que te alejes de mí.

–No seas niña, cielo. Además, me acompañará mi hija, lo que me impide ligar a ninguna otra. Aparte de que nunca encontraré alguien como mi Madel.

–No te rías de mí. Lo que no encontrarás nunca es quien te quiera tanto como yo.

–Esa es mi suerte.

En el avión, con Mary, rumbo a París, cerrados los ojos para recordar mejor, no se me iba de la mente el rostro de Madeleine, compungida, haciendo esfuerzos por no romper en sollozos, cuando nos despedía en el aeropuerto con mi hijo y Laura. Aún siento en mi cuello el temblor de sus brazos, que no querían dejarme ir, y su corazón palpitante, acelerado, que me obligó a susurrarle al oído: “tranquila, cariño, en dos días estoy contigo”.

Mary, que tenía bastante miedo a volar, durante toda la duración del viaje estuvo agarrada a mi brazo, como si ello la librara de todo peligro. Sólo me soltó cuando el avión tomó tierra y, como un vehículo más, se dirigió al lugar donde nos bajaríamos.

En la terminal del Charles de Gaulle nos esperaban monsieur Maurois y mi editor. Nos saludamos con afecto y en el vehículo del editor nos fuimos al hotel. Por el camino me explicó que la primera edición, prudente, porque era de 200.000 ejemplares, sorprendentemente, la tenía ya adjudicada a los libreros más importantes, entre otras causas, por haberles facilitado ejemplares que leyeron, les encantó y los recomendaron a sus clientes. Con la propagación que va a suponer su presentación en la Biblioteca Nacional, estamos seguros de que habrá, y numerosas, muchas nuevas ediciones, de estas “Historias de París” y de las restantes obras suyas, no escritas en francés, pero que traduciremos cuanto antes.

–Vamos –terminó diciendo–, que en usted creo hemos encontrado una mina.

Cuando, ya cercana la noche, el señor Maurois, el editor, Mary y yo, llegamos a la Biblioteca Nacional, la sala en la que se haría la

presentación, estaba prácticamente llena de periodistas, de otros autores, de librereros y de amantes de las letras.

Mi presentación la hizo el director amigo de una famosa revista, en la que yo colaboraba con frecuencia, y a mi juicio se excedió en alabanzas que yo no merecía. Yo empecé subrayando mi amor a París, al encanto de sus rincones, a la belleza de sus jardines y arquitectura, a la originalidad de sus monumentos y palacios, a la riqueza de obras artísticas coleccionadas en sus museos, a la elegancia, cultura y amabilidad de sus gentes, tan acogedoras con los visitantes; sabia riqueza física y de cualidades que yo había tratado de reflejar en las diversas historias que componían el libro, mostrando en algunas la alegría de vivir de los parisinos, la hermosura de sus mujeres, la inevitable picaresca que espontánea surge en toda gran ciudad, pero carente, aquí, de maldad u odio y abundante en gracia, humor y originalidad... Y subrayé, al final, la bondad y espléndida prodigalidad de los naturales, capaces de ayudar sin interés, de sacrificarse sin exigencias, de amar sin medida, como yo mismo había comprobado al unirme a una parisina bellísima, inteligente, elegante y buena hasta el límite de la capacidad humana.

Creo que mis palabras impactaron en el público, que aplaudió con entusiasmo y manifestó urgentes deseos de conocer la obra.

El editor y mi amigo, que estaban entusiasmados, explicaban a sus conocidos el contenido y personajes del libro y resaltaban el hecho de haber sido escrito directamente en francés por el autor, con una perfección del lenguaje digna de los clásicos de la tierra.

Después se ofreció una copa de vino a los asistentes y yo, sin esperarlo, no tuve otro remedio que dedicar y firmar ejemplares, puestos a la venta allí mismo, hasta quedar agotado.

El señor Maurois nos llevó al hotel y cenó con nosotros. Mary, que había grabado todo el acto, nos ofreció lo más sobresaliente, para asombro mío.

Desde la habitación llamé a Madeleine y le expliqué lo bien que había salido todo. Ella no dejaba de enviarme besos y decirme

cuánto le hubiera gustado estar conmigo. Le repetí, mil veces, porque la adivinaba triste por estar sola, que mañana le daría el abrazo más grande de su vida, y que durmiera tranquila.

El día siguiente, una vez desayunados, el señor Maurois nos llevó a la Galería Lafayette, donde nos esperaba el editor con todo preparado para la firma de ejemplares. Unos grandes carteles, con mi fotografía, a todo color, ofreciendo el libro, llenaba todo el amplio espacio que habían acondicionado y decorado para nosotros.

Con toda sinceridad, yo no esperaba que acudiera mucha gente; sólo las personas curiosas o aquellas a quienes les gustaran los libros y, circunstancialmente o por hacer otras compras, hubieran ido a la Galería; esto parecía ser así, pues durante al menos una hora, estuvimos sentados, charlando, sin que acudiera nadie. Mas, de repente, llegó un numeroso grupo, creo que toda una clase de la Universidad, y empezó a comprar libros y a pedirme dedicatorias. Y poco a poco, se fue formando una cola de hombres y mujeres que adquirirían un ejemplar y solicitaban mi firma, cosa que yo, muy complacido, hacía.



Galerías Lafayette, Sergey Galyonkin – Wikipedia

Según me sopló el editor, los quinientos ejemplares que habían previsto, se agotaron y tuvieron que reponerlos con celeridad. Así, sin parar, estuvimos hasta la hora del almuerzo que, como es lógico, la afluencia disminuyó y pudimos suspender el acto.

–La publicación va a ser un éxito –me auguró el editor, que estaba muy contento–. Aparte de repetir esta primera edición, he pensado, por sugerencia de un amigo pintor, que esta noche se ha leído el libro de un tirón, preparar otra ilustrada por él, para lo que se ha ofrecido. Será en formato lujoso y de gran tirada.

–Lo que usted decida, lo aceptaré siempre –le dije yo, que tenía prisa por no perder el avión.

El señor Maurois, que es un lince, y se había dado cuenta, con antelación, de mis deseos de regresar a casa, nos llevó directos al aeropuerto.

–Allí tomaremos un pisolabis –se limitó a decir–. Las maletas, previendo esto, las tengo en el auto, junto con un paquete con varios ejemplares para los chicos.

–Es usted un genio, muchas gracias.

–Sólo tengo años. Por otra parte, conociendo al editor, no dudaba de que el éxito nos obligaría a correr. Él siempre juega a ganar, incluso en los pequeños detalles.

–El 16 le espero con la señora.

–No me perdería la ceremonia por nada del mundo.

Mientras tomábamos café en el aeropuerto, Mary llamó a casa para avisar del vuelo y hora de llegada. Por el rato que estuvo hablando, debió dar detalle exacto de los acontecimientos del día.

En cuanto el avión despegó, Mary se cogió fuerte a mi brazo, como siempre hacía.

–Pero chiquilla, no tengas miedo, posees ya bastante experiencia.

–Así me siento más segura.

Sonreí y cerré los ojos. Estaba tan cansado que, acomodado en el asiento, me quedé adormecido durante la mayor parte del trayecto.

Ya cerca de la llegada, abrí los ojos y acaricié a Mary, que permanecía sujeta a mi brazo, como si formara parte de mí. Desde la cabina avisaron del próximo aterrizaje y ordenaron el consabido “abróchense los cinturones”.

El avión descendió, sentimos cómo las ruedas se posaban en la pista y, poco más tarde, paró y bajamos a tierra. Como el equipaje era de mano no hubo necesidad de esperar para recogerlo y salimos. Fuera estaban esperándonos Madeleine, Miguel y Laura, que nos abrazaron cariñosos, especialmente Madeleine, que se colgó de mi cuello, apretándome con todas sus fuerzas, hasta que Laura, con su buen humor, le dijo:

–Suéltalo ya, mujer, que nos vas a dejar sin papá...

Como Mary, por no conocer bien la lengua, tuvo un protagonismo escaso, aquí se explayó contando con todo detalle las horas vividas en París.

–Luego os pondré lo grabado y que mamá traduzca –terminó.

Ya en el piso, tras intercambiar noticias y explicaciones, Mary puso la grabación para que todos vieran y conocieran lo que de mí se dijo y, también, mis palabras sobre París y sobre el libro. En la traducción Madeleine estaba disfrutando, hasta que llegó a los últimos párrafos, en los que su voz se quebró, me dirigió una mirada casi extraviada y se echó en mis brazos llorosa, para cubrir mi cara de besos...

Laura, que no conocía el idioma, preguntó, sorprendida y alarmada, qué había pasado.

–Que Madeleine es muy sentimental y le ha afectado lo que dije de ella. Pero de castigo, va terminar la traducción. Venga, cariño, hazlo.

Y disculpándose por su reacción, tradujo lo que tanto le había conmovido, para acabar diciendo:

–No se cómo dar gracias a Dios por la familia que, sin merecerla, me ha dado y por el hombre tan extraordinario con quien me ha unido.

–También nosotros hemos sido premiados con una persona como tú –afirmó Laura, por una vez seria y emocionada.



IV

17 de Octubre. Ha llegado el día de la ceremonia religiosa, tan deseada, que sellará la unión de Madeleine conmigo, según queremos, para el resto de nuestras vidas.

No hace falta decir que, nerviosos como dos jovencitos, apenas hemos podido dormir durante la noche. Y no hemos sido los únicos a quienes le ha ocurrido; también la familia ha despertado temprano e inquieta.

Al alba, Mary y Laura, que se habían quedado con nosotros en el piso, golpeaban nuestro dormitorio para levantarnos; acción, por otra parte, inútil porque llevábamos horas levantados, yo afeitándome y ella en el baño.

Las tres mujeres, junto con un peluquero y una maquilladora que habían contratado, se fueron al salón como lugar más amplio, para arreglar a Madeleine y a ellas mismas, prohibiéndome Laura, con la mayor seriedad del mundo, ver a la novia antes de que llegara a la Iglesia.

Me quedé, pues, solo, vistiéndome con el traje de boda, sencillo como yo quería, pero al llegar al nudo de la corbata, que siempre se me ha resistido, no conseguía hacerlo bien, por más que lo intenté varias veces. Menos mal que, enredado en esta tarea, llegó Miguel y con pasmosa habilidad, me lo hizo.

Poco después aparecieron Paquito con el padrino –el padre de Madeleine– y su esposa. El resto de la familia irían directos al templo. Esperamos a que terminaran las mujeres, lo que duró tiempo, y cuando íbamos a protestar porque se hacía tarde, salieron Laura y Mary, muy contentas y casi nos empujaron al ascensor, sin permitirme la mínima ojeada al salón.

–¡Que todavía no puedes ver a la novia, papá! –amonestaron, casi al unísono, Mary y Laura.

Dando el brazo a mi madrina, Laura, nos situamos cerca del altar, en espera de Madeleine.

Y aunque yo había pasado, hace ya muchos años, por igual trance, estaba impaciente y nervioso. Como yo había querido y previsto, la concurrencia era mínima –la familia– e íntima, –el señor Maurois con su señora, Jacqueline y el director del periódico local–, más algunos curiosos desconocidos que se detuvieron a observar

Por fin aparecieron Madeleine, al brazo de su padre, acompañados de la madre, y de Paquito, que había sido el chofer, y su novia. El organista, mientras subían por el pasillo central, interpretó algunos compases de una marcha nupcial.

Madeleine, con un sencillo y normal vestido claro, adornada con las joyas que ya lució en París, el pelo ondulado y suelto sobre los hombros con estudiada naturalidad, labios con un rojo suave, ojos brillantes, alegres y un ramo de escogidas rosas blancas y rojas, entremezcladas, era el prototipo de la belleza femenina.

Ya a mi lado, le cogí la mano y en voz baja, le dije que era la criatura más bella que había visto en mi vida. Ella me miró y me ofreció una sonrisa de esas que nunca pueden olvidarse.

No cabe resaltar mucho de la ceremonia porque se desarrolló, como es lógico, con arreglo a las normas religiosas, con el protocolo “puede besar a la novia”, y unas palabras breves, pero profundas y afectuosas, del párroco en la misa.

De allí nos trasladamos a un lujoso restaurante en el que, Miguel, había reservado un salón para el almuerzo, con una antesala para los aperitivos, charlas, cambios de impresiones y presentaciones previas, en su caso.

Madeleine presentó mis hijos a su amiga Jacqueline y al señor Maurois y señora, añadiendo que nadie en el mundo había tenido tanta suerte como ella, al encontrarse formando parte de una familia tan ejemplar, inteligente y buena.

Todo fue transcurriendo con alegría y buen humor hasta que Madeleine, tal vez por la emoción, por la bebida de los numerosos brindis o porque algo de lo comido no le había sentado bien, se sintió indispuesta. Entre Laura, la madre y yo, la llevamos al aseo donde, pálida, mareada y con náuseas, terminó por arrojar todo lo comido y bebido. Al cabo de un rato se recuperó, pero su preocupación por el mal espectáculo que, según decía, había dado, hizo que se le escaparan algunas lágrimas.

Todos los asistentes procuraron darle ánimo, minimizando lo acontecido, que consideraban consecuencia del estrés del día y a falta de descanso. Pero el hecho es que, pese a su deseo de continuar, su aspecto me preocupaba, por lo que encargué a Miguel atender a los invitados y nosotros nos fuimos a casa para que descansara.

Fue Paquito quien conducía el coche hacia el chalé, pero yo le hice parar en un Centro de Salud que existía en el camino. El médico que la examinó no encontró nada anormal, y consideró el malestar debido al cansancio o a que algo le había hecho daño. Le recomendó descanso y le recetó un tranquilizante.

No conforme con el diagnóstico, una vez en casa, telefoneé a mi médico particular, explicándole lo ocurrido, y rogándole viniera a examinarla. Mientras llegaba, Laura y Mary, que se vinieron con nosotros, no dejaban de consolarla, tratando de distraerla para que cesara de llorar.

No tardó mi amigo médico en estar con nosotros, hizo que se cambiara de ropa y se acostara y allí, en mi presencia y la de Laura, la auscultó, le hizo un electrocardiograma, le tocó el vientre, le preguntó cuando había tenido la última regla, –hacía dos meses, según ella–, hizo que orinara en un bote que extrajo de su maletín y después de un breve análisis, sonriendo, se dirigió a nosotros:

–El malestar de Madeleine es muy sencillo y normal: está embarazada.

Laura lanzó un grito y dando brincos como una niña, salió de

la habitación a dar la noticia. Paquito, Mary, Rafi y Laura entraron en tromba.

–¡Vaya rapidez, mamaíta! ¡Felicidad!

Laura, incansable como era, cogió su móvil y transmitió la noticia a Miguel, que atendía aún a los invitados, lo que ocasionó que decidieran venir a casa a toda velocidad.

En efecto, no tardaron mucho en encontrarse con nosotros. Madeleine, entre mareada, nerviosa, asustada y alegre, no sabía qué decir ni hacer. Envuelta en una bata, sentada en un sillón, recibió enhorabuena, besos y felicitaciones de todos. Fue el médico quien cortó el improvisado jolgorio, recomendando que se acostara para descansar.

Así lo hizo, aún cuando nosotros seguimos celebrando los dos acontecimientos –boda y embarazo–. Fue Laura quien estimó oportuno, pasado cierto tiempo, terminar y dejarnos solos hasta el siguiente día. Ella y Mary, sin embargo, decidieron dormir en casa, por si las necesitábamos.

En el dormitorio Madeleine estaba despierta, aunque su aspecto había mejorado. Me senté en la cama a su lado, le acaricié la cara y con mucha delicadeza, la besé largamente.

–¡Vaya regalo que me has dado! –le dije.

–¿De verdad, no te ha molestado que haya fastidiado la celebración?

–¿Molestado? Estoy encantadísimo, mi vida. ¿Me permites que me acueste a tu lado?

–Quiero que me abracés y beses durante toda la noche... Pero con cuidado –matizó.

Lo que me hizo reír mientras me desnudaba.

Al día siguiente, mediada la mañana, la casa se convirtió en un jardín. Docenas de ramos de flores, rosas rojas, rosas blancas, claveles, orquídeas, llegaron para Madel con la felicitación por su estado de gracia, de toda la familia y de los amigos conocedores del embarazo. Ella se había levantado un poco mareada y con náuseas,

pero quizá por la alegría, tal vez por mis besos y el cariño y satisfacción mostrado por todos mis hijos o el comportamiento de los amigos invitados, el hecho es que los malestares se le pasaron y su rostro reflejaba más felicidad y satisfacción, en forma de mayor belleza y atractivo que nunca.

–Pero bueno –comentó la incomparable Laura, abrazándola con cariño–, ¿a esta mujer es que todo le sienta bien y la embellece? ¡Mamá, dínos la fórmula!

–Muy sencillo, hijita, –contestó rápida Madeleine– tener un marido como papá.

–Pues su hijo, que es mi marido, debía ser como el padre; tendré que presentar una reclamación –dijo riendo.

Luego, entre bromas, se quejó de que no le habíamos dicho nada sobre cómo había quedado la casa, después de los arreglos. Y era verdad.

–Entre la indisposición de Madeleine –aduje yo–, que tanta preocupación nos produjo y la alegría de saber la bonita causa de ella, se nos ha olvidado darte la gracias. El dormitorio, el salón y el resto de la casa, han quedado preciosos. Y me parece un delicado acierto que hayas situado el retrato de mi primera mujer en lugar destacado. Te mereces el abrazo que te voy a dar.

–También yo lo veo así, pues sus hijos, que hoy los considero míos –añadió Madeleine– son un premio que nunca esperaba tener.

–De nada, papá y mamá, pero no me riñáis cuando lleguen las facturas –nos susurró mientras la abrazábamos.

Pasaron los días y todo fue bien. Por recomendación de mi médico, dada nuestra edad, el embarazo de Madeleine fue vigilado por el mejor ginecólogo de la capital, que nunca observó ningún problema. Sus padres se quedaron casi dos meses, para comprobar cómo evolucionaba, y viendo que ella cada día –como afirmaba Laura– mejoraba en todo, se marcharon a París, pese a nuestros ruegos de que continuaran acompañándonos.

Los chicos nos recomendaron un nuevo viaje, pero Madeleine se negó, no sólo por causa del embarazo, sino porque allí se encontraba muy a gusto y feliz, al lado de todos, atendida y cuidada con mimo. De vez en cuando, hacíamos una pequeña escapada por los alrededores, o visitando el pueblo y su bonito santuario. Desde París, casi toda las semanas, llamaban la familia, el señor Maurois o Jacqueline, interesándose por ella. También lo hacía mi editor, con el mismo fin y para comunicarme cómo “Historias de París” se vendía como rosquillas y que preparaba una gran edición de lujo, ilustrada por su amigo el pintor.

Nuestra vida, pues, transcurría en feliz rutina: un largo paseo por las mañanas, cerca del mar, cogidos de la mano, unas horas de trabajo en la biblioteca –yo escribiendo y ella con la tarea de traducir al francés e inglés–, un rato leyendo la prensa o algún libro, el almuerzo, las noticias de la televisión y, tras un breve reposo, otro paseo más corto, si el tiempo lo permitía, pues el invierno estaba siendo muy agitado. Los fines de semana, reunión y comida con toda la familia, que se desplazaba para vernos, y que casi siempre coincidía con la visita de amigos.

Por las noches, tras una frugal cena, nos acostábamos temprano. A Madeleine le gustaba estar muy juntita, casi adherida, a mí, y yo, por mi parte, contentísimo de tenerla tan cerca y poder besar sus labios, sus picaros ojos y aquella cara que, como Laura decía, cada nuevo amanecer estaba más joven y bonita.

En esta rutina de nuestras vidas, entraba también la mensual visita al médico para revisión; rutina de la que yo estaba siempre pendiente para que se cumpliera. Hoy, cuando Madeleine se estaba preparando para ello, apareció precipitada, como siempre, mi nuera Laura, con la idea de ir de compras las dos.

–Ni hablar –le dije–. Hoy toca revisión del ginecólogo y tengo que llevarla.

–Eso no es problema –repliqué–, vamos primero al médico y luego de tiendas, que la criatura está engordando y necesita ropa ade-

cuada. Así descansa un poco de ti, que eres un marido muy pegajoso.

Mary, que al oír a Laura había bajado, le dio la razón, al tiempo que se apuntaba a acompañarlas.

–Está bien, pero lo primero es la visita al médico, ¿estamos?

–Claro hombre, tú sigue en tus tareas.

La verdad es que me venía bien, pues estaba atascado con un encargo del periódico, y el estar solo, aunque fuera por unas horas, me permitía pensar más tranquilo y buscar datos en la biblioteca.

Enfrascado en la labor, el tiempo transcurrió sin darme cuenta, hasta que tuve que encender la luz porque había anochecido. Entonces miré el reloj y calculé que pronto llegarían las mujeres; en efecto, cuando comencé a leer un libro, cómodamente sentado en un sillón, escuché el ruido de un auto y, poco después, entraban las tres, cargadas de paquetes.

Laura se plantó delante de mí, con los brazos en jarra, como dispuesta a reñirme.

–¿Qué pasa ahora? –pregunté intrigado.

–¿Que qué pasa? –respondió como indignada–. ¿Qué clase de hombre eres, papá? Te vas de viaje al extranjero para divertirte, encuentras una chica monísima que te ligas, te casas a plazos, por lo civil en París, por lo religioso aquí, y la dejas embarazada estropeando sus perfectas líneas. Y no contento con eso, en vez de un bebé, le haces dos. ¿No te parece un comportamiento poco común y muy egoísta?

Y tras esta perorata, soltaron una risa ruidosa y alegre, y me abrazaron y besaron, en tanto yo, sorprendido, no acababa de reaccionar ante la noticia.

–Pero, ¿es verdad? –pregunté aturdido.

–Tan cierto como que casi los hemos visto jugar a la pelota –comentó Mary.

Madeleine se abrazó con fuerza a mí, entre alegre y divertida, mientras me decía, un poco ruborizada, tal vez por no estar solos:

–¡Te quiero, papaíto! ¡Te quiero! Gracias por hacerme tan feliz.

–Hay que comunicarlo a la familia –propuso Laura.

E inmediatamente comenzaron a funcionar todos los móviles.

El tiempo fue pasando, Madeleine estaba cada vez más gordita y más guapa y no tardamos mucho en saber el sexo de los bebés. Como siempre, Laura acertó. Había dicho: Son una parejita, niño y niña, por eso mamá se siente tan bien y está tan bonita; razonamiento que, como en tantas cosas, sólo para ella tenía lógica.

Al final del crudo invierno, a pocos días de la primavera, el editor me llamó para que me desplazara a la presentación de la edición de lujo de “Historias de París” y de otra obra mía traducida, que deseaba dar a conocer al mismo tiempo. Como el embarazo de Madel estaba tan avanzado –siete meses– a mí me costaba trabajo separarme de ella y estaba dispuesto a comunicarle que no podía. Pero tanto ella, como la familia entera y el propio médico que la llevaba, me presionaron para ir a París, pues todo iba muy bien y dos o tres días no suponían ausencia. Aparte de que, de tener que tomar alguna decisión, correspondía al médico y éste la encontraba en óptimas condiciones, en perfecto estado.

De mala gana, pues, cogí el avión, seguro de que a Madel, pese a su insistencia en que fuera, le invadiría cierta tristeza y temor por no encontrarme a su lado, aunque sólo se tratara de un par de días y aun cuando estaba rodeada de toda la familia.

El acto, en esta ocasión, se celebraría en el Aula Magna de la Facultad de Letras y estaban previstas varias entrevistas en televisión, radio y la revista cuyo director fue mi presentador la última vez, lo que implicaría retraso en mi regreso.

Cuando llegamos, el aula estaba llena, lo que sin duda se debía a la habilidad propagandística de mi editor y a su influencia. Había personalidades de la política, de las letras, de la enseñanza, periodistas y amantes de la literatura. Como mi estado anímico no era muy bueno, había tenido la precaución de escribir mi intervención y no



Auditorio Richelieu, La Sorbona – Wikipedia

improvisarla, como en otras ocasiones. Así, pues, quedé bien y la asistencia aplaudió, espontánea y satisfecha.

Me presentaron a varios escritores y políticos, que me felicitaron por la obra y por su éxito y con los que intercambié ideas y comentarios. Como es lógico, me vi obligado a firmar y dedicar ejemplares durante bastante tiempo.

Cuando terminé se acercó un antiguo conocido, el Comisario que me devolvió la documentación que me habían robado en el metro. Nos saludamos afectuosamente, pero él, en un aparte, me dijo que había venido para advertirme de algo importante: el exmarido de Madeleine había salido de la cárcel. Por precaución le estaban vigilando, pues era individuo muy peligroso, y pudieron comprobar que trataba de enterarse dónde estaba ella, con quién se unió y en qué lugar vivía. En consecuencia, debíamos estar prevenidos y preparados para evitar cualquier fechoría o venganza, pues culpaba a su exmujer de los años pasados en la cárcel.

–No puedo facilitarle a usted su expediente, pero haga que la policía española nos solicite los antecedentes y lo vigilen si aparece por allí. Mientras tanto, aquí tiene una fotografía para que lo reconozca si, por mala suerte, ha descubierto su domicilio y ronda por los alrededores; y ésta es la dirección para interesar el historial delictivo del personaje.

Le di las gracias y con más preocupación que nunca, hice frente, como pude, a las diversas entrevistas que tenía programadas el editor. Este me pidió que ampliara mi estancia con la idea de visitar varios centros y asociaciones culturales, que estaban interesados, pero yo alegué no encontrarme bien y que tenía compromisos con fecha ya convenida en España.

Cogí el primer vuelo disponible, no sin antes avisar a mi hijo Miguel para que me recogiera en el aeropuerto. Deseoso de llegar, el tiempo se me hizo interminable.

Mi hijo estaba esperándome y, durante el trayecto, le di cuenta de todo lo que el Comisario me había comunicado, expresándole mi honda preocupación por lo que pudiera ocurrir.

–Tranquilo, papá, no será para tanto. De todas formas vamos, antes de llegar a casa, a la Comisaría del distrito, en la que tengo buenos amigos, y los pondremos al día. Verás como nos ayudan.

Por suerte, el Comisario estaba allí y era íntimo de Miguel. Yo le expliqué la historia con todo detalle, por mínimo que fuera, y lo que me había contado y recomendado el Comisario francés, le enseñé la foto y le entregue la dirección para pedir el expediente.

–Bueno –dijo– hay que ser prudentes pero no angustiarse. De inmediato voy a solicitar los antecedentes del individuo y, por simple precaución, estableceré una discreta vigilancia por su zona, que se intensificará si es visto en la ciudad. Procure que su señora no se arriesgue saliendo sola y con excesiva frecuencia. En esta tarjeta tiene mi teléfono: llame en caso de necesidad, cualquiera que sea la hora del día o de la noche. De momento no podemos hacer nada más.

Nos despedimos agradeciéndole su interés, el dio un abrazo a

mi hijo, con quien se veía con frecuencia, y nos dirigimos a casa. Antes de llegar, acordamos no decir nada de este asunto, para no asustar a Madeleine y alarmar a los demás. Como me esperaban por la noche, se sorprendieron al verme.

–No podía estar ni un minuto más sin veros; por eso he cogido el primer pajarraco que volaba y aquí estoy—explicué riendo.

–¡Esto es un hombre en condiciones, que no puede estar sin vernos... en especial a la abuelita joven! –exclamó, guasona como siempre, Laura.

Y yo pensé que no dejaba de tener razón, aunque no debiera expresarlo.

–¿Cómo te ha ido? –preguntó Madel, después de abrazarme.

–Muy bien todo, pero cansado. A tus padres los vi un momento en la Facultad y se encuentran estupendos.

–¿Traes los libros?

–Sólo unos pocos ejemplares; el editor me enviará para todos. Abrí la maleta y se los entregué. La verdad es que yo no había tenido tiempo ni de mirarlos.

–¡Que bonito ha quedado! Las ilustraciones se ajustan muy bien a los personajes y al texto –observó con acierto Madeleine.

–Pero lo importante, que es lo que se dice, pertenece al más listo de los papás –comento Mary.

–Que además es el más guapo –apostilló Laura.

Y al oído, un poco ruborizada, Madeleine terminó los elogios con un “y al que yo quiero por encima de todo”.

Laura, a quien no se le escapa nada, protestó:

–Mamá, no están bien confidencias al oído.

Entre comentarios y preguntas sobre el viaje y breve estancia, se pasó la tarde.

Mientras tomábamos unas copas antes de la cena, mi hijo, dirigiéndose a Laura, le propuso:

–¿Qué te parece si hasta que Madel dé a luz, nos quedamos aquí con ellos?

Laura, no sólo estaba conforme, sino que dio saltos de alegría.

—¡Esa es una idea que coincide exactamente con mis deseos, guapo! —casi gritó, dándole besos; besos que también repartió a Madeleine, a mí y a Mary, manifestando su contento.

Pero sólo yo sabía el motivo de la propuesta y se lo agradecí, de todo corazón, con una mirada que él entendió perfectamente.

Como estaba, en verdad, cansado, decidí retirarme con Madeleine, como resulta obvio.

Los demás continuaron, charlando, pero imagino que poco rato.

Hacía una noche cruda, casi de duro invierno. Soplabla violento el viento y tronaba fuerte una tormenta. Gruesas gotas se estrellaban contra las ventanas. Una vez metidos en la cama, Madeleine se acomodó muy pegadito su cuerpo al mío, de lado, con su brazo derecho sobre mi pecho y su mano acariciando mi cara, al tiempo que me susurraba: “Bésame, bésame mucho y abrázame toda la noche”.

—¿Nada más que eso? —pregunté pícaro.

Me miró, sonrió y acercó sus labios a los míos, muy despacio, diciendo: “¡Cuánto te quiero, mi vida! Lo he pasado muy mal estas dos noches sin ti”.

Pasaron los días, la vida normal, al no ocurrir ningún acontecimiento, se convirtió en rutina, pero una rutina agradable, muy feliz, en la que Madeleine iba adquiriendo más volumen, pero se conservaba, por lo demás, tan atractiva y bella como siempre. Mi hijo marchaba por las mañanas a su despacho en la capital, dónde desarrollaba su trabajo y atendía los intereses económicos de la familia; Laura llevaba la casa, con su especial humor y alegría, al tiempo que estaba pendiente de Madeleine y la peque; yo, en la biblioteca, escribía o leía, aunque con precaución y disimulo, vigilaba los alrededores de la casa, dando breves paseos; Madeleine se ocupaba de traducir al francés o al inglés mis libros escritos en español, que no se habían publicado en aquellos países y, conmigo, antes del almuerzo, paseaba por el jardín de la casa, con objeto de evitar que el sedentarismo do-

méstico perjudicara su salud y el embarazo. Todos los demás miembros de la familia, solían aparecer los fines de semana para vernos.

El invierno, que no estaba siendo tan crudo como empezó, nos permitía tomar algunas horas de sol, bien abrigaditos, contemplando el mar desde la terraza. Los padres de Madeleine la llamaban casi diariamente y a mí, con mucha frecuencia, el señor Maurois y el editor, ambos ya prácticamente integrados en el clan familiar, dándome el último cuenta de lo bien que se vendía todo lo publicado.

De manera esporádica, me escapaba a la capital para reunirme con el director del periódico, pero siempre con prisa y sin detenerme demasiado. Los amigos me reprochaban lo que parecía un enclaustramiento, al desconocer la causa: mi intranquilidad, siempre que estaba alejado de Madeleine.

Así nos aproximamos a los últimos días del invierno; la primavera, ya cerca, en ocasiones nos hacía entrever su espléndida vitalidad. Madeleine se encontraba ya muy pesada, pero seguía, como siempre, optimista, alegre y deseosa de conocer a los seres que se revolvían traviosos en su vientre.

Marzo suele ser muy variable. Un día amaneció con un sol generoso y suavemente cálido. Madeleine, por aprovecharlo, bajó con la peque al jardín. Desde la biblioteca yo las observaba curioso, cuando alguien llamó y Rafi, olvidándose de mis recomendaciones, le abrió la puerta sin identificarlo. Sin mucho protocolo entró un individuo, que reconocí rápido, y se acercó a Madeleine, a la que, debido a la sorpresa o al temor, se le escapó un grito.

Mientras me dirigía veloz hacia ellos, llamé al Comisario, quien me recomendó seguir las instrucciones que en su día me dio para retener al individuo, en tanto llegaba él.

Me situé delante de Madeleine y más irritado que nervioso, le pregunté:

—¿Quién es usted y qué quiere?

—No se haga el tonto —respondió agresivo—, ella fue mi mujer

y por su culpa he estado a la sombra mucho tiempo.

–Se lo merecería.

–Quien se lo merecía era ella, por no hacerme caso.

–No se puede obedecer para cometer delitos.

–¿Delitos? Bien que disfrutaba los beneficios y colaboraba.

–Porque usted la obligaba.

–¿Eso le ha dicho? Es usted imbécil al creerla; ella era el cerebro.

–Eso es mentira –gritó ella.

–Tranquila, Madel, súbete a casa, cariño.

–Ni hablar, se queda aquí –ordenó violento. Y añadió con sorna–: Cariño... Qué bien has sabido embaucarlo, zorra.

Fui hacia él, sin reparar en que era más fuerte que yo. Pero entonces el sacó una pistola y me apuntó:

–Quieto, valiente.

–No le hagas daño, mátame si quieres a mí –le dijo llorando Madeleine.

–Puedo darle dinero si nos deja en paz –le ofrecí.

–Ya va poniéndose en razón. Veamos hasta cuánto estima a esta perra... Quieto no se mueva –dijo apuntándome, ante mi gesto de agredirle por la ofensa–. ¿Le parece bien cinco millones?

–Déjanos, por favor. Yo nunca te he hecho nada y menos él, –volvió a llorar ella.

–No tengo ese dinero –le respondí.

–Puede vender... o pedirlo a algún banco. Su hijo tiene influencias.

–Mátame si quieres y deja a mi familia –lloró de nuevo Madeleine.

–¡Mi familia! ¡Qué bonito! –ironizó el individuo.

–Deje que se vaya con la niña y nosotros arreglamos el asunto –le propuse.

–Ni hablar, a la que odio es a esta gata y quiero verla sufrir. ¿De cuánto puede disponer en efectivo?

–Apurando todas las cuentas, quizá uno; pero necesito tiempo para sacarlo de los bancos. En casa, como comprenderá, como está la situación, sólo hay para una urgencia. Las compras se pagan con tarjetas.

En este momento llegó Miguel que, al ver la situación, trató de lanzar el auto contra el sujeto. Éste se dio cuenta y me puso la pistola en la sien.

–Quieto o lo mato.

–No –gritó Madeleine tratando de interponerse, pero él la repelió tirándola al suelo y yo me coloqué delante de ella, para reservarla y ayudarla; sin embargo, el malvado, ágil y hábil, se situó de tal manera que nos dominaba a los tres con el arma.

–Cualquier movimiento y os mato a los tres. Colocaros juntos, ordenó.

En aquel momento, el Comisario, acompañado de varios policías, que habían llegado presurosos, le gritó:

–¡Quieto, no te muevas!

Al verse rodeado, rabioso y dirigiéndose a Madeleine, soltó un “vais a morir, por haber llamado a la policía”. Y apretó el gatillo, no sin que antes yo, que había adivinado su intención, la cubriera a ella con mi cuerpo. Oí el ruido de varios disparos, sentí como si el pecho me ardiera y perdí el sentido.

Parte de lo que sigue a continuación, no lo viví porque estaba en otro estado u otro mundo, no sé cómo explicarlo, inconsciente, fuera de la realidad, de la existencia cotidiana de las demás personas. Cuando volví de aquella incursión a no se dónde, conectado a tubos y cables, fue mi hijo Miguel quien me narró, con todo detalle, lo ocurrido.

Los disparos realizados por el individuo aquel, uno me alcanzó cerca del corazón y otro hirió a Madeleine en el costado derecho, afectándole un pulmón. La policía abrió fuego contra el sujeto sin alcanzarle. Ágil y fuerte como era, saltó por la valla y pudo subir a su auto y marchar a toda velocidad. Le siguieron y como la carretera de

las urbanizaciones era zigzagueante, en una curva se salió de ella, volcó el vehículo, dio varias vueltas y se incendió. Los agentes bajaron rápidos, pero les fue imposible sacarlo y en el infierno al que había dado lugar, se carbonizó sin remedio.

Mi hijo, que para resguardarnos se echó encima nuestra, cuando pasó el peligro inmediato, viendo la gravedad en la que nos encontrábamos, requirió a urgencias un helicóptero que nos trasladó al hospital próximo.

A Madeleine consiguieron cortarle la hemorragia y, aunque grave, sobre todo por su estado de embarazo, los médicos aseguraron su recuperación. Otra cosa era mi situación, con una bala alojada en el pecho, en zona muy delicada. Los cirujanos estaban muy pesimistas, porque era muy arriesgada la operación para extraer la bala y peor era dejarla allí y no reparar el daño causado. Se decidió, después de intercambiar opciones y opiniones, con permiso de la familia, operar.

La bala se extrajo, después de largas horas de intervención, pero mi estado no mejoró, tal vez debido al daño causado en el corazón o a alguna lesión oculta y no encontrada. La falta de sangre también era motivo coadyuvante de la gravedad. Toda la familia se encontraba allí dispuesta a dar la suya para transfusiones. Madeleine, que se iba recuperando, no dejaba de insistir en dar la suya, compatible con todos los tipos, llorando inconsolable y de forma continua. En una ocasión en que se quedó sola, se desprendió de los sueros y, arrastrándose como pudo, llegó hasta la UVI donde yo estaba, para verme y que hicieran transfusión de su sangre. Médicos, enfermeros y familia trataron de arrancarla de donde me encontraba, pero ella aferrada y llorando, se resistía con una fuerza increíble para su estado.

A uno de los médicos se le ocurrió que, después de todo, en mucho no la afectaría extraerle algo de sangre y sería positivo para su angustia, que podía degenerar en peligrosa depresión. Así se hizo y durante un poco tiempo, su brazo y el mío, estuvieron unidos por unos aparatos y tubos de plástico por los que circuló su sangre para unirse

con la mía. La maniobra se aprovechó para inyectarle a ella un tranquilizante, que impidió cualquier resistencia para llevarla a su habitación.

Tres días llevaban mis hijos en el hospital, turnándose para descansar, dándome sangre cuando la requería. Madeleine continuaba dormida con el sedante que le inyectaron. El cirujano jefe hablaba con Miguel cuando, un médico de la UVI se acercó al grupo. La impresión de todos fue temerosa, pero la sonrisa de éste los calmó.



–¿Usted cree en los milagros? Yo no creía hasta ver la reacción que está teniendo su padre.

Fueron rápidos a donde estaba. En efecto, el monitor oscilaba casi normal y yo respiraba bien, después de haberme suprimido la asistida.

–Pues sí que parece un milagro, pero el cambio ha sido tan rápido, que tengo mis dudas sobre su efectividad –comentó el cirujano.

Mas, pese a los temores del médico, transcurrió suficiente tiempo para creer, si no en una recuperación segura, si en una estabilización prometedora.

–Lo curioso es –manifestó uno de los facultativos–, que hemos estado con transfusiones casi permanentes desde la operación y sólo cuando se ha hecho la de su esposa, parece haberse estabilizado.

–¿Qué pretende decir con ese comentario? –preguntó Miguel.

–Que nada sabemos de lo que ocurre cuando el enfermo se

halla más cerca de la extinción que de la vida. ¿Siente, oye, entiendes, piensa? ¿Es posible que escuchara el desesperado llanto de su esposa, que tuviera percepción de su sangre, que pudiera hacer un esfuerzo para volver...?

La vida no deja de ser un milagro que nos acontece, también podría serlo recuperarla... Lo ignoramos...

El hecho es que, con lentitud, fui mejorando y los médicos estimaron como muy positivo que Madeleine estuviera junto a mí, en la misma habitación.

Ella, que no había dejado de sollozar, al verme, se levantó sin que nadie pudiera impedirlo y arrodillada al lado, con mi mano cogida y besándola, estuvo tanto tiempo diciendo “no me dejes”, “no podré vivir sin ti”..., pese a que todos trataron de levantarla y separarla. Sólo Miguel, con energía, la obligó a ir a su cama, diciéndole:

–Mamá, él ya está mejor y se va a poner bien; tú tienes obligación de cuidarte por las vidas que están dentro de ti, por mis hermanos, ahora mismo indefensos.

Y le ayudó a levantarse y acostarse de nuevo.

–¿De verdad está mejor, hijo? –preguntó ella, todavía llorando.

–De verdad, madre –respondió besándola en la frente. Era la primera vez que la llamaba así y la consideraba como madre, pese a la poca diferencia de años entre ambos.

La prensa había dado a conocer el suceso como un atraco, frustrado por la policía, con la mala suerte de dos heridos y la muerte del atracador.

Toda la familia y amigos se preocuparon de nuestro estado. De París se desplazaron los padres de Madeleine, el señor Maurois y el editor y no se marcharon hasta que se vio clara la mejoría.

Un mes largo, hasta bien entrado abril, nos mantuvieron internados; a Madeleine, en verdad, más por darme compañía, ánimo y complacerla, pues ella se había restablecido antes, pero se negaba a dejarme solo. Esta insistencia suya tuvo su consecuencia, agradable

y feliz: los bebés (niño y niña) decidieron conocer este mundo y a sus padres y hubo que acatar sus deseos. En verdad fue como un premio que compensaba los dolores sufridos.

Yo me recuperaba bien, siempre obedeciendo al médico, que me tenía prohibidos esfuerzos y emociones grandes; podía andar, pero no en exceso, lo que me obligaba a utilizar un carrito para los desplazamientos. Era Madeleine la que me transportaba cuando los niños dormían o eran cuidados por alguna enfermera.

Una vez en casa, el régimen impuesto varió poco: estaba obligado a caminar todos los días, media hora por la mañana y otra media por la tarde, apoyado en un bastón. El resto debía estar descansando o utilizando el carrito.

El paso del tiempo, que todo lo cura, hizo que poco a poco adquiriera fortaleza, el corazón funcionara bien y pudiera, sin abusos, llevar una vida normal. Madeleine, dada su juventud, se había repuesto con rapidez, tanto de las heridas como del parto, y se tenía por la mujer más feliz y afortunada del mundo, adorada por su marido y querida sin reservas por toda la familia y amigos.

Acabó la primavera y durante el cálido verano, estuvieron con nosotros todos los hijos y sus parejas, que se disputaban el cuidar o jugar con los bebés, pese a mis protestas (expresadas sin mucha convicción, todo hay que decirlo) por estar maleducándolos. También vinieron a vernos los más íntimos amigos, con los que compartimos días muy agradables e inolvidables.

En los primeros días de octubre, a Laura, siempre revoltosa y original, se le ocurrió lo que ella calificaría de idea genial: que Madeleine y yo, como el segundo viaje lo hicimos tan breve, lo completáramos ahora, antes de que apareciera el invierno.

–Pero mujer, ¿qué hacemos con los niños? –le objetó Madeleine.

–Yo me encargo de ellos y los cuido. Mary, una semana, puede faltar a los estudios, si es que se han iniciado, y me ayudará.

–Laura, tú tienes muchas cosas...

–Mira a los dos míos, cómo están.

–¿Como los dos tuyos?

–La peque y mi marido, que es otro niño. Os vais a París, ves a tus padres, que estarán deseosos, le enseñas a papá los rincones que no conoce, para que escriba más historias bonitas, y termináis en Roma, con el Papa y en la Fuente de Trevi, a la que arrojasteis monedas para volver. Y no se hable más.

Yo me había mantenido callado y divertido; Madeleine estaba confusa e indecisa.

–Papá, ¿tú que opinas? –me preguntó Laura.

–Pues, la verdad... Me parece genial la idea.

–Entonces, todo está decidido –afirmó Laura.

Madeleine, sin embargo, no estaba muy decidida y lo comprendo. No se atrevía a dejar a los niños. Por eso le dije:

–Son sólo seis días y tus padres lo agradecerán.

–Está bien, accedo. Pero tú, Laura, me transmitirás todos los días una foto de lo bebés y me dirás como se encuentran. ¿Estamos?

–Como deseas, mami; una por la mañana y otra por la noche, acostados. Y no te preocupes, yo los quiero, si no más, tanto como tú y los cuidaré con mimo. Para cualquier emergencia, sabes que estamos rodeados de médicos, clínicas y seguridad. Puedes ir tranquila y disfruta un poco, que bastantes malos ratos has pasado este año. Y tú, papaíto, más hermanitos no, que la casa no admite ya ampliaciones, conque mucho cuidadito.

Nos reímos, de buena gana, con la recomendación de Laura.

Dos días después, subíamos al avión con destino a París. Madeleine, en el asiento de ventanilla, dejó escapar unas lágrimas. Adelantándose a lo que pudiera decirle, me explicó:

–Es que no puedo evitar acordarme de mis niños; pero estoy contenta y verás como nos divertimos.

Le cogí la mano y se la acaricié, sin decirle nada; yo también tenía un poco, no de angustia, pero sí de sensación de que me faltaba algo.

En el aeropuerto nos esperaban los padres de Madeleine, que nos abrazaron con todas sus fuerzas. Cogimos un taxi, por mayor comodidad, y mi suegro, en vez de dar la dirección de su casa, dio la del hotel.

–Pero bueno, –dije extrañado– ¿por qué vamos al hotel?

–Es que el señor Maurois os ha reservado la suite de la boda, y vamos a cenar todos juntos.

–¿Y cómo se ha enterado de nuestro viaje? –inquirió Madeleine.

–Llamó a vuestra casa, como hace con frecuencia, y Laura le dijo que estabais en camino. A nosotros nos parece bien y estamos muy contentos de veros. ¿Y los bebés?

–Se encuentran muy bien, estupendos.

En el hotel nos recibieron con entusiasmo, cariño y alegría. Maurois nos abrazó y nos reprochó no haberle avisado, pues como nos aseguró en su día, aquel hotel sería siempre nuestro hogar en París. Madeleine pasó buen rato con sus excompañeros, contándoles cosas y enseñándoles fotos de los bebés.

Como aún era muy temprano para la cena, nos fuimos a dar un paseo, junto al Sena, recordando las veces que pasamos por allí. Sin darnos cuenta, llegamos hasta el restaurante donde, de noche, contemplamos la torre Eiffel iluminada. Subimos hasta la terraza y nos sentamos en el mismo sitio. Pedimos unos refrescos. Ella se levantó y apoyó en la baranda, como entonces, para mirar la torre. Me llamó y mirándome fija, me preguntó:

–¿Recuerdas que aquí me besaste por primera vez?

–No, preciosa, fuiste tú –le dije mirándole, como entonces, los bellos ojos y sus labios, aún frescos y rojos como fruta madura.

–Es verdad –reconoció, abrazándome, y apretando sus labios con los míos, en un beso largo y apasionado como entonces. Y me premió además, con un “te quiero más que nunca”.

Regresamos al hotel donde ya estaba todo preparado. Cena-

mos con Maurois, su señora, Jacqueline y los padres de Madeleine. La comida fue ligera pero deliciosa.

Después de una amable charla, los padres se despidieron, así como Maurois, su señora y Jacqueline. Nosotros nos subimos a la suite que teníamos preparada.

Allí la besé nuevamente, creo que con mayor pasión que la primera noche.

—¿Te acuerdas?

—Claro que sí. ¿Me vas a desnudar tú?

—Seguro y con la misma emoción.

—Pero sin llevarme en brazos, sabes que ahora no puedes hacer esfuerzos.

La fui despojando de ropa hasta dejarla, como entonces, con lo mínimo. Y como entonces, también, no pude evitar una exclamación:

—¡Madre mía, si sigues teniendo el cuerpo más perfecto de mujer, a pesar del embarazo y del parto!

Nos acostamos, la abracé y apagué la luz sin soltarla ni dejar de darle besos, que eran correspondidos con ardor.

Durante los días que permanecemos en París, más que a descubrir nuevos rincones, nos dedicamos a recorrer los lugares donde habíamos estado antes y recordar los momentos felices vividos. Madeleine me llevó, cogido de la mano, como yo hice con ella, hasta Nôtre Dame y junto a la apartada columna donde le juré mi amor y le pedí que se casara conmigo, ella hoy me juró quererme más que a nadie de este mundo y que prefería morir antes que separarse de mí. Realmente emocionado, la abracé con todas mis fuerzas.

Así, cogidos de la mano como adolescentes, volvimos a la Basílica de La Madeleine, a Montmatre, donde dejamos que nos dibujara juntos el mismo artista de entonces; al restaurante de la Torre Eiffel, para tomarnos unas copas de champagne, al Arco del Triunfo, al Museo del Louvre...



Museo del Louvre – Wikipedia

Los días se pasaban rápidos y como el objeto principal era estar con los padres de Madeleine y los amigos, hube de renunciar a mi deseo de visitar Londres, cruzando el Canal de la Mancha a través del túnel.

El editor, que nos invitó en varias ocasiones, me dio a conocer el número de ediciones de “Historias de París”, el interés existente por los demás libros y el estado de nuestras cuentas. También me propuso una edición bilingüe de “Historias de París”, que me pareció bien y le sugerí, a mi vez, que los beneficios de ella se donaran a la UNICEF. En respuesta a una pregunta suya sobre que estaba haciendo, le dije que terminaba una especie de relato de mi vida con Madeleine, muy íntimo. Se mostró muy interesado, pero yo le objeté:

–No es publicable. Consiste, no lo sé bien, en algo así como una guía turística, pero que no lo es, como tampoco es una novela, ni una memoria, ni un ensayo, ni una historia.

–Esas son las cosas que a mí y al público gustan.

–Pero es que contiene intimidades nuestras que a mi esposa no le agradaría darlas a conocer a la gente.

Madeleine, que nos escuchaba, se permitió opinar:

–Nada de mi relación contigo, de nuestra vida en común, me avergüenza ni sonroja; han sido siempre actos o hechos propios de

una pareja que se quiere y que, además, son natural y lógica consecuencia del cariño y de la naturaleza física humana.

–Bueno, cuando termine, ya decidiremos.

–No dude que sería un éxito –apostilló el editor.

Nos despedimos de la familia y amigos para, como en la boda civil, pasar unos días en Italia. Una vez allí nos alojamos, de nuevo, en el hotel de la Plaza de España. Con el fin de no tener problemas para el regreso, sugirió Madeleine que debíamos adquirir los billetes de avión en la agencia más próxima. No había vuelos directos para Málaga, sólo para Madrid y por la mañana.

–¿Habrán enlaces?

–Yo creo que sí. En último extremo está el AVE.

–Bien, lo que quiero es llegar cuanto antes.

Por su iniciativa fuimos a la Basílica del monte Capitolino. Quería ver bien el original de la imagen del santuario de mi pueblo. Desde allí, en taxi, nos acercamos a San Pedro, en el Vaticano, donde, sin guía, curioseamos todo lo que pudimos hasta mediodía

Tras descansar en el Hotel, ya anocheciendo, fuimos a la fuente de Trevi, bellamente iluminada, en la que, como los diversos turistas que por allí estaban, arrojamos nuestras monedas, con el deseo de volver en otra ocasión.

La impaciencia de Madeleine por estar con los bebés, le impedía prestar atención a las cosas y distraerse, por lo que después de pasear un rato, decidí volver al hotel, cenar y acostarnos. Allí, por lo menos, lo pasaría mejor con mis besos y mis caricias.

–Oye, ¿no será peligroso para tu corazón, la frecuencia del esfuerzo y... lo demás? –preguntó confusa.

–Si ese ejercicio es sanísimo –respondí.

–¿Y si me quedo embarazada otra vez?

–No de preocupes, preciosa. Bésame y calla.

Al aeropuerto llegamos con bastante antelación. Ella, como siempre que se sentía feliz, estaba espléndida, con los ojos brillantes,

el bello rostro, atractivo al límite, con una permanente, graciosa y simpática sonrisa y una hiperactividad que le hacía moverse de un lado para otro, viendo objetos y comprando algunas revistas y chucherías.

–Madel, siéntate que estás revolucionando a todos los que esperan, con lo guapa que estás.

Miró a su alrededor y, entonces, se dio cuenta de que mucha gente la observaba. Se ruborizó como una niña, se acomodó junto a mí y me cogió del brazo con mucha fuerza.

Llevaríamos casi una hora de vuelo. Madeleine, con los ojos cerrados, parecía adormecida; yo hojeaba una de las revistas que había comprado. De pronto, se acerca a mi oído y, bajito, me pregunta:

–¿De verdad no perjudica a tu herida lo de anoche? Para evitar continuas tentaciones, podríamos dormir separados.

–Lo que sí me perjudicaría siempre, escúchalo bien, siempre, es no tenerte a mi lado, muy junta, como adherida, sobre todo de noche. Si no quieres hacerme daño, no vuelvas ni a pensar en lo que has dicho.

–Perdóname, mi vida, pero es que te quiero tanto... Por nada de este mundo quisiera ser causa del mínimo daño para ti. Perdóname.

–Tranquila, mi niña. Dame tu mano, que sienta el calor de esa sangre que ayudó a salvarme.

Me miró tan intensa y cariñosamente, con los ojos llenos de lágrimas, que no pude menos que acercarme y besarlos. Ella apoyó su cabeza sobre mí mientras musitaba: Te quiero, te quiero...

Llegamos a Madrid. Vuelos para nuestro destino, con plazas disponibles, no había hasta bien entrada la noche.

–¿Nos quedamos aquí hoy y te enseño algo de la capital? –le pregunté.

–Preferiría ir a casa.

–Probemos en el AVE.

Cogimos un taxi y durante el trayecto, hablé con una Agencia



Estación de Atocha, Lajos Gál – Wikipedia

que utilizaba mucho y me conocían. Pudieron obtener dos billetes para las dos, en clase Club.

–De acuerdo, ahora pasamos a recogerlos.

Le indiqué la dirección de la Agencia al taxista y le expliqué a Madeleine:

–Almorzaremos en el mismo tren y desde allí llamaremos a los chicos.

–No, prefiero darles una sorpresa –propuso ella.

–Bueno, de acuerdo.

Por suerte no había atascos en la circulación, recogí rápido los pasajes y el mismo taxi nos dejó en Atocha. Como para la salida faltaba sobre una hora, nos sentamos en una cafetería–bar y pedimos unas cervezas.

En su momento subimos al tren. Una monísima azafata nos acomodó y ofreció prensa del día y revistas. Ya en marcha, se acercó de nuevo por si deseábamos alguna bebida y que sirviera la comida

–Es como primera clase de avión –comentó Madeleine.

–Cierto –confirmé

Después de comer y tomar café, cómodamente arrellanados, juntitos y no por falta de espacio, hablamos largamente. Madeleine es una mujer muy culta, con la que puedes intercambiar ideas sobre cualquier cuestión, en la seguridad de que sabrá opinar con desenvoltura y acierto; con frecuencia incluso con gracia y buen humor, lo que otorga a la conversación con ella una amenidad poco común. Es un encanto más que se une a los de su delicioso físico.

Así, sin apenas darnos cuenta, nos encontramos en el destino. Como no habíamos avisado, tomamos un taxi que nos dejó a la puerta de casa.

Cuando nos vieron, Laura y Mary, dando saltos de alegría, nos abrazaron al tiempo que nos reñían por no prevenirlos. Madeleine, impaciente, preguntó por los bebés y Laura, como lo más natural del mundo, contestó:

–¿Dónde van a estar?, en la guardería.

–¿Qué...? –casi gritó Madeleine.

–Pero mamáita, ¿dónde van a estar? –preguntó a su vez Laura, cogiéndola de la mano y subiéndola hasta el dormitorio.

Dos bonitas cunitas, con ropas azul y rosa, y en ellas dos bellísimas criaturitas, dormidas con placidez angelical.

–¡Ay mis niños! –exclamó mientras besaba y abrazaba a Laura y a Mary–. Gracias hijitas por lo bien que los cuidáis.

Madeleine, a partir de este viaje, no conseguí moverla del lado de sus hijos. Siempre pendiente de ellos, cuidándolos amorosa, preocupada cuando se indisponían, riéndose con sus acciones, lenguaje y travesuras... Hasta permitía que me escapara, si bien de no muy buena gana.

Los días, los meses, los años, fueron pasando. Los chicos grandes –los míos– se casaron, sus venidas se acomodaron a las exigencias de sus trabajos y yo, más que tareas obligatorias, disfrutaba escribiendo, cada vez con mayor lentitud, dedicado con preferencia a

la prensa, que exigía menos esfuerzo.

Mis editores, tanto el francés como el español, no dejaban de presionarme, pero yo eludía compromisos fijos. Últimamente, el primero, que había leído por encima esta especie de memoria que estoy terminando, después de años en el cajón, no deja de rogarme que la acabe de una vez y la publicará con ilustraciones. Yo insisto en que contiene intimidades que no deseaba conociera el público, pese que a Madeleine no le importa. Ella mantiene su idea de que nuestras acciones son causadas por el cariño, propias del amor sincero de dos personas cada vez más unidas, y exigencia de nuestra naturaleza humana, nunca nacidas de erotismo vicioso o lujuria, sino de la pureza de un sentimiento que crece cada día y produce frutos como los pequeñuelos, que ya van al colegio, tras recibir un montón de besos de la madre.

De todas formas, este escrito, más deleite que trabajo, es para una mujer excepcional, tan bella y hermosa como buena, que ha llenado de felicidad los últimos días de mi vida y de alegrías y unión a mi familia; un breve librito que ni es guía turística, ni relato de intriga, ni novela amorosa cursi, ni descripción de ciudades y paisajes... Si acaso, es un documento, un acta dando fe de mi cariño por una criatura, tan admirable y perfecta, como es mi esposa, MADELEINE, a quien se lo dedico.

Diciembre de 2015, en mi hogar. . .